Agna ocni.
Fa.l.m.ꝛ. melior ocni: cepiere ocni leuis.

Escuela de la
BIBLIOTECA
Nº 7040
Orientación Laboral

Referencias en la obra de Lacan

"Referencias en la Obra de Lacan" es una publicación cuatrimestral, propiedad de la Fundación Casa del Campo Freudiano.

Directora Responsable
Verónica E. Carbone

Directora Editorial
Diana Etinger de Alvarez

Directora Adjunta
Diana V. de Indart

Comité Editorial y de Redacción
Alicia Bendersky (Coordinación General)
Maite Garzo
Ana Meyer
Delfín Leguizamón (Coordinación Operativa)

Diseño:
Horacio Wainhaus

Producción Editorial
Factoría Sur
N. Repetto (ex Añasco) 818
1405 Buenos Aires, República Argentina
T.E. 431-3757
e-mail: wainhaus@interlink.com.ar

Correspondencia
Riobamba 911 PB
Buenos Aires
República Argentina
e-mail: etinger@sinectis.com.ar

"Referencias en la Obra de Lacan", Año VII, Número 22, julio 1998.

Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

Tapa: Aqua Ordei. Paris, Bibliothèque Nationale.

Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos y Seminarios es una parte ineludible de ese ejercicio, apasionante, que es trabajar con la teoría lacaniana.

Lacan toma todo lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría, y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco es imposible).

El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la recolección de textos que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que éstas son utilizadas.

En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.

En este número contamos con la colaboración de Silvia Lopez quien nos hizo llegar el "bundling" de Stendhal, Horacio J. Valla nos envió desde Madrid el bosquejo de ubicación del Friso de la Villa de los Misterios, y debemos a Juan C. Indart el material de Lucien Febvre. A todos ellos nuestro saludo.

22

Indice

La develación del falo *11*

Heptamerón *15*
Margarita de Navarra

Alrededor del Heptamerón *43*
Lucien Febvre

Griselidis *71*
Boccaccio

Bundling *85*
Stendhal

Poemas *91*
Catulo

La develación del falo

En el transcurso de su enseñanza, Lacan precisa, una y otra vez, que el término falo hay que entenderlo como el falo que en la doctrina freudiana toma su referencia "del simulacro que era para los Antiguos", así lo escribe en "La significación del falo". Vuelve sobre esto en muchos tramos de su obra, en su Seminario "De un discurso que no fuera del semblante" (clase del 16-6-1971), dice "es del Falo, en tanto que semblante develado en los Misterios, que el término es retomado", y subraya esto mismo en la clase del 18 de marzo de 1975, en el transcurso de su Seminario "R.S.I."

Muchos años antes, en el Seminario V, "Las formaciones del Inconsciente", *en la clase del 23 de abril de 1958, acompaña el trabajo del concepto con una descripción de la referencia "...hago alusión a los Misterios Antiguos. Es completamente asombroso ver sobre las murallas, los raros frescos que hallamos conservados con una notable integridad, en aquella Villa de los Misterios, en Pompeya. Es muy precisamente al lado justo del sitio donde se representa el develamiento del falo que surgen representados, con una grandeza impresionante, estos personajes en talla natural, esta clase de daimones que podemos identificar por un cierto número de verificaciones. Hay uno de ellos sobre una vasija del Louvre, y en algunos otros lugares. Estos demonios alados, con botas, sin casco, y en todo caso armados de un* "flagellung", *comienzan a aplicar el castigo ritual a una de las impetrantes, de las iniciadas, que están en la imagen para hacer surgir el fantasma de la flagelación bajo su forma más directa, en conexión inmediata con el develamiento del falo." En la clase del 7 de mayo de ese mismo año, se detiene en el tema del demonio del pudor*

diciendo: "de ese velo hay algo que no hay que mostrar, y es en lo que el demonio del que les hablaba una vez pasada, a propósito del develamiento del falo en el misterio antiguo, se presenta y se articula como demonio del pudor."

Detalles del friso de la Villa de los Misterios, en Forma y Color, 3. *Albaicín-Sadea editores. Granada, 1965.*

NOTA DE *"REFERENCIAS..."*:
LOS FRISOS DE LA VILLA DE LOS MISTERIOS.

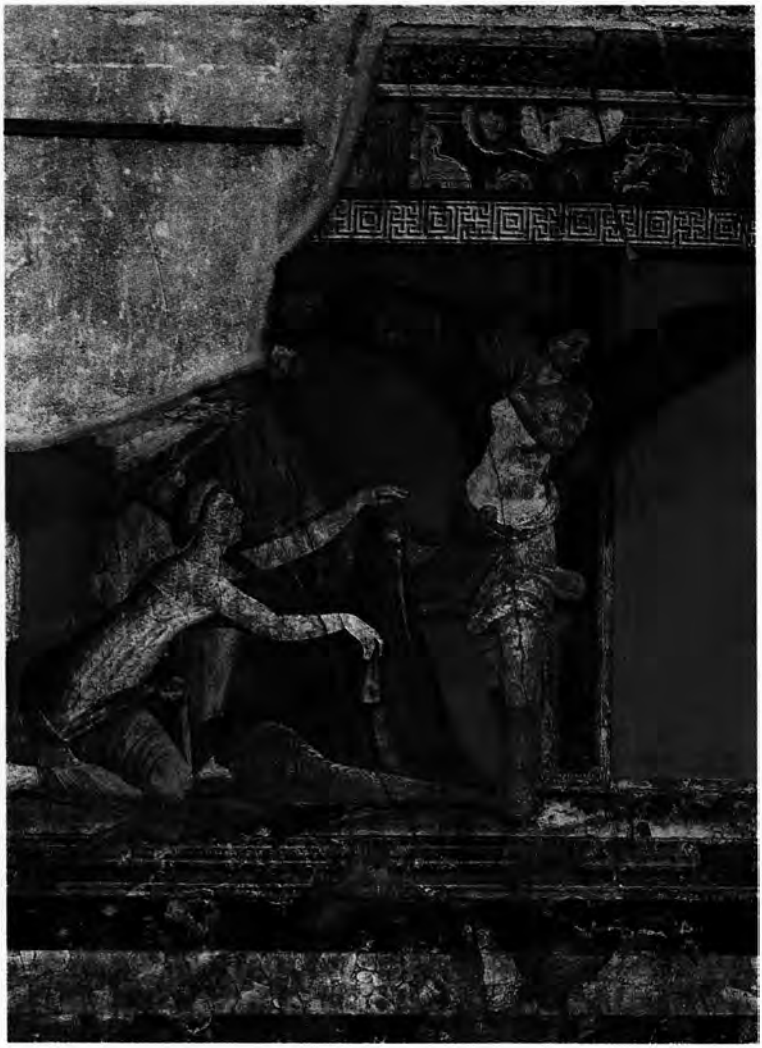
Los frisos dionisíacos de la *Villa dei Misteri* en Pompeya muestran la iniciación de una joven novia a los Misterios Báquicos. En el bosquejo de ubicación que reproducimos se distinguen varias escenas. Una escena real que representa los preparativos del sacrificio por parte de cuatro mujeres, se continua con una escena mítica en la cual aparece un sileno tañendo la lira y una ménade con un cabrillo junto a una mujer poseída ya del furor báquico. Sigue una escena en la cual tres seguidores de Dionisio practican lecanomancia (adivinación por la inspección de una escudilla llena de agua), junto a ellos aparecen Dionisio y Ariadna, y luego vemos la escena real del rito de iniciación: la joven está levantando el velo que oculta un falo erecto y está siendo flagelada por ello por un ser mítico, un daimon femenino alado. Finalmente se la ve danzando en un estado de éxtasis. Cierra el ciclo la solemne imagen de la mujer cubierta, esposa y ministra del dios.
Las láminas en colores que reproduce *"Referencias..."* corresponden a las escenas de descubrimiento del falo, flagelación y danza.

La ausencia de registros escritos de la esencia de los "Misterios"de los Antiguos, esto es de las religiones de culto secreto del mundo grecoromano, ha dado lugar a que distintos investigadores ensayasen diversas interpretaciones de los testimonios artísticos de estos cultos, de su arquitectura, escultura, frescos y mosaicos.

Consignamos una de ellas. Philippe Bruneau [1] compara distintos monumentos figurativos del mundo romano, situados en distintas zonas geográficas, entre los que se encuentran los frisos citados, un relieve de Campania y un mosaico de Djémila, y concluye: "la similitud de estos tres documentos es evidente: ante la aparición del falo una mujer se da vuelta con horror o temor ; (...) ante la cercanía del falo, un demonio, que casi seguro es femenino, huye volando (...). La escena figurada (en los tres documentos) no ha sido aún interpretada con certeza, pero me seduce la exégesis propuesta por K. Lehmann [2] quien relacionó estos tres monumentos con una pintura funeraria de Hermoupolis (Egipto) que representa la leyenda de Edipo: una mujer que hace el mismo gesto, con las manos, que el personaje de la Villa de los Misterios, es designada allí, por una inscripción pintada, como la Ignorancia (*Agnia* = *Αγνοια*). Yo no me oculto que un mismo gesto puede tener distintos sentidos, sin embargo, se revelaría el sentido de la escena figurada: (...) la mujer a la que horroriza la revelación del falo; K. Lehmann escribe: "en la versión más simple, la del mosaico, la encontramos apartando su rostro del falo ya revelado, expresando su disgusto, para aceptar el conocimiento, con el elocuente gesto de sus brazos y manos. Es claro que originalmente, este gesto era una frase que expresaba el rechazo del Saber por la Ignorancia."

NOTAS

1. Ph. Bruneau, *Recherches sur les cultes de Delos l'Epoque Hellenistique et a L'Epoque Imperiale*. Editions E. de Boccard, Paris, 1970.
2. K.Lehmann, *Journal of Roman Studies*, 52, 1962, pp. 62—68.



Heptamerón
Margarita de Navarra

"Para aprehender lo que sucede aún en tiempos de Margarita de Navarra, las nouvelles *del* Heptamerón *están llenas de historias de este tipo. Su posibilidad se fundamenta en el hecho de que en aquella época, cuando alguien se deslizaba en el lecho de una dama, por la noche, se aconsejaba, como una de las cosas posibles, a condición de cerrarle la boca, hacerse pasar por su marido o por su amante."*
En la clase del 23 de Noviembre de 1960, capítulo II de Le Séminaire, Livre VIII, Le Transfert, *aludiendo a la importancia de tener en cuenta qué significaba el amor cuando de ello se trataba en la Grecia de* El Banquete, *Lacan cita la obra que Margarita de Navarra escribió sobre el amor en el Siglo XVI.*
En la misma clase había dicho: "...cuando el año pasado les hablé largamente de la sublimación en torno del amor de la mujer, la mano que yo tenía en lo invisible no era la de Platón, ni ningún otro erudito, sino la de Margarita de Navarra." (...) "Ella sólo quiere caballeros, señores, personajes que, al hablar del amor, hablen de algo que hayan tenido el tiempo de vivir. E incluso, en todos los comentarios del Banquete, *es precisamente de esta dimensión, que muy a menudo parece faltar, de la cual tenemos sed."*

"Referencias..." *ha escogido, entre las numerosas* nouvelles *que conforman* Heptamerón, *aquella que lleva el número X, "Jornada Primera", objeto de los comentarios de Lucien Febvre, también publicados en este número.*

Margarita de Navarra (1492-1549). Heptamerón. *Madrid, EDAF Ediciones, 1970. Trad. Felipe Ximenez de Sandoval.*

BIBLIOTECA

NOVELA X

Florida, después del fallecimiento de su marido, y de haber resistido virtuosamente a Amador, que la había apremiado en su honor hasta el último momento, se metió monja en el monasterio de Jesús [1].

En el condado de Aranda [2], en Aragón, había una dama que, en plena juventud, se quedó viuda del conde de Aranda, con un hijo y una hija llamada Florida. Dicha dama puso todo su empeño en educar a sus hijos en las virtudes y honestidades que corresponden a los señores y gentiles hombres; de modo que su casa fue una de las más honorables que hubiese en todas las Españas. Iba a menudo a Toledo, donde conversaba con el Rey de España [3]; y cuando iba a Zaragoza, que estaba cerca de su casa, permanecía mucho tiempo con la Reina y con la Corte, en la que era muy estimada.

Una vez que, según su costumbre, iba a visitar al Rey, que estaba en Zaragoza, en su castillo de la Aljafería [4], dicha dama pasó por una aldea que pertenecía al virrey de Cataluña [5], el cual no se movía por encima de la frontera de Perpignan, a causa de las grandes guerras que había entre los reyes de Francia y de España; pero, en aquella ocasión, reinaba la paz, de suerte que el virrey con todos sus capitanes había ido a saludar al Soberano. Sabiendo este virrey que la condesa de Aranda pasaba por su tierra, fue a su encuentro, tanto por la antigua amistad que le tenía, como por honrarla como pariente del Rey.

Pues bien, había en su compañía muchos honrados gentiles hombres quienes, por la frecuencia de las largas guerras, habían ganado tanta fama y honor, que todo el que los podía ver y tratar se tenía por muy dichoso. Entre ellos, había uno llamado Amador que, aunque sólo contase dieciocho o diecinueve años, tenía tanto aplomo y tan buen sentido, que se le hubiese juzgado digno, entre mil, de gobernar un Estado. Es cierto que su buen juicio iba acompañado de una hermosura tan excesiva y extraña, que no había ojos que no se complaciesen en mirarle; y si la belleza era tan exquisita, la palabra le seguía tan de cerca que no se sabía a qué conceder el honor, si a la gracia, a la belleza o al bien hablar. Pero lo que más hacía estimarle era su gran valentía, a cuya fama no había sido obstáculo su juventud; no sólo las Españas, sino Francia e Italia, estimaron en gran manera sus virtudes, puesto que en todas las guerras en que había estado, se comportó con valor; y, cuando su país estaba en paz, iba a buscar la guerra a países extranjeros, donde era querido y estimado por amigos y enemigos.

Este gentilhombre, por afecto a su capitán, se encontró en aquella tierra donde había llegado la condesa de Aranda, y, al contemplar la belleza y las gracias de su hija Florida, que, a la sazón, no tenía más que doce años, pensó para sí que era la persona más honesta que jamás había visto y que, si podía obtener su favor, quedaría más satisfecho que con todos los bienes y placeres que pudiese obtener de cualquier otra. Después de haberla contemplado largo rato, decidió enamorarla, a pesar de la imposibilidad que la razón le oponía, tanto por la casa a que ella pertenecía como por la edad, pues no podía aún entender tales cosas. Pero contra este temor se fortalecía con una gran esperanza, prometiéndose a sí mismo que el tiempo y la paciencia llevarían a feliz término sus afanes. Desde entonces, el amor gentil que, sin más ocasión que por la fuerza de sí mismo, había entrado en el corazón de Amador, le prometió concederle todo favor y medios para conseguirlo. Para vencer la mayor dificultad, que era la lejanía del país en que él vivía y las pocas ocasiones que tenía de volver a ver a Florida, pensó en casarse, contra la determinación que había tomado con las damas de Barcelona y de Perpignan, donde gozaba de tanto crédito que poco o nada le negaban. Había frecuentado tanto aquella frontera, a causa de las guerras, que más parecía catalán que castellano, aunque hubiese nacido cerca de Toledo, de una casa rica y noble; mas, debido a que era segundón, no le correspondía nada de su patrimonio. Así es que el amor y la fortuna, al verle abandonado de sus padres, decidieron hacer de él su obra maestra y le concedieron, por medio de la virtud, lo que las leyes del país le negaban. Se entregaba de tal modo a la guerra y era tan querido de todos los señores y príncipes, que rechazaba muy a menudo sus bienes, cosa que no se preocupaba de pedirles.

La condesa de que les hablo llegó también a Zaragoza, y fue muy bien recibida por el Rey y por toda su Corte. El gobernador de Cataluña la iba a visitar con frecuencia, y Amador no perdía ocasión de acompañarle, por el sólo placer de contemplar a Florida, pues sentía gran contentamiento en hablar con ella. Para darse a conocer en tal compañía, se dirigió a la hija de un viejo caballero, vecino de su casa, llamada Aventurada, la cual había conversado tanto con Florida, que sabía todo lo que ocultaba en su corazón. Amador, tanto por la honestidad que vio en ella, como porque tenía tres mil ducados de dote para el matrimonio, decidió engañarla como si quisiese casarse con ella. A lo cual prestó oídos gustosamente; y, puesto que él era pobre y su padre rico, pensó que jamás se celebraría tal matrimonio, sino por medio de la condesa de Aranda. Se dirigió, pues, a la señorita Florida y le dijo:

—Señora mía, ve usted a ese gentilhombre castellano que tan a menudo me

acompaña; pues creo que todo lo que pretende es casarse conmigo. Usted sabe que mi padre jamás consentiría en ello, a no ser que la condesa y usted se lo rueguen muy encarecidamente.

Florida, que quería tanto a la joven como a ella misma, le aseguró que tomaba ese asunto tan a pecho como si fuese su propio bien. Y Aventurada lo planeó de tal manera, que consiguió entrevistarla con Amador quien, al besarle la mano, creyó casi desvanecerse; él, que era considerado como el mejor conversador que había en España, se quedó mudo ante Florida, de lo que ésta se quedó muy asombrada; pues, aunque no tuviese más que doce años, ya había oído decir que no había en España hombre que mejor dijese, y con más gracia, lo que quería. Viendo que se mantenía callado, comenzó a decirle:

—La nombradía que usted tiene, señor Amador, por todas las Españas es tal, que es usted conocido de toda esta compañía, y proporciona el deseo a quienes le conocen de ocuparse en agradarle a usted. Por tanto, si yo puedo hacerlo en cualquier sitio, usted puede hacerlo conmigo aquí.

Amador, que contemplaba la belleza de su dama, estaba tan maravillado, que apenas supo darle las gracias; y, aunque Florida se asombrase de verle sin respuesta, lo atribuyó más bien a alguna tontería que a la fuerza del amor, y pasó adelante sin hablar más.

Amador, conociendo la virtud que en tan temprana edad comenzaba a manifestarse en Florida, le dijo a aquella con quien quería casarse:

—No te maravilles si he perdido el habla ante la señorita Florida; pues las virtudes y la juiciosa conversación que se ocultan bajo su temprana edad me han asombrado de tal modo que no he sabido qué decir. Mas te ruego, Aventurada, pues no ignoras mis secretos, que me digas si es posible que en esta Corte no se haya ganado los corazones de todos los gentiles hombres, pues quienes la conozcan y no la amen, son piedras o bestias.

Aventurada, que amaba ya a Amador, más que a todos los hombres del mundo, no le ocultó nada, y le dijo que la señorita Florida era muy estimada por todas las personas; pero, a causa de la costumbre del país, pocas hablaban con ella; y no había visto aún a nadie a quien le pusiese buena cara, sino a dos príncipes de España que deseaban casarse con ella, uno de los cuales era el hijo del Infante Afortunado [6] y el otro era el joven duque de Cardona [7].

—Por favor —dijo Amador— , dime, ¿a cuál crees que ella prefiere?

—Es tan prudente —dijo Aventurada— , que a nadie confesaría su voluntad más que a su madre. Sin embargo, por lo que podemos juzgar, prefiere al hijo del Infante Afortunado mejor que al joven duque de Cardona. Pero su madre, para tenerla más cerca, preferiría a Cardona. Y te tengo por hombre de juicio tan sensato que, si quieres, desde hoy, puedes juzgar la verdad de

ello; pues el hijo del Infante Afortunado se ha educado en esta Corte, y es uno de los jóvenes príncipes más hermosos y perfectos que haya en la cristiandad. Y si el matrimonio se celebrase según la opinión de nosotras, las mujeres, se casaría sin duda con la señorita Florida, para ver junta a la pareja más hermosa de toda España. Has de saber que, aunque los dos sean muy jóvenes, ella de doce y él de quince años, hace ya tres años que el amor comenzó; y, si quieres ganar la merced de ella, te aconsejo que te hagas amigo y servidor de él.

Amador se puso muy contento al ver que su dama amaba algo, esperando que a la larga ganaría el lugar, no de marido, sino de servidor; pues sólo temía que ella, en su virtud, no quisiese amarle. Después de esta conversación, Amador comenzó a tratar al hijo del Infante Afortunado, de quien se ganó enseguida su voluntad, porque todos los pasatiempos que le gustaban al joven príncipe, los conocía a la perfección Amador; y, sobre todo, era muy discreto en manejar los caballos y ayudarle en toda clase de armas, así como en todos los pasatiempos y juegos que un joven debe saber.

La guerra comenzó de nuevo en el Languedoc, y Amador tuvo que regresar con el gobernador; lo que no hizo sin gran pesar, pues no había medio, gracias al cual, pudiese volver al lugar donde le fuera posible ver a Florida. En esta ocasión, a su partida, habló con un hermano suyo, que era mayordomo de la Reina de España, y le dijo el buen partido que había encontrado en la casa de la condesa de Aranda, de la señorita Aventurada, rogándole que en su ausencia hiciese todo lo posible porque el matrimonio se llevase a cabo, y que se valiese para ello del crédito de la Reina, del Rey y de todos sus amigos. El gentilhombre que quería a su hermano, tanto por el linaje como por sus grandes virtudes, le prometió cumplir con su deber, lo que así hizo; de suerte que el padre, viejo y avaricioso, olvidó su condición para cuidar de las virtudes de Amador, que le pintaban ante sus ojos la condesa de Aranda y, sobre todo, la bella Florida; así como el joven conde de Aranda, que comenzaba a crecer y, al crecer, a amar a las personas virtuosas. Cuando el matrimonio quedó concertado entre los padres, el mayordomo de la Reina envió a buscar a su hermano, en ocasión en que se pactaron treguas entre los dos reyes.

Durante este tiempo, el Rey de España se retiró a Madrid, para evitar los malos vientos que soplaban en muchos lugares; y, por el parecer de los de su consejo, a instancia también de la condesa de Aranda, concertó el matrimonio de la heredera duquesa de Medinaceli con el joven conde de Aranda, tanto por el bien y unión de su casa como por el aprecio que tenía a la condesa de

Aranda; y quiso que se celebrasen las bodas en el castillo de Madrid. A estas bodas asistió también Amador, quien persiguió tan excelentemente las suyas que se casó con la que tanto le amaba y a quien él no tenía cariño, sólo porque este matrimonio era una feliz tapadera y un buen medio para poder frecuentar el lugar donde su espíritu permanecía incesantemente. Una vez que se casó, adquirió tal influencia y familiaridad en la casa de la condesa de Aranda, que no se guardaban de él más que de una mujer. Y aunque a la sazón no contaba más que veintidós años, era tan juicioso que la condesa de Aranda le comunicaba todos sus asuntos y le ordenaba a su hijo y a su hija que conversasen con él y confiasen en cuanto les aconsejara. Después de ganarse hasta tal punto aquella gran estimación, se condujo tan prudente y fríamente, que ni siquiera aquella a la que amaba descubrió su pasión. Mas, por el aprecio de su mujer, a quien Florida quería más que a ninguna otra, era ésta tan íntima de él, que no le disimulaba todo lo que ella pensase; y llegó el momento en que ella le declaró todo el amor que le tenía al hijo del Infante Afortunado. Y Amador, que no intentaba más que ganársela por completo, le hablaba constantemente de él; pues no le importaba conversar de lo que fuese, con tal de que estar hablando con ella largo y tendido. Amador no pudo permanecer ni un mes en la compañía después de sus bodas, pues se vio obligado a regresar a la guerra, donde estuvo más de dos años, sin volver a ver a su mujer, quien no salía nunca de la tierra en que se había criado.

Durante este tiempo, Amador le escribía frecuentemente; pero la mayor parte de la carta estaba dedicada a recomendaciones a Florida, quien, por su parte, no le dejaba sin darle contestación, pues ponía algunas palabras de su puño y letra en la carta que Aventurada le escribía, lo que era motivo para que su marido tuviese el buen cuidado de escribir de nuevo. Pero, a todo esto, Florida no sabía nada, sino que lo quería como si fuese su propio hermano. Muchas veces fue y vino Amador, de suerte que en cinco años no vio a Florida más que durante dos meses; y, sin embargo, el amor, a despecho de la lejanía y de la larga ausencia, no dejaba de aumentar.

Y sucedió que hizo un viaje para ir a ver a su mujer; y se encontró con que la condesa estaba muy lejos de la Corte, pues el Rey de España se había ido a Andalucía, llevándose consigo al joven conde de Aranda, quien ya comenzaba a manejar las armas. La condesa de Aranda se había retirado a una casa de recreo que tenía en la frontera de Aragón y de Navarra; y se alegró mucho cuando vio regresar a Amador, quien había estado ausente durante casi tres años. Fue muy bien recibido por todos, y la condesa ordenó

que se le tratase como a su propio hijo. Durante el tiempo que estuvo con la condesa, ésta le comunicó todos los asuntos de su casa, en la mayoría de los cuales era de su opinión; y adquirió tanto crédito en aquella casa que, en todos los lugares donde quería ir, se le abrían siempre las puertas, estimando su hombría tan elevada, que le confiaban a él todas las cosas como a un santo o a un ángel. Florida, por el cariño que le tenía a su mujer, Aventurada, y a él mismo, le buscaba en todos los sitios donde le veía, sin desconfiar de sus intenciones; por consiguiente, no guardaba ninguna compostura, ya que en su corazón no había pasión alguna, sino que sentía un gran contento, cuando estaba junto a él, pero sin pensar en nada más. Amador se veía en grandes apuros para evitar el juicio de quienes han experimentado la diferencia de la mirada de los amantes en comparación de las demás. Pues cuando Florida iba a hablar con él en privado, sin pensar que en ello hubiese ningún mal, el fuego oculto en su corazón le quemaba tanto que no podía impedir que le subiesen los colores al rostro y que le brillasen sus ojos. Y a fin de que, por la frecuencia con que la visitaba, no pudiera nadie darse cuenta de ello, se puso a galantear a una dama muy hermosa, llamada Polinia, mujer que en su tiempo fue considerada tan bella, que pocos hombres que la veían escapaban de sus lazos. Esta Polinia, habiéndose enterado de la conducta amorosa de Amador en Barcelona y en Perpignan, donde le amaban las damas más bellas y honradas del país, y especialmente una condesa de Palamós, que se estimaba la primera en belleza de todas las damas de España y de muchos otros lugares, le dijo que se compadecía mucho de él, porque después de tantas buenas oportunidades, se había casado con una mujer tan fea como la suya. Amador, comprendiendo por estas palabras que ella sentía deseos de remediar su necedad, mantuvo con ella las mejores relaciones posibles, pensando que, al hacerle creer una mentira, le encubriría una verdad. Pero Polinia, astuta y experimentada en amor, no se contentó con palabras; más, comprendiendo que su corazón no quedaba satisfecho con este amor, desconfió de que quisiese servirse de ella como tapadera, y por este motivo lo vigilaba tan de cerca que no apartaba nunca la mirada de sus ojos, que sabían fingir tan bien que no podía juzgar más que por muy vagas sospechas; mas no era sin gran esfuerzo por parte del gentilhombre, pues Florida, ignorando todas sus malicias, se dirigía muy a menudo, delante de Polinia, a Amador con tanta familiaridad, que a éste le costaba un esfuerzo enorme dominarse; y para evitar que no sucediese algún inconveniente, un día, hablando con Florida, apoyado sobre una ventana, le dijo:

—Amiga mía, le suplico que me aconseje si prefiere hablar o morir.

—Siempre aconsejaré —le respondió en seguida Florida— a mis amigos hablar y no morir; pues hay pocas palabras que no se pueden enmendar, pero una vez perdida la vida no se puede recobrar.

—Me promete, pues —dijo Amador— , que no le afligirán las palabras que le voy a decir, y que no se asustará hasta que acabe de hablar.

—Dígame lo que le plazca —le respondió Florida— ; pues, si usted me asusta, con ningún otro estaré segura.

—Señora mía —comenzó— , no he querido decirle aún la gran pasión que le tengo, por dos razones: una, porque entendía que un largo servicio se lo haría comprender; otra, porque desconfiaba de que considerase jactancia en mí, que soy un simple gentilhombre, dirigirme a quien no me corresponde aspirar. Y aún cuando fuese príncipe como usted, la lealtad de su corazón no permitiría más que a quien ha tomado posesión de él, al hijo del Infante Afortunado, mantener con usted conversaciones amorosas. Pero, señora mía, así como la necesidad de una dura guerra obliga al destrozo del propio bien y a arruinar el trigo en hierba por miedo a que el enemigo pueda utilizarlo en su beneficio, así me aventuro a anticipar el fruto que con el tiempo esperaba recoger, para evitar que sus enemigos y los míos puedan aprovecharse de ellos para perjuicio suyo. Sepa, señora mía, que desde su más tierna juventud, me he entregado de tal modo a su servicio, que no he cesado de buscar los medios para ganar su simpatía; y sólo por ese motivo me he casado con quien creía que usted más quería. Al enterarme del amor que le tiene al hijo del Infante Afortunado, me he esforzado en servirle y tratarle, como usted sabe; y todo lo que creía que podía agradarle, lo he buscado con todas mis fuerzas. Como ve he ganado la amistad de su madre la condesa, de su hermano el conde y de todos los que la quieren, de tal modo que he sido considerado en esta casa no como servidor, sino como hijo; y todo el trabajo que me he tomado durante estos cinco años, no ha sido más que para vivir toda mi vida con usted. Sepa, señora mía, que no soy de los que pretenden por este medio alcanzar de usted más bien ni placer que el virtuoso. Sé que no puedo casarme con usted; y aunque pudiera, no lo querría, contra el amor que le tiene a aquel con quien deseo verla casada. Y, por eso, estoy tan lejos de amarla con un amor vicioso, tal como los que esperan de su largo servicio una recompensa o deshonor de las damas, que preferiría verla muerta a saber que es menos digna de ser amada y que la virtud decayó en usted, por cualquier placer que ello pudiese proporcionarme. No pretendo, por fin y recompensa de mi servicio, más que una cosa: que sea ama tan leal que jamás me aparte su simpatía, que continúe tratándome tal como hoy, confiando en mí más que

en ningún otro, teniendo tal seguridad en mí, que si por su honor o cosa que le afecte, tiene necesidad de la vida de un gentilhombre, la mía sería empleada en ello muy gustosamente, y también puede estar segura de que todas las cosas honestas y virtuosas que yo haga las haré únicamente por amor a usted. Y, si he hecho, por damas inferiores a usted, cosas de las que se han hecho alabanzas, puede estar segura de que, por una dama tal, mis empresas aumentarían de tal modo que las cosas que me parecían inposibles me serán muy fáciles. Mas, si no me acepta por suyo del todo, he decidido dejar las armas y renunciar a la virtud que no me ayudará en mi necesidad. Por tanto, señora mía, le suplico que me sea consedida mi justa demanda, puesto que su honor y conciencia no me la pueden negar.

La joven dama, al oir una proposición a la que no estaba acostumbrada, comenzó a cambiar de color y a bajar la vista como mujer asustada. Sin embargo, como era prudente, le dijo:

—Puesto que es así, Amador, y me pide lo que ya tiene, ¿por qué me hace una arenga tan larga y noble? Tengo miedo de que bajo sus honestas proposiciones, haya alguna malicia oculta para engañar la ignorancia propia de la juventud, que estoy en una gran perplejidad para responderle. Pues, de rechazar la honesta amistad que usted me ofrece, haría lo contrario de lo que he hecho hasta aquí, ya que he confiado en usted más que en todos los hombres del mundo. Ni mi conciencia ni mi honor se oponen a su demanda, ni el amor que le tengo al hijo del Infante Afortunado; pues éste se funda en el matrimonio, al que usted no pretende. No veo nada que me impida responderle según su deseo, sino un temor que tengo en mi corazón, basado en el poco motivo que tiene usted para mantener conmigo estas conversaciones; pues, si tiene lo que desea, ¿qué lo obliga a hablar de ello tan afectuosamente?

—Señora mía —le dijo Amador, a quien no le faltaban palabras— , habla muy juiciosamente, y me honra tanto la confianza que dice tener en mí que, si no me alegro de tal bien, soy indigno de todos los demás. Pero sepa, señora mía, que quien quiera construir un edificio perpetuo, debe procurar buscar un cimiento firme y seguro. Por consiguiente, yo que deseo permanecer perpetuamente a su servicio, dedo procurar no sólo los medios para continuar a su lado, sino impedir que puedan conocer el gran cariño que le tengo; pues aunque sea tan honesto que se pueda predicar por todas partes, los que no conocen el corazón de los amantes juzgaron a menudo contra la verdad. Y de ello provienen muchos rumores tan malos, como si los resultados fuesen perversos. Lo que me hace decir esto, y lo que me hace

anticipar el declarárselo, es Polinia, que sospecha tanto de mí, sabiendo muy bien en su corazón que yo no la puedo amar, que no hace más que espiarme en todas partes. Cuando usted viene a hablar conmigo, delante de ella, tan familiarmente, tengo mucho miedo de hacer algún gesto en el que ella funde su juicio, que caigo en inconvenientes que quiero evitar. De modo que he pensado suplicarle que, delante de ella y de las que usted sepa que son tan maliciosas, no venga a hablar conmigo así, súbitamente; pues preferiría estar muerto a que alguien tenga conocimiento de ello. Y si no fuera por el aprecio que le tengo a su honor, no le hubiese propuesto mantener estas conversaciones, pues me siento feliz con el amor y la confianza que usted me tiene, no pidiendo más provecho que la perseverancia.

Florida, tan contenta que no podía estarlo más, comenzó a sentir en su corazón algo más a lo que no estaba acostumbrada; y, viendo las honestas razones que él alegaba, le dijo que la virtud y la honestidad responderían por ella, y le concedió lo que pedía, de lo que Amador se alegró mucho, cosa que no duda ningún enamorado. Pero Florida siguió su consejo mucho más de lo que él quiso; pues no sólo se portaba tímidamente delante de Polinia, sino en todos los demás lugares, y comenzó a no ir en su busca como tenía por costumbre; y, en este alejamiento, le pareció mal el frecuente trato que Amador tenía con Polinia, dama que le parecía tan hermosa que no podía creer que él no la amase. Y para distraer su tristeza, seguía manteniendo relaciones con Aventurada, que comenzaba a estar celosa de su marido y de Polinia; de lo que se quejaba con frecuencia a Florida, quien la consolaba lo mejor que le era posible, como si estuviese aquejada del mismo mal. Amador se dio cuenta en seguida de la actitud de Florida, y no se le ocurrió pensar que se alejaba de él a causa de su consejo, sino que en ello se mezclaba alguna cuestión enojosa.

—Señora mía— le dijo un día, al salir de la víspera de un monasterio—, ¿por qué guarda esa compostura conmigo?

—La que pienso que usted desea— respondió Florida.

—Señora mía— le replicó al instante, sospechando la verdad, para saber si estaba en lo cierto—, he conseguido que Polinia no tenga ya mal concepto de usted.

—No podría hacerlo mejor, por usted y por mí— le respondió la joven—; pues al causarse placer a sí mismo, a mí me hace un honor.

Amador creyó, por esta frase, que Florida pensaba que a él le agradaba hablar con Polinia, lo que le desesperó tanto que no pudo menos que replicarle airado:

—¡Ay, señora mía, pronto ha comenzado a atormentar y a enjuiciar a un servidor! Pues no creo haber soportado pena que me haya resultado más enojosa que la obligación de hablar con aquella a quien no amo. Como lo que hago en servicio suyo usted lo toma en otro sentido, nunca más volveré a hablar con ella, suceda lo que suceda. Y para disimular mi cólera, como he hecho con mi contentamiento, me voy a algún lugar cercano de aquí, en espera de que se le haya pasado su enojo. Espero que allí tendré alguna noticia de mi capitán para regresar a la guerra, donde permaneceré largo tiempo, sin que sepa más de mí.

Y, diciendo esto, sin esperar a su respuesta, partió al instante. Florida se quedó tan desolada y triste, como no era posible más. Y comenzó el amor, hostigado por su contrario, a manifestar su fuerza de tal modo que ella, dándose cuenta de su error, le escribió inmediatamente a Amador rogándole que regresase; éste así lo hizo pocos días después, cuando amenguó su gran ira. No sabría cómo contarles en detalle las conversaciones que sostuvieron para romper aquellos celos. Sin embargo, él ganó la batalla, de tal forma que Florida le prometió no sólo que no creería nunca que amase a Polinia, sino que estaba segura de que para él era un martirio demasiado insoportable hablar con ella o con cualquiera otra, a no ser para hacerla un servicio.

Una vez que el amor venció esta primera sospecha, y que los dos amantes comenzaron a tomarle más gusto que antes a hablar juntos, llegó la noticia de que el Rey de España enviaba todo su ejército a Sauce[8]. Por consiguiente, Amador, que estaba acostumbrado a ser el primero, no podía dejar de ir en busca de su honor; pero marchó con el pesar, al que no estaba acostumbrado, tanto de perder el deleite que disfrutaba como de miedo a encontrar algún cambio a su regreso, porque veía a Florida, llegada ya a la edad de los quince a dieciséis años, perseguida de grandes príncipes y señores. Pensó, pues, que, si ella se casaba en ausencia suya, no tendría ya razón para verla, a no ser que la condesa de Aranda le diese a su mujer Aventurada por dama de compañía. Se las agenció tan bien para planteárselo a sus amigos, que la condesa y Florida le prometieron que, en cualquier lugar que ésta se casase, iría con ella su mujer Aventurada. Y aunque se plantease por el momento casar a Florida en Portugal, se decidió que ella no la abandonaría. Con esta seguridad, no sin un pesar indecible, se fue Amador y dejó a su mujer con la condesa. En cuanto Florida oyó que su buen servidor se había marchado, se puso a hacer cosas tan buenas y virtuosas, que esperaba por ello alcanzar la nombradía de las damas más perfectas y de ser reputada digna de tener un servidor tal como Amador. Este, cuando llegó a Barcelona, fue festejado por

las damas como de costumbre; pero lo encontraron tan cambiado, como nunca hubieran pensado que el matrimonio tuviese tal influencia sobre un hombre como la que tenía sobre él; pues parecía que le fastidiaba ver las cosas que antaño deseaba; e incluso la condesa de Palamós, a la que Amador había querido tanto, no encontró medio de hacerle ir solo a su alojamiento, por lo que no se detuvo en Barcelona más que el tiempo preciso, como quien está impaciente por llegar al lugar donde no esperan más que a él. En cuanto llegó a Sauce, comenzó la guerra tan grande y cruel entre los dos reyes, guerra que no me decido a contar, ni tampoco las grandes hazañas que realizó Amador, pues mi relato sería bastante largo para llenar toda una jornada. Baste decir que su fama sobresalía por encima de la de todos sus compañeros. El duque de Nájera, que llegó a Perpignan al frente de dos mil hombres, le rogó a Amador que fuese su lugarteniente, quien con esta banda cumplió tan bien con su deber, que en todas las escaramuzas no se oía gritar más que "*¡Nájera!*"

Pues bien, sucedió que el rey de Túnez, que guerreaba contra los españoles desde hacía mucho tiempo, se enteró de que los reyes de Francia y de España sostenían una guerra belicosa en las fronteras de Perpignan y Narbonne; pensando que no se le presentaría mejor ocasión para acosar al Rey de España, envió un gran número de embarcaciones ligeras para el pillaje y destrucción de todo lo que encontrasen mal defendido en las costas de España. Los barceloneses, al ver pasar tan gran cantidad de barcos, avisaron al virrey, que estaba en Sauce, quien inmediatamente envió al duque de Nájera a Palamós. Cuando los moros vieron que el lugar estaba bien defendido, fingieron pasar delante; pero, a eso de medianoche, regresaron y desembarcaron tanta gente, que el duque de Nájera, sorprendido por sus enemigos, fue hecho prisionero. Amador, que estaba muy vigilante, oyó el ruido, reunió al instante el mayor número que pudo de su milicia y se defendió tan bien que la fuerza de sus enemigos no pudo con su gente ni causarle daño durante mucho tiempo. Pero, al fin, sabiendo que el duque de Nájera estaba prisionero, y que los turcos estaban decididos a prender fuego a Palamós y quemarlo en la casa donde se mantenía fuerte contra ellos, prefirió rendirse a ser la causa de la perdición de las gentes de bien que había en su compañía; y también porque, al ser puesto a rescate, esperaba aún volver a ver a Florida. Al instante, se rindió a un turco, llamado Dorlín, gobernador del Rey de Túnez, quien lo condujo a la presencia de su señor, por quien fue muy bien recibido y mejor guardado; pues pensaba que, al retenerlo en sus manos, tenía al Aquiles de todas las Españas.

Así permaneció Amador cerca de dos años al servicio del rey de Túnez. Cuando llegaron las noticias de este príncipe a España, le causaron un gran pesar a los padres del duque de Nájera; pero los que amaban el honor del país estimaron que era más grande la pérdida de Amador. La noticia llegó a la casa de la condesa de Aranda, donde por aquel entonces estaba gravemente enferma la pobre Aventurada. La condesa, que desconfiaba mucho del cariño que Amador sentía por su hija, cosa que sufría y disimulaba por las virtudes que reconocía en él, llamó a su hija aparte y le comunicó las lastimosas noticias. Florida, que sabía disimular bien, le dijo que era una gran pérdida para toda su casa, y que sobre todo sentía lástima por su pobre mujer, en vista de la enfermedad que padecía. Mas, viendo que su madre lloraba mucho, dejó escapar algunas lágrimas para hacerle compañía, a fin de que, por fingir demasiado, no fuese descubierta su falsía. A partir de aquel momento, la condesa le hablaba de él muy a menudo, pero nunca dejó traslucir nada en que ella pudiese asentar un parecer.

Dejaré de decir los paseos, ruegos, oraciones y ayunos, que solía hacer Florida por la salud de Amador; quien, en cuanto estuvo en Túnez, no dejó de enviar sus noticias a sus amigos, y, por un hombre de su confianza, avisó a Florida que estaba bien de salud y con la esperanza de verla de nuevo, lo que fue para la pobre dama el único medio de soportar su disgusto. Y no duden de que, como a él le estaba permitido escribir, la joven cumplió con Amador tan diligentemente, que a éste no le faltó el consuelo de sus cartas y epístolas.

Le mandaron decir a la condesa de Aranda que fuese a Zaragoza, adonde había llegado el Rey; allí se encontró con el joven duque de Cardona, quien hizo tantos requerimientos al Rey y a la Reina, que le rogaron a la condesa concertase el matrimonio de su hija con él. La condesa, que no les quería desobedecer en nada, accedió a ello, juzgando que, como su hija era tan joven, no tenía más voluntad que la suya. Una vez concertado el matrimonio, la condesa le dijo a su hija que le había elegido el partido más conveniente, a su parecer. La hija, sabiendo que cosa hecha no precisa consejo, respondió que Dios fuese alabado en todo; y, viendo que su madre estaba muy extraña con ella, prefirió obedecerla a compadecerse de sí misma. Y para remate de tantas desgracias, se enteró de que el Infante Afortunado estaba enfermo de muerte; pero jamás, ni ante su madre ni ante nadie, hizo el menor gesto de contrariedad, y se dominó de tal modo que las lágrimas, retenidas por la fuerza en su corazón, hicieron que la sangre le brotase por la nariz con tal abundancia, que estuvo en peligro de que la vida se le fuese al mismo tiempo; y, para restablecerla, se casó con quien de buen grado cambió por la muerte.

Después de celebradas las bodas, Florida se fue con su marido al ducado de Cardona, y se llevó consigo a Aventurada, a quien se quejaba en la intimidad, tanto del rigor de su madre como del pesar de haber perdido al hijo del Infante Afortunado; pero del pesar de Amador, no le hablaba más que para consolarla. La joven dama, pues, decidió poner a Dios y el honor ante sus ojos, y disimuló tan bien sus disgustos, que jamás ninguno de los suyos se dio cuenta de que le desagradaba su marido.

Así pasó largo tiempo Florida, llevando una vida peor que la muerte, lo que no dejaba de comunicar a su servidor Amador, quien, conociendo la nobleza y honradez de su corazón, y el amor que ella tenía por el hijo de Infante Afortunado, pensó que era imposible que viviese mucho tiempo y se condolió de ella como si estuviese peor que muerta. Esta pena aumentó la que él tenía; y hubiera querido permanecer esclavo como estaba y que Florida tuviese un marido según su deseo, olvidando su mal por el que comprendía que llevaba su amada. Y, como se enteró por un amigo, amistad que había hecho en la Corte del Rey de Túnez, de que el Soberano estaba decidido a que le diesen de palos o que renunciase a su fe, con el fin de ver si podía hacerlo buen turco para conservarlo con él, se las compuso de tal modo con el señor que lo había hecho prisionero, que lo dejó marchar bajo su palabra, fijando por él un rescate tan elevado que no pensaba que un hombre de tan pocos bienes pudiese encontrar. Así, sin decirle nada al Rey, su señor lo dejó ir bajo palabra de honor.

En cuanto Amador llegó a la Corte del Rey de España, partió en seguida para ir a buscar su rescate entre todos sus amigos; y se fue directamente a Barcelona, adonde el joven duque de Cardona, su madre y Florida habían ido a solucionar un asunto. Su mujer Aventurada, tan pronto como se enteró de que su marido había vuelto, se lo dijo a Florida, quien se alegró de ello como por amor a su amiga. Pero, temiendo que se reflejase en su rostro la alegría de verle, y que quienes no lo conocían se formasen mal concepto de ella, se quedó en una ventana, para verle venir de lejos. Mas tan pronto como lo divisó, descendió por una escalera tan oscura que nadie podía saber si mudaba de color; y así, abrazando a Amador, lo condujo a su habitación, y de allí a la presencia de su suegra, que no lo había visto nunca. Y no llevaba dos días allí, cuando se hizo querer tanto de ellos, que estaba en su casa como en la de la condesa de Aranda.

Les dejaré imaginar las conversaciones que Florida y Amador mantuvieron juntos, y las lamentaciones que aquélla le hizo de los males que había recibido durante su ausencia. Después de verter muchas lágrimas por el pesar que

tenía, tanto por estar casada contra su corazón como por haber perdido al que amaba tanto, a quien nunca esperaba volver a ver, decidió consolarse en el amor y la confianza que le tenía a Amador, cosa que, sin embargo, ella no se atrevía a declararle; pero él, que se lo imaginaba, no perdía ocasión ni tiempo para hacerle comprender el gran amor que le tenía.

Cuando ya estaba casi por completo ganada para aceptarle, no como servidor, sino como seguro y perfecto amante, sucedió un acontecimiento desgraciado; pues el Rey, por algún asunto de importancia, mandó llamar al instante a Amador, cuya mujer tuvo gran pesar que, al enterarse de esta noticia, se desvaneció y cayó de las escaleras donde se hallaba, hiriéndose de tal modo que nunca más volvió a levantarse. Florida, que por esta muerte perdió todo consuelo, hizo el mismo duelo que pueda hacer la que se siente privada de sus parientes y amigos. Pero aún más lo sintió Amador; pues, por un lado, perdía a una de las mujeres de más bien que hubiese y, por otro, el medio de seguir viendo a Florida, quien cayó en tal tristeza, que creyó morir súbitamente. La vieja duquesa de Cardona la visitaba muy a menudo, alegándole las razones de los filósofos para que llevase con paciencia la muerte de su amiga. Pero no servía de nada, pues si la muerte, por un lado, la atormentaba, el amor, por otro, aumentaba su martirio.

Amador, viendo que su mujer estaba enterrada y que su señor le mandaba llamar, no tenía ya, pues, motivo para permanecer allí, por lo que sintió tal desesperación, que creyó perder el juicio. Florida, que, al creer consolarse, era su desolación, fue toda una tarde a departir con él la más honesta conversación que le fue posible, para procurar amenguar su gran duelo, asegurándole que ella encontraría el medio de poder verle más a menudo de lo que él creía. Como tenía que marchar a la mañana siguiente, y como estaba tan débil que no podía moverse de la cama, Amador le suplicó que fuese a verle por la noche, después que todos hubiesen estado allí; cosa que ella le prometió, ignorando que la violencia del amor no conoce razón alguna. Él, que se veía totalmente desesperado por no poder conseguirla ya nunca, que la había servido durante tanto tiempo y que jamás había tenido con ella más trato que el que han oído, sufrió tales embates del amor disimulado y de la desesperanza de haber perdido todos los medios de tratarla, que decidió jugarse el desquite, para perderla del todo o ganarla del todo, y cobrarse en una hora el bien que creía merecer. Hizo rodear de cortinas su lecho, de modo que todos los que iban a la habitación no podían verle, y se quejaba mucho más de lo que solía, de forma que todos los de la casa no creían que viviese más de veinticuatro horas.

Luego que todos le hubieron visitado, por la noche, Florida, a instancias mismas de su marido, fue allá, esperando, para consolarle, declararle su cariño y que le quería, hasta donde el honor lo puede permitir. Se sentó en una silla que estaba a la cabecera de la cama, y comenzó su consuelo llorando con él. Amador, al verla llena de tal pesar, pensó que con gran tormento podría llevar a cabo más fácilmente sus propósitos, y se levantó de la cama, lo que Florida le quiso impedir creyendo que estaba demasiado débil. Hincando las dos rodillas ante ella, le dijo:

—¿Qué hay que hacer para que no deje de verla?— y se dejó caer en sus brazos como a quien le faltan las fuerzas.

La pobre Florida le abrazó y le sostuvo un buen rato, haciendo todo lo posible por consolarle, pero la medicina que le daba, para remediar su dolor, se lo aumentaba más; pues, al fingirse medio muerto y sin habla, intentó conseguir lo que el honor de las damas defienden. Cuando Florida se dio cuenta de sus malas intenciones, no lo quiso creer, en vista de las honestas conversaciones que siempre había mantenido con él. Le preguntó qué era lo que quería; pero Amador, temiendo oír su propia respuesta, que sabía que sólo, podía ser casta y honesta, sin decirle nada, prosiguió, con todas sus fuerzas que le era posible, lo que intentaba; de lo que Florida, muy asustada, sospechó más bien que hubiese perdido su juicio, que creer que pretendiese su deshonor. Por tanto, llamó en voz alta a un gentilhombre que sabía estaba en la habitación contigua, por lo que Amador, en el colmo de la desesperación, se volvió a meter en la cama tan súbitamente, que el gentilhombre creyó que estaba muerto. Florida que se había levantado de su silla, le dijo:

Vaya a buscar rápidamente un buen vinagre.

El gentilhombre lo hizo así.

Al instante, Florida comenzó a decir:

—Amador, ¿qué locura se le ha subido a la cabeza, qué pensaba y pretendía?

Amador, que había perdido todo entendimiento por la fuerza del amor, le respondió:

—¿Merece la recompensa un servicio tan prolongado?

—¿Y dónde está el honor— le dijo Florida— que tantas veces me ha predicado?

—¡Oh, señora mía! — replicó Amador— No es posible amarla más por su honor de lo que yo hago, pues antes de que se casase supe dominar mi corazón de tal modo que usted no pudo conocer mi pasión; pero, ahora que lo sabe y que su honor está a cubierto, ¿qué mal hay en que le pida lo que es mío? Pues, por la fuerza del amor, la he ganado tan bien como aquel que primero

tuvo su corazón, persiguió tan mal su cuerpo, que mereció perderlo todo a la vez. El que posee su cuerpo no es digno de poseer su corazón; por consiguiente, ni siquiera el cuerpo le pertenece. Pero yo, señora mía, que durante cinco o seis años he padecido tantas penas y desgracias por usted, no puede ignorar que sólo a mí me pertenece su cuerpo y su corazón, por el cual he olvidado el mío. Y si cree defenderse mediante la conciencia, piense que, cuando el amor fuerza el cuerpo y el corazón, no se puede decir que haya pecado. Incluso los que, por furor, llegan a matarse, no pecan aunque lo hagan; pues la pasión no deja lugar a la razón. Y la pasión de amor es la más insoportable de todas las demás, y la que más ciega los sentidos, ¿qué pecado puede atribuirse a quien se deja llevar de un poder invencible? Me tengo que marchar, y no confío en volver a verla. Pero si antes de mi partida tuviese la seguridad por parte suya de lo que mi gran amor merece, quedaría bastante fortalecido para soportar con paciencia los fastidios de esta larga ausencia. Y, si no tiene a bien acceder a mi petición, muy pronto oirá decir que su rigor me dio una muerte desgraciada y cruel.

Florida, no menos afligida que asombrada de oír hablar así a aquél de quien nunca sospechó cosa semejante, le dijo llorando:

—¡Ay, Amador! ¿Son éstas las virtuosas conversaciones que durante mi juventud mantenía contigo? ¿Es este el honor y la conciencia que me aconsejó tantas veces morir antes que perder mi alma? ¿Ha olvidado los buenos ejemplos que me citaba de damas virtuosas que resistieron al amor loco, y el desprecio que usted hacía siempre de las insensatas? No puedo creer, Amador, que haya cambiado tanto, que Dios, su conciencia y mi honor hayan muerto por completo en usted. Pero, si es así como usted dice, alabo la bondad divina, que ha impedido la desgracia en que iba a precipitarme ahora, al manifestarme por sus palabras el corazón que tanto he desconocido. Pues, al perder al hijo del Infante Afortunado, no sólo por casarse en otra parte, sino porque sé que amaba a otra, y, viéndome casada con quien no puedo amar (por más fuerzas que yo haga) ni vivir agradablemente, había pensado y decidido resueltamente entregarle mi corazón y mi cariño, basando esta pasión en la virtud que tanto he conocido en usted y que, gracias a su mediación, creo haber alcanzado: que es amar más mi honor y mi conciencia que mi propia vida. Sobre esta base de honestidad he venido aquí, decidida a darle un firme cimiento; pero, Amador, en un momento, usted me ha demostrado que en lugar de una piedra limpia y pura, el cimiento de ese edificio era leve arenilla o fango infame. Y cuando yo ya había comenzado gran parte del alojamiento en el que esperaba vivir perpetuamente, usted lo

ha arruinado de pronto por completo. Por consiguiente, destierre de usted la esperanza, si alguna vez la tuvo en mí, y decida no buscarme, en ninguna parte, ni por palabra ni por gesto, ni esperar que yo pueda ni vuelva a cambiar jamás de esta opinión. Se lo digo con un pesar que no puede ser más grande; pero, aunque le hubiera llegado a jurar un perfecto amor, siento que en este encuentro se me hubiese roto el corazón; mas el asombro que me produce verme decepcionada es tan grande, que estoy segura de que mi vida será breve o dolorosa. Y, con esta promesa, le digo adiós, pero para siempre.

No intento relatarles el dolor que sentía Amador al escuchar tales palabras, pues no sólo es imposible de describir, sino de imaginar, a no ser a quienes han experimentado algo semejante. Y viendo que, con esta cruel conclusión, se iba, la detuvo por el brazo, pues sabía que si no lograba borrar el mal concepto que le había hecho formarse de él, la perdería para siempre. Por tanto, le dijo con el mayor fingimiento que pudo darle a su rostro:

—Señora mía, toda la vida he deseado amar a una mujer de bien, y como he encontrado tan pocas, he querido experimentar a usted, para ver si era, por su virtud, tan digna de ser estimada como amada. Cosa que ahora sé con certeza, por lo que alabo a Dios, que dirige mi corazón a amar tanta perfección; suplicándole que me perdone esta locura y audaz empresa, puesto que, como usted ve, el fin se vuelve en honor suyo y gran contentamiento mío.

Florida, que comenzaba a conocer la malicia de los hombres gracias a él, así como le había sido muy difícil creer en el mal allí donde estaba, igual y aún más le costó creer en el bien donde no estaba, y le dijo:

—¡Quiera Dios que haya sido la verdad! Pero no puedo ser tan ignorante, que mi condición de casada no me haga conocer claramente que la pasión y la ceguera le ha hecho hacer lo que ha hecho. Pues, si Dios me hubiese dejado de su mano, estoy segura de que usted no me hubiese retirado la brida. Los que tientan para probar la virtud, no suelen tomar el camino que usted ha seguido. Pero, basta; si creí con ligereza que en usted había algún bien, ya es hora de que conozca la verdad, que ahora me libra de sus manos.

Y, una vez pronunciadas estas palabras, Florida salió de la habitación y, durante toda la noche, no hizo más que llorar, sintiendo tan gran dolor con aquel cambio, que a su corazón le costaba grandes esfuerzos contener los asaltos del pesar que el amor le daba. Pues, si bien, de acuerdo con la razón, estaba decidida a no quererle ya nunca, el caso es que el corazón, que no se somete a nosotros, no quiso acceder a ello. Por consiguiente, no pudiendo menos de amarle como solía, sabiendo que el amor era la causa de aquella

falta, se decidió, satisfaciendo al amor, a quererle con todo su corazón y, obedeciendo al honor, a no ser jamás de él ni de nadie.

Por la mañana, Amador se fue, tan disgustado como he dicho; sin embargo, su ánimo, que era tan grande como no lo había en el mundo, no sólo no podía soportar su desesperación, sino que le proporcionó un nuevo medio ingenioso para volver a ver a Florida y ganarse su amistad. Así, pues, dirigiéndose hacia donde estaba el Rey de España, que se hallaba en Toledo, tomó su camino por el condado de Aranda, adonde llegó una noche, ya muy tarde; y encontró a la condesa muy enferma de tristeza que tenía por la ausencia de su hija Florida. En cuanto vio a Amador, le besó y le abrazó, como si fuese su propio hijo, tanto por el aprecio que le tenía como por el que ella desconfiaba que él le tenía a Florida, de quien le pidió muy intencionadamente noticias. Le habló de ésta lo mejor que le fue posible, pero no toda la verdad; y le confesó la amistad de ellos, lo que Florida siempre le había ocultado, rogándola que le ayudase a tener con frecuencia noticias suyas, y que volviese enseguida Florida con ella. Al día siguiente se marchó, y después de resolver sus asuntos con el Rey se fue a la guerra, tan triste y cambiado en todo, que damas capitanes y todos los que tenían por costumbre, tratarle, no le conocían. No se vestía más que de noche, pero era con una frisa[9] mucho más gruesa de lo que era preciso para llevar luto por su mujer, con el cual encubría el que tenía en su corazón. Y así pasó Amador tres o cuatro años, sin volver a la Corte. La condesa de Aranda, que oyó decir que Florida estaba muy cambiada y daba lástima verla, envió a buscarla, esperando que volvería junto a ella. Pero no fue así, pues cuando Florida supo que Amador había declarado a su madre su amor, y que su madre, tan prudente y virtuosa, fiándose de Amador, le pareció bien, se quedó maravillada de perplejidad; pues, por un lado, veía que estimaba tanto a su madre que, si le decía la verdad, Amador podría recibir por ello algún mal, porque morir no hubiese querido, ya que ella se sentía bastante fuerte para castigarle su locura, sin apelar a sus parientes; por otro lado, comprendía que, disimulando la acción que ella sabía, se vería obligada por su madre y por todos sus amigos a hablar con él y a ponerle buena cara, con lo que temía fortalecer su mala opinión. Mas, viendo que él estaba lejos, no fingió mucho y le escribía cuando la condesa se lo ordenaba; sin embargo, eran cartas que podía comprender muy bien que procedían más de la obediencia que de la buena voluntad, y las cuales le causaban tanto enojo al leerlas, como solía alegrarse antaño de las que recibía en la cautividad.

Al cabo de dos o tres años, después de haber hecho tantas grandes hazañas

que todo el papel de España no bastaría para contarlas, imaginó una gran estratagema, no para ganar el corazón de Florida, pues lo daba por perdido, sino para obtener la victoria sobre su enemiga, puesto que tal era para él. Echó a un lado todo el consejo de la razón, e incluso el miedo a la muerte, a la que se exponía; decidió y concluyó hacerlo así. Se las ingenió con el gran gobernador, para que le enviase a hablar con el Rey acerca de alguna empresa secreta que se preparaba sobre Leucate; y se las compuso para comunicar su empresa a la condesa de Aranda, antes de manifestársela al Rey, para que le diese su consejo. Fue en posta directamente al condado de Aranda, donde sabía que estaba Florida, y envió ocultamente a un amigo suyo para que avisase a la condesa su llegada, rogándole que la mantuviese en secreto, y que pudiese hablar con ella por la noche, sin que se enterase nadie. La condesa, muy contenta por su llegada, se lo dijo a Florida, y la envió a desvestirse a la habitación de su marido, a fin de que estuviese dispuesta cuando ella le dijese y se hubiesen retirado todos. Florida, que no se había repuesto aún de su primer susto, fingió ante su madre, pero se fue a un oratorio a encomendarse a Nuestro Señor, rogándole que conservase su corazón libre de toda pasión perversa, pensó que a menudo Amador le había alabado su belleza, la cual no había disminuido a pesar de haber estado mucho tiempo enferma. Por consiguiente, prefiriendo sufrir daño en su rostro, disminuyendo su belleza, a soportar por ésta que el corazón de un hombre tan honrado se quemase en un fuego tan vil, cogió una piedra que había en la capilla y se dio un golpe tan grande en el rostro, que la boca, la nariz y los ojos se le deformaron por completo. Para que no sospechasen que se lo había hecho ella, cuando la condesa envió a buscarla se dejó caer al salir de la capilla dando la cara contra el suelo y se echó a gritar muy fuerte. Acudió la condesa, que la encontró en aquel lastimoso estado, y al instante le curaron y vendaron toda la cara.

Después, la condesa la llevó a su habitación y le rogó que fuese a su gabinete, a conversar con Amador, hasta que ella se hubiese deshecho de toda su compañía; lo que hizo Florida, creyendo que estuviesen algunas personas con él. Pero, al encontrarse sola, con la puerta cerrada tras de sí, se afligió tanto como Amador se alegró, al pensar que, por amor o por fuerza, tendría lo que tanto había deseado. Y, después de hablar con ella y encontrarla en la misma actitud en que la había dejado, y que, ni aunque la matasen cambiaría de opinión, le dijo, en el fondo de la desesperación:

—¡Por Dios, Florida! El fruto de mi trabajo no me será arrebatado por sus escrúpulos; y, puesto que ni el amor ni la paciencia ni el ruego humilde

sirven de nada, no ahorraré mi fuerza para adquirir el bien que, sin conseguirlo, me la haría perder.

Entonces, Florida vio sus ojos y su rostro tan alterados, que la más hermosa tez del mundo estaba roja como el fuego, y la más dulce y agradable mirada, tan horrible y furiosa, que parecía como si un fuego muy ardiente centellase en su corazón y en su rostro; y en este furor, con una de sus manos recias y poderosas, cogió las dos delicadas y débiles de Florida. Pero ésta viendo que le fallaba toda defensa, que estaba cogida de pies y manos, y que no podía huir, ni menos aún defenderse, no supo encontrar mejor remedio, sino buscar si había todavía en él alguna raíz del primer amor, por honor al cual olvidase su crueldad. Por consiguiente, le dijo:

—Amador, si ahora me considerara como enemiga, le suplico, por el amor honesto que en otro tiempo creí que existía en su corazón, desee escucharme antes de atormentarme— y, cuando vio que le prestaba oídos, prosiguió diciéndole—: ¡Ay, Amador! ¿Qué motivo tiene para intentar una cosa de la que no puede tener contentamiento y darme el disgusto más grande que jamás reciba? Usted ha experimentado tanto mi voluntad, desde la época de mi juventud y de mi mayor belleza, en la que su pasión podía tener excusa, que me admiro de que con la edad y lo deformada que estoy, y abrumada de disgustos, busque lo que sabe que no puede encontrar. Estoy segura de que no duda que mi voluntad sea tal como era; por tanto, no obtendrá por la fuerza lo que pide. Si contemplase cuán vendado está mi rostro, usted, olvidando el recuerdo de la hermosura que ha visto en él, no tendrá ganas de acercarse más. Y si aún hay en usted alguna reliquia del amor pasado, es imposible que lacompasión no venza a su furor. Apelando a su piedad que tanto conozco, le expongo mi queja y le pido gracia, para que me deje vivir en paz y en la honestidad que, según su consejo, he decidido guardar. Si el amor que usted me tiene se ha convertido en odio, y si, más por venganza que por cariño, quiere hacer de mí la mujer más desgraciada del mundo, le aseguro que no será así, y me veré obligada, contra mi decisión, a declarar su perversa voluntad a aquella que tan bien piensa de usted; y, un vez enterada, piense que su vida no estará segura.

—Si tengo que morir— le dijo Amador, cortando su discurso—, más pronto me veré libre de mi tormento. Pero la deformidad de su rostro, que parece habérsela hecho adrede, no me impedirá que la haga mía; pues aunque no pudiese tener de usted más que los huesos, los quisiera conservar junto a mí.

Cuando Florida vio que no le servían súplicas, razones ni lágrimas, y que perseguía su perverso deseo con tal crueldad, que ya no tenía fuerzas para

resistirle, acudió al socorro que temía tanto como perder su vida y, con voz triste y lastimosa, llamó a su madre lo más fuerte que pudo. Esta, al oir que su hija la llamaba con tal voz, sintió un gran miedo por lo que en realidad sucedía y corrió lo más rápidamente posible al guardarropa. Amador, que no estaba tan dispuesto a morir como decía, abandonó en tan buen momento su empresa, que la dama, abriendo el gabinete, lo encontró a la puerta y Florida bastante lejos de allí.

—Amador, ¿qué pasa?— le preguntó la condesa—. Dígame la verdad.

Y, como aquel a quien no le faltan estratagemas, con cara pálida y transida, le dijo:

—¡Ay, señora mía! ¿De qué condición se ha vuelto la señora Florida? Nunca estuve tan asombrado como lo estoy ahora; pues, como le he dicho, pensaba ganarme su amistad, pero comprendo que no tengo nada que hacer. Me parece, señora mía, que durante el tiempo que se educó con usted, no era menos prudente y virtuosa que hoy; pero no hacía remilgos al hablar y contemplar a uno entre todos; y, ahora que yo he querido mirarla, no lo ha soportado. Cuando vi esta actitud, creyendo que fuese un sueño o una pesadilla, le pedí su mano para besarla a la manera del país, a lo que se opuso radicalmente. Es cierto, señora mía, que he cometido un error, por el que le pido perdón; y es que le he cogido la mano casi por la fuerza y se la he besado, no pidiéndole otro favor; pero ella, que a mi parecer ha decidido mi muerte, la ha llamado a usted, como ha visto. No podría decirle por qué, sino que tuvo miedo a que tuviese otra voluntad que no tengo. Sin embargo, señora mía, sea como sea, le confieso que la falta es mía; pues, aunque ella debiera amar a todos sus buenos servidores, la fortuna quiere que yo, que soy el más encariñado, no tenga su simpatía. Así es que permaneceré tan fiel a usted y a ella como lo he sido siempre, suplicándole que me mantenga su confianza, puesto que, sin demérito mío, he perdido la de ella.

La condesa, que en parte le creía y en parte desconfiaba de él, se dirigió a su hija y le preguntó:

—¿Por qué me has llamado tan alto?

Florida respondió que había tenido miedo. Y por más que la condesa la interrogase acerca de varias cosas en detalle, no pudo obtener respuesta alguna; pues, al ver que había escapado de las manos de su enemigo, lo consideraba bastante castigado con haberle hecho fracasar en su empresa.

Después que la condesa habló largo rato con Amador, aún le dejó hablar con Florida delante de ella, para observar qué compostura mantendría él; y no tuvo más palabras sino agradecerle que no hubiese dicho la verdad a su

madre y rogarle que, al menos, puesto que no le quería, ningún otro ocupase su puesto.

—Si hubiese tenido otro medio de defenderme de usted— le respondió, en cuanto a lo primero—, jamás le hubiese llamado; pero contra mi voluntad, usted no me conseguirá, aunque me obligue como lo ha hecho. Y no tenga miedo que ame a otro; pues si no encontré en el corazón que consideraba más virtuoso del mundo el bien que deseé, no creo que exista en ningún otro hombre. Esta desdicha será causa de que esté libre en el futuro de las pasiones que el amor produce.

Al oír esto, se despidió de ella. La madre, que contemplaba su rostro,no supo juzgar nada, sino que desde entonces comprendió muy bien que su hija no tenía ya cariño a Amador, y creyó que era tan poco razonable que Florida odiase todas las cosas que ella amaba. Desde aquel momento, le hizo una guerra tan extraña que estuvo siete años sin hablarle, aunque Florida no se enojaba por ello, y todo a instancias de Amador. Durante este tiempo, Florida volvió al temor que tenía de estar con su marido sin pensar moverse de allí, por los rigores a que le sometía su madre. Pero, viendo que no le servía de nada, decidió engañar a Amador; y, abandonando por un par de días su gesto hostil, le aconsejó que mantuviese conversaciones amorosas con una mujer que había hablado de sus amores. Esta dama vivía con la Reina de España, y se llamaba Loreta. Amador la creyó y, pensando por este medio volver a ganar su simpatía, le hizo el amor a Loreta, mujer de un capitán, que era uno de los grandes gobernadores del Rey de España. Loreta, muy contenta de ganarse tal servidor, hizo tantas carantoñas, que por todas partes corrió el rumor de sus amores; e incluso la condesa de Aranda, estando en la Corte, se dio cuenta de ello; y desde entonces no atormentaba tanto a Florida como tenía por costumbre. Florida oyó decir un día que al capitán, marido de Loreta, le habían acometido tales celos, que había decidido matar a Amador, fuese como fuese; y ella que, no obstante el disimulo de su rostro, no quería mal a Amador, se lo advirtió al instante. Pero éste, que fácilmente volvió a sus primeras andanzas, le respondió que si le agradaba distraerle tres horas todos los días, no volvería a hablar con Loreta, a lo que Florida no accedió.

—¿Cómo?— le dijo Amador— ¿Si no quiere darme la vida, por qué quiere librarme de la muerte? No es sino porque espera atormentarme más en vida de lo que podrían hacerlo mil muertes. Pero por más que la muerte huya de mí, iré tras ella hasta que la encuentre; pues, sólo ese día, reposaré tranquilo.

Mientras estaban en estos términos, llegó la noticia de que el Rey de Granada comenzaba una guerra general contra el Rey de España, de forma que el

Rey envió allí a su hijo el príncipe, y con él al condestable de Castilla y al duque de Alba, dos ancianos y prudentes señores. El duque de Cardona y el conde de Aranda no quisieron quedarse y le suplicaron al Rey que les encomendase alguna misión, lo que hizo según correspondía a la categoría de sus casas, y les dio, para conducirlos con seguridad, a Amador, quien durante la guerra realizó actos tan asombrosos que parecían tanto de desesperación como de atrevimiento. Y, para ir a la intención de mi cuento, les diré que su gran valentía fue probada por la muerte, pues los moros, después de hacer grandes demostraciones de dar la batalla, al ver que el ejército de los cristianos era tan grande, fingieron huir. Los españoles salieron en su persecución, pero el anciano condestable y el duque de Alba, desconfiando de su astucia, retuvieron contra su voluntad al Príncipe de España, para que no pasase el río, lo que hicieron, no obstante la prohibición, el conde de Aranda y el duque de Cardona. Cuando los moros vieron que eran perseguidos por tan poca gente se volvieron y de un golpe de cimitarra mataron al duque de Cardona, y el conde de Aranda cayó tan herido que lo dejaron por muerto. Amador llegó a este desastre tan enfurecido y rabioso, que rompió todo el apremio; ordenó que cogiesen los dos cuerpos que estaban muertos y los llevasen al campo del príncipe, quien tuvo tanto pesar como si fuesen hermanos suyos. Pero, al curar las heridas, vieron que el conde de Aranda aún estaba vivo y lo enviaron en una litera a su casa, donde estuvo enfermo durante mucho tiempo. Por otra parte, enviaron a Cardona el cuerpo del muerto. Amador, después del esfuerzo de retirar aquellos dos cuerpos, se cuidó tan poco de sí mismo, que se encontró rodeado de un gran número de moros, y como no quería ser cogido prisionero, puesto que aún no había conseguido a su amada, ni tampoco faltar a su fe para con Dios, como había faltado a lo prometido con ella, sabiendo que, si era conducido al rey de Granada, moriría cruelmente o renunciaría al cristianismo, decidió no conceder la gloria de su muerte ni de su príncipe a sus enemigos, y, besando la cruz de su espada, entregó su cuerpo y su alma a Dios, dándose tal estocada, que no tuvo necesidad de más ayuda.

Así murió el pobre Amador, tan llorado como sus virtudes lo merecían. La noticia corrió por toda España, de modo que Florida, que estaba en Barcelona, donde su marido tenía ordenado que fuese enterrado, se enteró de ella. Y, después que se celebró sus funerales honorablemente, sin hablar de ello con su madre ni con su suegra, se metió monja en el monasterio de Jesús, tomando por marido y amado a Aquel que la había librado de un amor tan vehemente como el de Amador, y de un disgusto tan grande como el de la compañía de un marido

semejante. Así encaminó todo su cariño a amar a Dios tan perfectamente, que, después de vivir largo tiempo como religiosa, le entregó su alma con tal alegría, como la esposa tiene al ir a ver a su esposo.

—Sé muy bien, señoras mías, que esta larga novela le resultara fastidiosa a algunos, pero si hubiera querido satisfacer a quien me la contó, hubiese sido tan excesivamente larga que me hubieran rogado, imitando el ejemplo de la virtud de Florida, que disminuyese un poco su crueldad, y no pensase respecto a los hombres, que sea tan preciso, por conocimiento del contrario, darles a ellos una muerte cruel y a ellas una vida triste.

Después que Parlamente fue escuchada en silencio durante tan largo rato, le dijo a Hircan:

—¿Le parece a usted que esta mujer fue acosada hasta el fin y que resistió virtuosamente?

—No— dijo Hircan— , pues la menor resistencia que puede hacer una mujer es gritar. Pero si hubiera estado en un lugar donde no la pudiesen oír, no sé que hubiese hecho; y si Amador se hubiera portado más como un enamorado que como un tímido, no hubiese dejado su empresa por tan poca cosa. Por este ejemplo, no me apartaré de la firme convicción que tengo de que, el hombre que amase perfectamente o que fuese amado por una dama, no deja de salirse con la suya, si la persigue como corresponde. Pero también he de alabar a Amador porque cumplió con parte de su deber.

—¿Qué deber?— dijo Oisille—. ¿Llama usted cumplir con su deber a un servidor que quiere conseguir por la fuerza a su señora, a quien debe toda reverencia y obediencia?

—Señora mía— dijo Saffredent, tomando la palabra—, cuando nuestras damas ocupan su puesto en las cámaras o en las salas, sentadas cómodamente como jueces nuestros, nosotros nos arrodillamos ante ellas; las atendemos tan diligentemente, que nos anticipamos a sus ruegos; parecemos estar tan temerosos de ofenderlas y tan deseosos de servirlas, que quienes nos ven nos compadecen, y con frecuencia nos consideran más tontos que estúpidos, locos o alelados, y le conceden la gloria a nuestras damas, cuyas actitudes son tan audaces y sus palabras tan honestas, que se hacen temer, querer y estimar por quienes no ven más que el aspecto exterior. Pero, cuando estamos aparte, donde el amor es el único juez de nuestras actitudes, sabemos muy bien que ellas son mujeres y nosotros hombres; y al instante, el nombre de señora se convierte en amada y el nombre de servidor en amado. Es lo que dice el proverbio común:

Por servir bien y ser leal,
de servidor se convierte en señor.

Ellas tienen honor lo mismo que los hombres, a quienes se lo pueden dar y quitar, y comprenden lo que soportamos pacientemente, pero también es razonable que nuestro sufrimiento sea recompensado cuando el honor no puede ser herido.

—Usted no se refiere, –dijo Longarine–, al verdadero amor, que es el contentamiento de este mundo; pues, aún cuando todo el mundo me llamase mujer de bien, y yo sola supiese lo contrario, la alabanza aumentaría mi vergüenza y me sentiría a mí misma más confusa; y también, aunque me vituperasen y yo me sintiese inocente, su vituperio se tornaría en contento; pues nadie está contento más que de sí mismo.

—Bueno— dijo Geburon—, a pesar de todo lo que han dicho, a mí me parece que Amador era un caballero tan honrado y virtuoso como el que más; y, puesto que Parlemente no ha querido decir su nombre, yo tampoco lo haré. Y confórmense con saber, si es el que yo pienso, que su corazón jamás sintió miedo, ni se paró jamás en cuestiones de amor o de valentía.

—Me parece que esta jornada— dijo Oisille— se ha pasado tan alegremente que, si continuamos así las demás, se nos hará el tiempo muy breve con nuestras honestas charlas. Pero, miren dónde está el sol y oigan la campana de la abadía, que desde hace mucho rato nos llama a vísperas, de lo que no les he avisado porque la devoción de oír el fin del cuento era más grande que la de oír vísperas. Y, después de decir esto, se levantaron todos y, al llegar a la abadía, encontraron a los religiosos que habían estado esperándolos más de una larga hora. Oídas las vísperas, se fueron a cenar, y se pasaron toda la velada hablando de los cuentos que habían oído y rebuscando por todos los recovecos de su memoria, para ver si podían hacer que la jornada siguiente fuera tan agradable como la primera. Y después de haber jugado a mil juegos en el prado, se fueron a acostar, dando un alegre final a su primera jornada.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

NOTAS

1. La autora sitúa ésta y otras historias en España, país que conocía por sus estancias en Navarra y por su viaje para gestionar la libertad de su hermano Francisco I, visitando Madrid, Toledo, Zaragoza y Barcelona. Traducimos, pues, todos los nombres propios al castellano, aceptando la forma Floride por la de Florinde, que sólo aparece en la edición de 1559.
2. Aranda de Moncayo, provincia de Zaragoza.
3. Se trata de Fernando el Católico e Isabel la Católica.
4. Castillo de los reyes moros construido por Ben -Aljafa— de ahí su nombre—, al oeste de Zaragoza; era una de las residencias de los reyes de Aragón y hoy sirve de cuartel.
5. Enrique de Aragón, conde Ribagorza y virrey de Cataluña por aquella época; se le llamó el Príncipe de la Fortuna porque nació después de la muerte de su padre.
6. Alfonso de Aragón, conde de Ribagorce y duque de Segorbe, hijo de Enrique de Aragón, el Príncipe de la Fortuna.
7. Probablemente el hijo de Ramón Folch V, en favor del cual los reyes Católicos erigieron el condado de Cardona en ducado.
8. Salces, plaza fuerte, cerca de Perpignan.
9. Tela de Frisia, de paño muy grueso.

Alrededor del Heptamerón
Lucien Febvre

En el capítulo X, del apartado "El problema de la sublimación", de El Seminario, Libro 7, La Etica del Psicoanálisis, *y acerca de la problemática del des—creimiento, Lacan recomienda la lectura de la obra del historiador Lucien Febvre,* El problema de la incredulidad en el Siglo XVI. *Y prosigue: "...si desean leer cosas a fin de cuentas bastante placenteras, leerán también un librito del mismo autor, anexo pero de ningún modo secundario, pequeña barca enganchada en la estela del navío, que se llama* Alrededor del Heptamerón". *Señala que la importancia de este texto reside en que nos ayuda a entender el significado de la obra de Margarita de Navarra a partir del contexto psicológico de la autora y de su época. Por otra parte, dice que Febvre nos guía en la lectura con una mirada que no censura las reflexiones de corte moral o religioso que hacen los personajes. Lacan agrega que a menudo estas reflexiones "...están censuradas porque se considera inicialmente que no son más que la salsa. Pero justamente sobre este punto conviene no engañarse —en un plato, la salsa es siempre lo esencial."*
Para Lacan, Febvre nos enseña a leer el Heptamerón: *"...y, a decir verdad, si supiéramos leer, no lo necesitaríamos."*
Publicamos, de la obra de Lucien Febvre, Amor sagrado, amor profano, *subtitulada* Alrededor del Heptamerón, *parte de su ensayo introductorio y los capítulos IV y V.*
En dichos capítulos, comenta la nouvelle X *de la Jornada Primera de*l Heptamerón *que publicamos en esta misma edición de* "Referencias...".

Febvre, Lucien (1878—1956). Amour sacré, amour profane. *París, Gallimard, 1944. Traducción: Alicia Bendersky.*

AMOR SAGRADO, AMOR PROFANO
EN TORNO DEL HEPTAMERÓN

Formular la pregunta

(...)

Margarita de Angoulême, duquesa de Alençon, luego reina de Navarra: después de tantas biografías y monografías, de bosquejos prematuros e investigaciones forzadas, no dudamos en decir que ella continúa siendo uno de los más irritantes enigmas de su siglo.

Hermana apasionadamente devota del rey Francisco I [1], Margarita es ante todo la gran dama que mantiene con brillo la corte de su hermano, en el lugar de la buena reina Claudia, no muy amiga de dejar su bordado y su pequeño círculo familiar de mujeres. Margarita, hija de los Valois, ocupa con una maestría reconocida por todos el empleo de reina de Francia, *in partibus aulicorum*. Al mundo y a sus rituales, ella no se presta a medias; se encuentra implicada por su hermano en los asuntos más graves del reino, seduce a los embajadores, negocia con los ministros, corre a Madrid después de Pavía, se asocia más tarde a la política plena de obstáculos del rey de Navarra, su segundo marido; finalmente, en el ocaso de su vida, tal vez decepcionada, rica en experiencia humana en todo caso, emprende la escritura de una colección de *nouvelles* [2] que debían conformar un *Decamerón* francés; no fue más que un Heptaméron —pero se lo inscribe siempre, tradicionalmente, en el listado de las obras "licenciosas" de nuestra literatura ; afortunadamente no está incriminada de escándalo por parte de jueces virtuosos; no ha contribuido poco, en todo caso, a crear la imagen de un Renacimiento truculento, desenfrenado, pleno de raptos, de asesinatos, de venenos y de adulterios: un Renacimiento a lo Brantôme, o si se lo prefiere, a lo Dumas, a lo Hugo, a lo Verdi.

Sin embargo, esta Margarita mundana, esta Margarita relatora de cuentos poco edificantes, —esta Margarita a quien el sádico rey Enrique VIII, rogaba le lleve a Inglaterra todo un lote piafante y cacareante de bellas Francesas, para elegir entre ellas una nueva reina a su gusto— es ella, es exactamente ella, la misma Margarita que vemos, a partir de 1521, colocarse bajo la dirección de un obispo místico y reformista, escribirle largas epístolas piadosas, recibir de él epístolas más largas aún, alimentar una fe ferviente por las lecciones del Evangelio, descubrir vuelta a vuelta al joven Lutero de

los escritos de 1520, y al Lutero herético, autor de La *Institución*: es ella quien asegura en Francia, acaso desde su comienzo, esta tradición de lirismo sagrado que, desde Jean Racine, caminará a través de nuestra literatura hasta el Verlaine de *La Bonne Chanson*... Singulares contrastes, lo confesamos. ¿Cómo rendir cuenta de ellos? Interpretarlos, tornarlos inteligibles, es precisamente el objetivo de este libro.

—Pero, ¿no hay interrogantes?... "Como todo ser humano, Margarita ha pasado por fases sucesivas y violentamente contrastantes de agitación y de recogimiento, de dicha y de tristeza, de ligereza mundana y de gravedad cristiana."Solución demasiado simple, o mejor dicho, demasiado simplista, además de falsa. Puesto que la Margarita del *Miroir de l'âme pecheresse*, la interlocutora del obispo de Meaux en ese gran dúo místico que se continúa, por carta, de 1521 a 1524, es la misma que inventa las divisas paganas, en su tiempo muy célebres, que el rey Francisco graba sobre las joyas con las que adorna los blancos brazos y los suntuosos pechos de sus amantes.
A la inversa, los cuentos "licenciosos"del *Heptamerón* están compuestos por una vieja dama profundamente cristiana, que ya husmea la muerte rondando en su entorno, y que —en el tintero que sostiene con ambas manos en su litera, y delante de ella, la abuela de Brantôme—, moja la pluma para narrar las historias groseras de Bonnivet, la misma pluma que poco tiempo atrás mojaba para hacer hablar al alma pecadora con su creador. Una vez más, la solución por sectores, tan cara a los historiadores, se revela absurda y brutal. Destruye la unidad de la persona viviente. Escamotea los problemas del alma. Ocurre con la distinción de los períodos en el escritor como con la sucesión de las "maneras"en el pintor; recurso mnemotécnico, tal vez; pero nunca explicación de la obra, ni jalón de una historia psicológicamente válida.

(...)

He aquí lo que nos ha llevado a preguntarnos si la incompatibilidad no era, —más que entre dos aspectos de una obra literaria, o entre dos tendencias de una personalidad vigorosa,—entre una religión, el cristianismo de los contemporáneos de Margarita, y una moral: la moral corriente en el siglo XVI, en los medios sociales educados, refinados y mundanos, la moral del cortesano francés en la corte del rey Francisco.

Relación de las creencias religiosas con las concepciones, las instituciones, las prácticas morales de una época: problema que no es historia literaria; que justifica la entrada en escena de un historiador; problema que tenemos a la vez la legítima curiosidad de plantear y la ambición de resolver.

(...)

CAP. IV— EL VERDADERO SENTIDO DEL HEPTAMERÓN

(...)

Texto importante: nos permite comprender bien el rol, y la real significación de estas colecciones de *nouvelles* o de cuentos, que abundaban en el siglo XV y XVI en Italia, pero también en Francia, con algún retraso en la península. *Cien Nuevas Nouvelles*, *Gran Parangón*, *Cuentos y Alegres Conversaciones*, todos cumplían la misma función: revitalizaban con realidad a hombres sobrealimentados de abstracción en las escuelas. Les daban esta realidad para descortezar, para triturar, para rumiar por así decirlo, para extraer de ella su alimento: un auténtico alimento. La literatura, en cambio, lo disfrazaba, por definición. Ellos querían un real no trucado, un real no aderezado; un real crudo y natural.

Hay que ver que en Italia la comedia humana del *Decamerón* había dado, a treinta años de intervalo, una réplica terrestre a *La Divina Comedia* de Alighieri. Boccaccio había abierto, y por mucho tiempo, una vena de realismo sin ilusión que, a continuación y durante dos siglos, un pueblo de narradores aprovechó a gusto; describiendo a los hombres como son y a su sociedad tal como se comporta, ellos se abocaron a extraer, del mundo de su época, todo lo que encerraba de bellezas y energías. De esta manera, enriquecieron el tesoro de las verdades con experiencia y reaccionaron contra la idea de que el mundo moderno fuera desprovisto de interés. Pero hay que ver también que el Renacimiento se abocó con pasión al estudio de los casos"individuales; seres humanos captados en su personalidad, y ya no más en su generalidad. Para tal estudio, hallamos pocos recursos en la herencia antigua: la doctrina clásica de los cuatro temperamentos, aún combinada con el dogma de las influencias planetarias, no conducía muy lejos. Se debían crear, entonces, instrumentos nuevos.

(...)

En una Francia que no practicó el soneto sino tardíamente; en una Francia que durante largo tiempo ignoró el teatro de caracteres; en una Francia que, no sólo desconoció hasta las *confesiones* de Michel de Montaigne el sutil arte del *autoritratto*, pero ignoró el tono descuidado en las vívidas confidencias —a lo Cellini o a lo Cardan—; en una Francia durante tanto tiempo extranjera a tales preocupaciones, hasta el punto en que el gusto mismo por Plutarco fue lento en expandirse y que hubo que esperar la segunda

mitad del siglo para que el francés de Amyot hiciera leer las *Vidas*... había lugar, mucho lugar para la *nouvelle*. Y para un libro como el *Heptamerón*. Es decir, para una serie de controversias morales a partir de un relato anecdótico que juega bastante bien —transpuesto del plano religioso al laico,— el rol que cumplía el *exemplum* en la práctica de los predicadores de la Edad Media. "*Exemplum*", escribe Welter en su sabio libro de 1927: por esa palabra se entendía, en sentido amplio:"... un relato o una pequeña historia, una fábula o una parábola, una moraleja o descripción que pudiera servir de prueba en apoyo de un enunciado doctrinal, religioso o moral."Teniendo en cuenta las diferencias características, (y las características del *exemplum* no se acercan ni remotamente a las de una novela de Margarita), las *nouvelles* del *Heptamerón* cumplen bastante con ese papel. Solo que, los *exempla* de los predicadores, si bien incluían relatos extraídos de la realidad, también implicaban en abundancia leyendas de origen sagrado y profano, anécdotas históricas, fábulas orientales o antiguas, descripciones cosechadas en los bestiarios. Los príncipes que elaboraron con Margarita el propósito de rivalizar con Boccaccio, no estuvieron de acuerdo con esto. Nada de ficciones, dirían, aunque fueran armoniosas y seductoras... ¿Porqué? Porque su colección proponía un objetivo. ¿Diremos que se proponían moralizar? La palabra es equívoca, un poco peyorativa. Más o menos claramente, digamos que tenían la idea de abrir sobre su tiempo lo que llamaríamos una investigación psicológica y moral. Proponer, y discutir casos de conciencia actuales. No entre doctores, sino entre la gente de mundo.

Gente de mundo, hombres y mujeres: entre ellos, el amor, el gran asunto de siempre. Margarita hubiera podido, después de todo, menear otros problemas, y de los que apasionaban a sus contemporáneos: la paz y la guerra; el buen y el mal gobierno; la providencia o la fatalidad; el milagro y las leyes naturales... Ante tantos temas, si no para un *Decamerón*, al menos para unos *Coloquios* a la manera de Erasmo, Margarita ha preferido seguir a Boccaccio.¿Fue, porque ella, por temperamento, estaba como Lutero, ocupada sobre todo de sí misma, de su salud, y de los hombres y mujeres que cruzaban su camino? Puede ser. Pero hay otra cosa. Margarita no vivía fuera del mundo. Si bien, llegada la noche, a ella le gustaba quitarse su pesado manto de princesa, abdicar de sus preocupaciones diplomáticas y de gobernante, prosternarse a los pies del Creador y disfrutar de los goces del amor puro en la paz de su oratorio, durante toda la jornada no había cesado de mirar, observar, calcular las reacciones de hombres y mujeres. Ella veía en todos ellos, o casi, una pasión obsesionante que los sometía. Era esta

pasión, sin duda alguna, era esta pasión la que había que conocer para domesticarla. La Edad Media se había empeñado en ello valientemente. Continuar sobre ese punto la gran tradición medieval: este es el objetivo propio del *Heptamerón*.

Entendamos que, en el pensamiento de sus criaturas, las ficciones romanescas que embellecieron, unos después de otros, los hombres del siglo XIII, XIV y XV; —todo ese gran tesoro que, finalmente se dispersa en menudas porciones— representa bastante más que una colección de obras literarias, que un conjunto de obras de arte: una serie de lecciones, modelos, actitudes prestigiosas, sugeridas con autoridad a las imaginaciones vivaces de los jóvenes y las muchachas, convocados a conformar su conducta práctica a partir de aquellos. Veamos también que, de esas enseñanzas, el siglo XVI no se desvía en lo más mínimo. Devora *Amadís*. Devora las historias de la *Mesa Redonda*. Es de esas fuentes de donde extrae lo que se podría llamar, con una expresión de Diafoirus, su deontología amorosa y galante.
Dar un estilo al amor, para retomar la expresión de Huizinga[3]; hacer que en él resida el máximo posible de belleza; promoverlo a la dignidad de rito; allí está la gran tarea a la que se abocaron los hombres de la Edad Media; de manera más sostenida y ardiente cuanto más feroces eran las costumbres, y más desbordante la violencia de las pasiones mal conducidas.
La Iglesia trabajaba en esta conducción, pero no se bastaba sola para esta tarea. Necesitaba ayuda: la encontró, (pagándola a veces muy cara), en la aristocracia y principalmente en las mujeres. A través de la moda, a través de la conversación, a través de la literatura, (esa conversación manuscrita) ,éstas se esforzaban para reglamentar, para pulir, para civilizar las pasiones amorosas. Para crear por lo menos apariencias de orden, convenciones de buenas maneras, decorosas regularidades. Detrás de las cuales el amor, naturalmente, continuaba siendo una pasión salvaje y una violencia elemental, incluso entre los grandes, los más grandes de ese mundo. Ya era bastante, sin embargo, promover al estado de ideal la discreción, la contención, una cierta pacatería, pudores cortesanos.
Hipocresía, dicen los simples. El historiador responde: conflicto, choque de dos capas de civilización, de distinta época, que se superponen, y coexisten durante largo tiempo en contradicción. ¿Dónde encontrar civilizaciones simples?
La de la Edad Media es una de las más complicadas, compuesta por aportes de diversa proveniencia, que chocan entre sí, se golpean, se oponen

brutalmente. En un extremo el instinto y sus violencias, la obscena grosería de costumbres y juegos, usos y tradiciones que testimonian la supervivencia de misterios muy viejos, degradados al estatuto de juegos y diversiones.
Por otro lado, el amor cortés y las prescripciones de su código meticuloso y formalista. Agreguemos, por un lado, la satisfacción considerada como fin, y por el otro, el renunciamiento planteado como ideal. Un ideal negativo que no data de mucho: puesto que es en el S.XII que, a través de los trovadores, el deseo insatisfecho ocupa su lugar en el corazón de las concepciones del amor: revolución ética, si es cierto que en los deseos amorosos, en sus tormentos, la antigüedad veía la promesa, el aguijón, el preludio; y también la pimienta del placer del amor: la antigüedad, que no ha cantado la renuncia voluntaria del amante a la amante, sino la separación cruel, por el destino o la muerte, de Hero y Leandro unidos en la posesión. Sustitución al deseo interesado por un culto desinteresado de la mujer, un culto de alguna manera gratuito, que no espera recompensa.
Transposición también, transferencia del amor en un plano donde florecen las perfecciones más elevadas, donde se desarrollan las más raras virtudes; el honor, el coraje, la fidelidad, que una aristocracia celosa de su perfección se ocupa de cultivar en invernadero: en resumen, verdaderamente una grande y verdadera revolución moral.
Continuar y prolongar esta revolución; desarrollar sus frutos multiplicándolos: la obra de Margarita en el *Heptamerón*. ¡Ah! sin ser pedante, ni adolecer de pesadez didáctica: no hay mujer menos pedante que Margarita; no existe libro menos escolástico que el *Heptamerón*. _¡Oh milagro!— Ni una sola cita en todo el libro. Rabelais, con su ingenio tan poderoso y amplio, está nutrido de saber hasta los dientes; vomita su saber por todos los poros; no sabría arrojar un pensamiento sobre el papel sin sazonarlo con cinco, diez, veinte citas antiguas. Margarita no se ayuda más que con su experiencia. Con su conocimiento práctico y experimental sobre hombres y mujeres, con todo el tesoro de observaciones psicológicas y morales que ella ha podido amasar, viviendo y actuando. Cultivada en letras profanas y modernas, (puesto que ella leyó mucho, principalmente los italianos, de Dante a Boccaccio y al Cortegiano), cultivada, ya lo hemos visto, en letras santas y en filosofía sagrada; Margarita permanece libre respecto de su cultura. Ella no ve a los hombres a través de los libros y los textos, griegos y romanos, moralistas católicos o teólogos protestantes. Pasea sobre el mundo tal como se le aparece una mirada clara, sin ilusiones, honesta y escrupulosa. Ni indulgencia ciega, ni severidad fanática. Honestidad de gran dama, de una verdadera nobleza,

de una verdadera delicadeza de alma. Es Margarita, es el *Heptamerón*. Esa guía de honestidad para los hombres y las mujeres de una elite de "bien nacidos".

Se comprende entonces, (pero, ¿cómo comprenderlo de otra manera?) el aliento que Margarita dio a Antonio Le Maçon, traductor del *Decamerón*. La corresponsal de *Briçonnet*, la discípula de Lefèvre, de Roussel, de Michel d'Arande, la lectora y traductora de Lutero, la Margarita del *Diálogo* y del *Espejo*, ¿acaso pensaba, sosteniendo a Le Maçon, en proveer a la Corte con anécdotas picarescas? Ciertamente no. Ella trabajaba por la buena causa. Quería que las narraciones de Boccaccio pudieran servir de tema a toda una serie de controversias morales que se insertarían tanto mejor sobre relatos agradables; tanto como para que los menos filosóficos entre los hombres y mujeres, los leyeran por placer y diversión. También se comprende así lo que, a primera vista, choca tan vivamente a tantos modernos lectores del *Heptamerón*: esta sorprendente mezcla de amor profano y devoción exaltada con que la vieja dama Oysille prepara sabiamente cada jornada para sus contertulios.

Puesto que cada jornada de cuentos, de esos cuentos de los cuales un amor a menudo ilegítimo, el engaño, la violencia, el adulterio y cien excesos semejantes brindan toda su sustancia, cada jornada se abre, no tan sólo con una misa, sino con una misa dedicada a los relatores, cada uno de ellos demandando, con toda serenidad, la bendición de Dios sobre el relato "licencioso"que debe aportar a la tarde, para pagar su parte. ¿Exagero? Sin embargo, he aquí el prólogo de la segunda jornada: "Luego que ellos hubieran escuchado la lección de Mme. Oysille, y la misa, en la cual cada uno encomendó su espíritu a Dios, con el fin de que les diera palabras y gracia para continuar la asamblea", los contertulios se fueron a cenar, confiados de antemano en el éxito de su "intervención": Dios les daría palabras...

Pero no solo existe la misa. Existen las prédicas evangélicas de Mme. Oysille, los piadosos y prolongados comentarios de la viuda.

No hay día que no comience con palabras edificantes. Y la buena pedagoga evangélica es la primera en llegar a la cita: "Por la mañana, la compañía no alcanzaba a llegar a la sala, que ya encontraba a Madame Oysille que estaba, desde hacía más de media hora, estudiando la lección que debía leer... Y si no hubiera sido porque uno de los religiosos los vino a requerir para la gran misa, ellos ni hubiesen oído, ya que su contemplación les impedía oír la campana."—Prólogo de la tercera jornada— ; pero veamos el de la cuarta:

Mme. Oysille, según su buena costumbre, se levantaba de mañana mucho más temprano que los otros; y mientras meditaba su libro de la Santa Escritura, esperaba la compañía que se reunía poco a poco. Y los más perezosos se excusaban sobre la palabra de Dios, diciendo: "Tengo mujer, no pude llegar más temprano"por lo cual Hircan, y su mujer Parlamenta, encontraron la lección empezada. Pero Oysille supo encontrar el pasaje donde las Escrituras reprenden a aquellos negligentes para oir esta santa palabra, y no sólo leía el texto sino que hacía tan buenas y nobles exposiciones que no era posible aburrirse oyéndola."

Aquí, la unción se atempera, no sólo con una sonrisa, sino con una broma lícita y conyugal. Pero escuchemos el prólogo de la sexta jornada:"Por la mañana, más temprano que de costumbre, Mme. Oysille fue a preparar su lección a la sala.Y, conociendo el fervor, les va a leer la epístola de San Juan Evangelista, que está llena solamente de amor, puesto que, los días pasados, ella les había declarado la de San Pablo a los Romanos. La compañía encontró este alimento tan dulce que, aunque fuera media hora más prolongado que lo que duraba los otros días, no lo parecía. A partir de allí, fueron a la contemplación de la misa, donde cada uno se encomendó al Espíritu Santo para satisfacer ese día a su agradable audiencia."

Ese extraño guiso de amor sagrado y de amor profano, Margarita no lo ha confeccionado por descuido; si ella lo hubiera encontrado mínimamente chocante, así fuera para sus creencias, para sentimientos profundos que comandaran todas sus actividades, seguramente no lo hubiera brindado al público. Puesto que hacer de Margarita una especie de Jano bifronte: por un lado, la predicadora que bebe del Evangelio, por el otro, la atrevida, ávida de historias picantes, que se venga de la predicadora dirigiendo el baile, de noche, con el *corsage* desabrochado; verlo desde esta perspectiva es perseverar obstinadamente. Y no comprender en absoluto a la gente del siglo XVI.

¿Atrevida? Si se quiere; en el sentido en que una contemporánea de Francisco I no tiene los pudores que una gran dama de Versailles en tiempos de Luis XIV; la cual hubiera parecido singular a las compañeras de María Antonieta en el Trianon, o a las de la emperatriz Eugenia en Fontainebleau.

¿Predicadora? Pero si lo más maravilloso es que Margarita, en el *Heptamerón*, jamás dogmatiza teologalmente. No más de lo que diserta, ni de lo que establece su saber. No existe libro menos escolástico, decíamos recién, ni libro menos "protestante", en cierto sentido, que este libro de una devota de Lutero, y de una benévola protectora de Calvino.

Pero si el *Heptamerón* no es, en su pensamiento, un libro de moral; si no representa un enorme esfuerzo para transformar desde su interior las costumbres de una sociedad, en lo que ellas tienen de más íntimo y de más instintivo; si a los ojos de Margarita no tiene la nobleza y dignidad de una obra de educación y de cultura moral, entonces, que comprenda quien quiera comprender. Que entonces, quien pueda explique cuál sería el sacrilegio. Y qué es lo que no quiere serlo.

CAP.V.—DE LA CORTESÍA A LA VIOLACIÓN
(Para una historia de la personalidad humana)

De esta manera, en continuidad con la serie de los siglos XII, XIII, XIV y XV, el XVI prosigue el largo trabajo de la religión y de la cortesía , en su esfuerzo por suavizar, distender, pulir las almas brutales e indomables de los hombres.
Así es como, prosiguiendo la labor de Guillermo de Lorris y Juan de Meung, la Margarita del *Heptamerón* intenta atrapar, domesticar un poco más a la bestia palpitante. Intenta, puesto que, en realidad...
En realidad, tratemos de comprender la historia de Florida y de Amador con ayuda de esas observaciones preliminares. Tratemos, sobre todo, de remover sus dificultades, de explicar sus extrañezas o, al menos, lo que nos aparece como tal. ¿Qué es lo que nos golpea, nos choca en la aventura? ¿Qué es lo que nos parece inventado, artificioso, finalmente improbable?
Dos cosas: el brusco cambio de dirección de un suspirante, largamente respetuoso, que, de golpe, se arroja a la violación como un loco furioso. Y las singulares relaciones del amor y el matrimonio, de las cuales se testimonia a lo largo de un relato que leemos con detenimiento.

I

El brusco cambio de dirección de Amador, su abalanzarse sobre Florida, su brutalidad a la vez salvaje y astuta: problema bastante simple de psicología, estamos tentados de decirlo; y más de psicología colectiva que individual, de época más que de clase.
Ahora bien, que la época sea brutal y poblada de impulsivos, aunque no lo supiéramos por otras fuentes, bastaría con el *Heptamerón* para advertírnoslo. No son más que explosiones de violencia súbita. Por ejemplo, tenemos un hermano que encuentra a su hermana, casada con un honesto gentilhombre del Périgord, ahorcada al borde de su lecho, con su hijito estrangulado a sus pies. No había nadie en la casa, tan sólo una camarera. El hermano la interroga, enloquecido:¿Acaso alguien penetró en el cuarto de la desdichada? —Sí, el marido. Y partió precipitadamente a caballo, por la madrugada...— En realidad, partió después de saber que un monje, albergado el día anterior en la casa, por su mujer, había aprovechado para violarla. Había jurado

atraparlo, hacerlo expiar inmediatamente su fechoría. Mientras tanto, la desdichada, quedando sola en la casa, y juzgándose deshonrada para siempre, se mató, luego de matar a su niño...; pero el hermano no reflexionó más; no tuvo un momento de duda, vacilación o crítica: es el marido que mató a su esposa: ¡a las armas! Aquí lo tenemos, cuando salta del caballo, atrapa a su cuñado, desenvaina y, sin una palabra, se arroja sobre él: lo hiere mortalmente; despuésde lo cual, vengada la sangre de la familia, se explican... Arrepentimientos, lágrimas, perdones, pero el mal está hecho. El mal acerca del cual por otra parte nadie se enternece: ni el relator de la historia, ni los oyentes. Una sola cosa les interesa, la "maldad" del monje y de sus semejantes, todos esos religiosos que "juegan a la pelota con los sacramentos."Se los debería quemar, dice Madame. —"Es cierto, reponde uno de los contertulios: ¡y son ellos quienes tienen el poder de quemar y deshonrar a los otros!..."— Mientras tanto, el "padrecito"sigue su gira y ya ha hecho tres víctimas. Si no se hubiera tratado de un monje, ¿se nos habría contado la historia, historia banal de asesinatos e impulsividad?

Cuando se nos cuentan estas historias sangrientas, hay que ver, además, cómo se las detalla, con qué minucia y placidez. En la *nouvelle* que trata de Lorenzaccio[4], vemos al duque de Florencia, a quien su favorito rehusa entregar su hermana. Margarita nos lo muestra "todo inflamado de una furia intolerable", que, poniendo su dedo entre los dientes, se muerde la uña, y amenaza: "Ya sé lo que voy a hacer"; pero cuando se hace asesinar por ese mismo favorito, la escena del asesinato nos es descripta con la más asombrosa precisión; y por el juicioso, el idílico, el soñador Dagoucin. Sin armas, sin otras armas que sus dientes y sus uñas, el duque se defiende furiosamente. Muerde a su adversario, lo oprime con sus brazos, lo hace caer con él en el borde del lecho. Acude un servidor, a los gritos de su amo, el agresor: pero,¿qué hacer? El duque y su amo están tan estrechamente ligados "que no sabe cuál elegir"; los arrastra por los pies al centro de la habitación, y , con su puñal, "intenta cortarle la garganta al duque", el que, mientras tanto, sigue rodando y se defiende. Pero la sangre que pierde lo debilita. Entonces, el favorito y su servidor lo asen, lo arrojan sobre el lecho, lo "liquidan"a golpe de puñal. Después, corren la cortina y se van...; juicio oral en los tribunales.

Para concluir, una discusión plácida, bonachona, un poco tonta, sobre los males que causa el amor: ese diosecito, explica con voz pacata el tierno obispo de Séez, ese diosecito que se complace en atormentar tanto a príncipes como a pobres, a fuertes como a débiles.

He aquí el fondo de brutalidad sobre el que se perfilan los donjuanes que conoce Margarita. Que conoce demasiado, si el héroe de la novela IV es en efecto, como dice Brantôme, ese bello Bonnivet cuyos amores duraban lo que las flores[5] —y la heroína, Margarita misma, "la más alegre y mejor compañera posible— siempre prudente, y mujer de bien". Sabemos la historia. El hermoso Bonnivet se apasiona por la hermana del rey. Le propone lo que la narradora llama "una honesta amistad". La dama rehusa de modo tajante, pero comete el error de no reprenderlo por su audacia. De modo que, invitándola a su castillo con su real hermano para una partida de caza, el suspirante aloja a la dama de sus sueños en una cámara trucada, y, llegada la noche, se desliza junto a ella por una trampa. Ya la tiene entre sus brazos: ¡Victoria! Pero la víctima se defiende. Es fuerte. Golpea, araña, muerde, rasguña, grita. En resumen, hay que "cerrarle la boca con el cobertor", y luego escabullirse rápidamente por la trampa; todo cubierto de rasguños, mordeduras y de sangre. Naturalmente, víctima de amargas reflexiones. ¿Remordimientos? ¡Pero no! Arrepentimientos tácticos. "No habría debido intentar tomar por fuerza su casto cuerpo." Es uno de esos lugares que se debe asediar largamente. Hubiera debido, "por largo servicio y humilde paciencia", esperar que el amor triunfe. Pero si la dama no lograda no hubiera sido la hermana del rey Francisco, hubiera podido esperar más sorpresas...
El amor es una enfermedad. Cuando atrapa, no puede hacerse nada más que ceder; tanto el gentilhombre como el burgués, el guerrero o el viejo hombre de Iglesia. Puesto que las mismas pasiones se incuban bajo la sotana y bajo la armadura.
Cumplía la función de prior, en Saint-Martin-des-Champs, un viejecito piadoso y hasta el momento, irreprochable.[6]
El demonio del mediodía lo posee. Tiene por penitente una exquisita religiosa, la hermana Marie Héroët, la voz más pura, la actitud más casta... ¿Su rostro? Imposible verlo, pues está velado, pero el prior sueña con él. Intenta descubrir los rasgos de la monja agachándose, para verla por debajo de su velo. Llega así a poseer con la mirada "una boca roja"y tan encantadora, que necesita inmediatamente ver los ojos; ojos que lo vuelven loco. Está obsesionado: no bebe más, no come más, no duerme más. Y un buen día, intenta violarla. Golpe fallido. Entonces se exaspera, pierde la cabeza; y el relato se vuelve acá tan preciso como un relato de homicidio: le mete la mano bajo las faldas, y como ella se debate, ya que es viejo, y no posee las fuerzas para cumplir con su deseo, furiosamente, con sus uñas, rasguña "todo lo que puede tocar"...

Durante esta escena, detalle a recordar, un joven monje está allá, él ve todo, presencia todo, no se mueve, y "cuida la puerta"con complacencia, por orden de su prior... Ahora bien, notémoslo, la historia no es más de fantasía que la precedente. Margarita no nombra a Bonnivet; nombra a la hermana Marie Héroët, hermana de Antonio, el poeta de la *Perfecta Amiga* que morirá obispo de Séez: sabemos todos esos nombres salvo uno, que Margarita nos ahorra por piedad: el del viejo prior obsesionado: pero nosotros, historiadores sin respeto, lo conocemos; se llama Etienne Gentil, y él nos ha dicho su edad, inclusive, ya que, amonestado severamente, (nada más, por otra parte), por sus desvaríos, el pobre hombre, (es siempre Margarita la que nos lo confía), tiene para él estas palabras verdaderamente exquisitas: "Es que tengo setenta años..." Valiente excusa.

El amor, una enfermedad. Participa de la rabia, como se ve. A veces también de la melancolía. De la más negra.

En el *Heptamerón*, se muere de amor contenido. Se muere mucho de eso. Como ese gentilhombre que los parientes de su amiga han rechazado. El está muriendo por eso. Antes de entregar el alma, pide un favor, uno solo, un abrazo de aquella por quien muere. La madre, viendo que en él no había más "sentimiento de hombre vivo", lo permite. Entonces, el moribundo estrecha a la muchacha entre sus brazos, con tal fuerza que, "no pudiendo el debilitado corazón soportar tanto esfuerzo", todas las virtudes y el espíritu lo abandonan. A continuación, "la felicidad lo invade de tal manera que le falta sitio a su alma y vuela a su Creador". Tal como ese viejo lobo de mar[7]que, después de haber navegado tanto de aquí para allá, se enamora de una joven y virtuosa dama. Pero enamorado hasta perder por ello el espíritu: a menudo, contándole sus viajes, perdía el hilo, nos dice Margarita, mezclando "el embarque de Marsella con el Archipiélago", o, —cosa más grave para un marino—, queriendo hablar de un navío "hablaba de un caballo". Y todo por timidez: imposible atreverse a confesar su pasión. Entonces enferma. Cambia de humor y de carácter. "Tenía renombre por ser más intrépido y buen compañero que buen cristiano": aquí lo tenemos que cae en la devoción, no cesa de frecuentar las iglesias, los sermones y, forzado a partir de expedición, cuando viene a despedirse de su dama, sufre de tal manera por no poder, por no atreverse a declarar su pasión, que cae desvanecido."En un tan grande sudor universal,–precisa la despiadada narradora–, que no solamente sus ojos, ¡sino su cuerpo entero arrojaba lágrimas!"

Callarse. Disimular. Reprimir. Estos hombres no pueden. El silencio y el

secretos los asfixian literalmente. Necesitan un apoyo humano, un consejo: la palabra, la confidencia, la confesión si se quiere. El duque de Florencia, el asesinado Lorenzaccio, sufre tanto de su silencio forzado como el viejo lobo de mar. Os declararé— , dice él a su favorito, —un secreto, "callarlo me pone en el estado que veis". Callarlo, esa gran palabra, misteriosa y sospechosa, de la cual hemos perdido el uso.
El duque, "no espera reparación más que por la muerte, o por el servicio", que su fiel podrá rendirle: el servicio de entregarle a su hermana. Y el confidente ve, en efecto, el rostro de su amo bañado en verdaderas lágrimas. Se emociona cuando el duque agrega que "si no obtiene el goce de esta mujer", seguramente morirá.

Hasta aquí, los hechos, que hablen por sí mismos. Pero a lo largo del *Heptamerón* se habla de ellos, y largamente; se habla por ellos y sobre ellos. ¿Qué se dice? ¿Qué moraleja extraen los contertulios de estos relatos, a menudo atroces? —en veinte intervenciones, el rey de Navarra se encarga de formularla. Y se trata de una moral de acción—, era previsible.
"Cuando se trata de una mujer sabia, que no puede ser engañada, y tan buena que no se la pueda ganar con palabras ni regalos —(aquí, esperamos, ingenuos, esta conclusión: "¡Entonces, saludémosla con respeto y dejémosla tranquila!") Pero no, Hircan enlaza: ¿No es acaso razón de buscar por todos los medios que se pueda, para llegar a la victoria?"La victoria, único objetivo. ¿Los medios? Todos. Hasta el asesinato. Nada de falso pudor; también "cuando oigan decir que un hombre ha tomado una mujer por la fuerza, piensen que esta mujer le ha quitado la esperanza por todos los otros medios; ¡y no desestiméis al hombre que ha puesto en peligro su vida para dar lugar a su amor!"Ya están advertidas las mujeres. A ellas les toca cuidarse. Que se bata en duelo a muerte, y si puede sorprender a su adversario antes de que se haya puesto en guardia, tanto mejor. Y tanto peor para el torpe que perdió el tiempo...
Moral de guerreros. Vencer: el único objetivo. Bonnivet ha fallado su golpe. A pesar de su trampa y su audacia.
Frente a su mujer, heroína del asunto, frente a su propia mujer, que empuña la pluma y anota sus palabras, Hircan es categórico: a quien hay que culpar es a Bonnivet. ¿Por qué se condujo como un bruto, como un patán en celo? —Se equivocan.
Es porque su golpe ha fallado. "Teniendo tal ocasión (ocasión, la gran palabra; Hircan, Bonnivet y sus émulos la tienen siempre en la boca), no hubiera

debido abandonar su empresa."Pero él demostró que "su corazón no estaba completamente lleno de amor", puesto que renunció, que no se encarnizó cueste lo que cueste, que cedió "por temor de muerte y vergüenza". Y la conversación continúa totalmente por esta línea. Pues ninguna de las damas se eleva contra la violencia del seductor. Nomerfide, simplemente, le busca excusas: "Ese pobre gentilhombre", ¿qué otra cosa podía hacer?; "Tenía dos mujeres contra él."Y en efecto, la dama de honor de Margarita, despierta por el ruido, había corrido "en camisón". Solo contra dos mujeres, en medio de la noche, y rechazado con violencia, ¿qué podía hacer el hermoso Bonnivet, completamente frustrado? —¡Eh! responde fríamente Hircan, "debería matar a la vieja, y cuando la joven se encontrase desamparada, ¡ya hubiera estado vencida a medias!"— ¿Creen ustedes en una revuelta general de las mujeres, frente a este arresto que todos los hombres aprueban?. Nada de eso. Apenas si Nomerfide exclama: "¡Matar! ¿querríais entonces hacer de un enamorado un asesino?"

"Si me hubiera encontrado en esa situación, responde Hircan sin dudar[8], me tendría por deshonrado si no llevara a cabo mi propósito!"Es la divisa del Temerario. Y su filosofía: "¡He sido yo quien lo emprendió, acepto sus consecuencias!"

Así hablan buenos cristianos, frente a buenas cristianas. Estos hombres que, cada mañana, siguen con recogimiento los ejercicios piadosos a los que invita la dama Oysille; estos devotos que se abstendrían cuidadosamente de faltar a la misa o a las vísperas, son los mismos que, sin pestañear, consideran la violación como una necesidad a la cual los obliga la tonta obstinación (felizmente bastante rara), de algunas mujeres testarudas y limitadas que no quieren comprender nada, ni saber nada...

Pero, la alianza de devoción y libertinaje es antigua. Y Luis de Orléans, el bisabuelo de Margarita, no es precisamente una excepción: Luis el necromante, aficionado a toda clase de voluptuosidades; y sin embargo tan devoto que tenía su celda entre los Celestinos, donde practicaba su retiro, y donde oía los maitines y, a veces, de cinco a seis misas cotidianas. En resumen, pimentaba con remordimientos su vida de gran pecador.

Luis, el bisabuelo. ¿Y Francisco, el hermano querido; el muchachón Francisco? Cuando Margarita, en la vigésimo quinta *nouvelle*, nos cuenta la historia de ese joven rey tan lleno de gracia, de virtud y de religión que acudía a sus citas con la bella Mme. Disomme, mujer de un abogado parisino de renombre, una de esas burguesas transidas de amor y reconocimiento de las cuales el vencedor de Marignan agotaba las dulzuras: tomaba el camino

más corto y, de acuerdo con el portero de los *Blanc-Manteaux* atravesaba el vallado del monasterio con pie presuroso, pero, al regresar, no dejaba de entrar devotamente en la capilla de los monjes y allá, completamente abismado en sus plegarias, apreciaba grandemente a los buenos religiosos "entrando y saliendo de los maitines". No nos abalancemos, demasiado rápido y fácilmente, a hablar de profanación e hipocresía.

Ciertamente, erraríamos al olvidar las palabras de Michelet: son de esas palabras admirables que proyectan sobre todo ser humano un haz de luz: "La hilaridad mentirosa que mostraban sus ojos parecía alegría francesa y noble picardía."

Imposible, después de esto, mirar un retrato del hermoso rey sin repetirse estas palabras esclarecedoras, estas palabras de talento, entre tantas otras. De hecho, en la escena tal como nos la cuenta Margarita, con una complacencia cándida y una total inconsciencia, hay un cierto grado de bajeza, de engaño que nos disgusta. Que nos choca. Este joven rey que se presenta de noche, galán afortunado en casa de su amante, que se topa inopinadamente con el fastidioso marido, candil en mano, a quien colma inmediatamente con su confianza y familiaridad, a quien cuenta sus asuntos, a quien consulta, (¡sólo ha venido para eso!), mientras que, convocada de urgencia por el magistrado, la esposa, ataviada para el real favor, presenta de rodillas, devotamente, sus mejores confituras a su ídolo, admira la destreza de sus mentiras, y le desliza en el oído: "Saliendo, es la puerta a la derecha... no me esperaréis mucho tiempo". Toda esta escena de Scapin, o de Panurgo, o de Bouburuche[9], es francamente disgustante. Jugarretas en un traficante deshonesto, ¿pero el rey, hombre galante, el vencedor de Marignan? No. Aceptable para algún Dindeneau enamorado, aplicando sus talentos a las mujeres y no a las ovejas. Pero el problema permanece.

El problema de psicología, ya no individual sino colectiva. No actual, sino histórica. El problema, que no se resuelve con la palabra hipocresía emitida con aplomo, y con un encogerse de hombros.

De hecho, cuando se trabaja no sólo con los datos que suministra un libro meditado como el *Heptamerón*, rico en la experiencia de una mujer de primer orden —sino también con la de todas aquellas que nos entregan sus memorias,— y no sólo del tiempo de Francisco I y Margarita, sino de un tiempo muy anterior: pensemos en el muy rico material que ha utilizado Huizinga para su bella síntesis[10], a todos esos informes precisos y detallados de los hechos y gestos de los nobles príncipes del S.XV que proveen, en

particular, los cronistas borgoñones: al meditar sobre tantos documentos, se puede pensar que, tal vez, entre los siglos XVI y XX, la máquina psicológica no ha permanecido igual en Occidente; que se ha transformado, modificado, enriquecido; que quizás , los hombres de 1520, de 1530, de 1540 no lograban asir tal como lo hacemos nosotros, no tenían bien a mano, como nosotros, precisamente, la unidad viviente de su personalidad.

II

Se trata de un problema muy grande, ciertamente. No me parece que nadie, nunca lo haya planteado claramente. Ni entre los filósofos que estudian la personalidad tal como es actualmente. Ni entre los historiadores, que no se plantean semejantes cuestiones. Me disculpo, entonces, anticipadamente, por mi audacia y por tomarme la libertad. Pero el hecho es así. Los bruscos virajes de los hombres del siglo XVI, la insensata rapidez con la que los vemos pasar, —por su propia confesión, y cuando lo narran,— de la prudencia a la locura, de la moderación contenida a los peores excesos, de lo que es para nosotros la humanidad de un hombre civilizado a la bestialidad desencadenada; todo esto no es para los fueros de lo que yo llamaría una psicología de periódico matutino.
Cuando dijimos: Amador, un varón para quien la mujer, de derecho, pertenece al hombre que la desea; idea de cazador que tal vez no sea la de la presa: pero, en fin, la cierva está para sufrir la ley del ciervo.

Cuando dijimos: Amador, un deportista con gusto por el riesgo, a quien el riesgo mismo absuelve; un guerrero que no tiene más que un objetivo, triunfar. Entonces, si es necesario, se viola, si es necesario, se mata.

Cuando, elevándonos un grado en la investigación sentimental, declaramos: el joven Francisco I, un tartufo [11] , que despliega la pantomima de la devoción cuando aún conserva el calor del adulterio.

No dijimos más que banalidades. Y, en el último caso, dijimos tonterías. Puesto que los buenos monjes *Blanc-Manteaux* no conocían al joven edificante. No sabían que era su rey. ¿Para qué sirve hablar de "hipocresía"? No podían diseminar en el público su admiración ingenua, celebrar las alabanzas de una piedad real tan ejemplar, contraponer la noción de un

Francisco perdido de lujuria (totalmente moderna, por otra parte), por la de un Francisco bañado en devoción. Si él fuera "hipócrita", en esas condiciones, lo sería solamente frente a sí mismo.
Hipócrita, palabra que no quiere decir nada. En lenguaje de psicólogo, como máximo, tal vez podríamos invocar ese "sentimiento de prestancia", del que nos habla Henri Wallon[12]; la impresión que experimenta el joven que se siente observado, y que rápidamente necesita adaptarse a la presencia de otro. Sentimiento, se nos dice, del cual las raíces se hunden en un terreno no muy cultivado, pero muy primitivo.
De hecho, son las oscilaciones mismas de estos hombres, las que debemos explicar; sus pasajes: del cortejo respetuoso a la odiosa violación; del amor adúltero a la piedad devota.
Decir lo que habíamos dicho, lo que se dice corrientemente, es dilatar; no es comprender, ni explicar. ¿Puede ser, entonces, el sentido que indicamos?

Vivimos seguros —para retomar una frase de Charles Blondel [13]— que no somos un "parlamento de conciencias". Que permanecemos iguales, hoy, a lo que éramos ayer, y por la noche, a lo que éramos por la mañana. Los hombres del Siglo XVI lo sentían también. Experimentaban, ciertamente, ese sentimiento, ese indispensable sentimiento de la unidad a través de la multiplicidad, de la identidad a través del cambio que es la paradoja del yo y la base segura de nuestra vida psicológica personal. Sentían, experimentaban: ¿exactamente como nosotros?, ¿con la misma intensidad, la misma seguridad que nosotros? pero además, ¿nosotros a qué edad? ¿Nosotros a los treinta años, a los dieciséis o a los setenta?
Es lugar común oponer en este punto la psicología del niño a la del adolescente, la del viejo a la del hombre hecho y derecho. Nuestro yo tiene toda una historia. La hemos descubierto poco a poco, la hemos profundizado. Ese yo que sentíamos o que se sentía tan débil en nosotros, tan vacilante a veces, ese yo contradictorio y polimorfo, que conocíamos tan poco y tan mal. Lo hemos afirmado luego, entre los quince y los veinte años, en los tiempos de ensoñaciones amorosas y accesos de ambición. En los tiempos en que el joven o el adolescente tienen para uso propio a su diario íntimo, esos diarios de exploración personal que permiten al autor penetrarse, poseerse, afirmarse frente a sí mismo y frente a los otros. Todos hemos conocido, antes de amaestrarnos y tenernos asumidos como hombres, esta singular hipertrofia de un yo juvenil, ebrio de su propia conquista y no retrocediendo frente a ningún conflicto para plantearse, abierta u

oblicuamente, franca o disimuladamente, frente a los viejos, padres, maestros. Si el yo de todo individuo, en nuestro estado y en nuestra esfera de civilización, tiene su historia, ¿Porqué el yo de cada generación no tendría la suya? Ese progreso evidente que constatamos en nosotros analizando, al miramos vivir, ese progreso que releemos, por una parte, en el desarrollo de la sexualidad, pero por otra parte también en el progreso de la inteligencia; ¿porqué no admitir que se hubiera operado de generación en generación en el curso de los tiempos, como se opera de la infancia a la vejez en el curso de una existencia individual?

Tomemos tan solo un ejemplo típico. Recién hablábamos de diarios íntimos. Actualmente tales diarios no son raros. Su existencia se ha vuelto tan normal, que carreras enteras de psicólogos han podido fundarse sobre el estudio, sobre la interpretación de tales documentos.[14]

Ahora bien, estos diarios íntimos, estos diarios de adolescentes (continuados o no hasta la madurez) no datan de demasiado tiempo. A lo sumo, de un siglo. No los tenemos del S. XVIII. Menos aún, del XVI. ¿No resulta un hecho bastante notable?

¿Será que la escritura —digamos que el hábito de escribir, de recurrir espontáneamente a la pluma como a un instrumento normal y familiar de análisis personal—, será que la escritura dataría de ayer? Explicación por la técnica, y, una vez más, explicación que no explica. Se escribía, en los siglos XVII, XVI y XV. Se tomaba nota, día por día, de los acontecimientos de los que se era testigo. Si no, se redactaban crónicas, al menos memorias, al menos la crónica que hacían los padres de familia. ¿Pero diarios íntimos, relatos de zambullidas en las profundidades del yo, confidencias de adolescentes, escritas por ellos, sobre ellos mismos? En absoluto. Signo evidente, si se piensa en ello; signo irrecusable de un enorme cambio.

Ciertamente, muchos preparativos fueron necesarios. Primero, lo podemos llamar la revolución de las *Confesiones*. La revolución provocada, (1782), por la brusca aparición de los recuerdos de infancia y juventud arrojados en el mercado por el orgulloso ginebrino[15], con gran escándalo de sus admiradores, armado en su voluntad frenética de no ser el semejante de sus semejantes, sino *El*. El único *El*.

Ciertamente, no hay confusión entre un diario íntimo de adolescente y las *Confesiones* de Jean Jacques. O de la serie innumerable de *Confesiones* a lo Jean Jacques que siguieron. Obras meditadas, calculadas, de hombres hechos y de mujeres maduras que, habiendo pasado la mitad de su vida, vuelven a

partir a la búsqueda de su juventud perdida. Obras de hombres y mujeres que no buscan su yo. Ya lo hallaron. Y estos confesos del S. XVIII, y del XIX, lo encuentran más y mejor que nunca a la hora en que toman la pluma para contarse a la posteridad; para elevarse a sí mismos orgullosos monumentos. No trabajan sobre estados del alma perpetuamente lábiles y reversibles; no intentan extraerse, sanos y salvos, fuera de las arenas movedizas donde se pierde su yo. Ellos, en cambio, provocan, restituyen, organizan sus recuerdos. Bien plantados, sólidos y plenos; con ellos, cortan las piedras para su propio memorial. Pero queda algo importante: la moda de las *Confesiones*, la eclosión luego de 1782 de una masa de recuerdos de infancia, juventud y madurez que no se mantienen más, como antes, sobre el plan bien barrido, seco y prolijo del conocimiento intelectual —sobre el plan de la historia—, sino que se proponen develar secretos, explorar las profundidades, enturbiar las profundidades. La necesidad de revelar a todos, públicamente, las intimidades de un corazón y las confidencias de una personalidad: signo manifiesto, testimonio irrecusable de una curiosidad nueva del hombre por el hombre.

Y no más, como antes, del hombre social para el hombre político, para el hombre público, para el hombre agente o testimonio directo de grandes acontecimientos. Curiosidad, por el contrario, de lo particular, amurallado en sí mismo, para el yo de otro, ese reactivo, ese revelador, (por oposición o por similitud), de un yo personal que se ignora y que quiere poseerse. También por eso, manifestaciones de este egoísmo sentimental que atestigua, en los hombres de finales del S. XVIII, ya no más el deseo de encontrar en ellos, por introspección, (tal como el Montaigne de los *Ensayos*) lo que podrían hallar acerca de la condición humana, sino la necesidad de captarse firmemente a través de la resbalosa movilidad de los estados de sensibilidad y de sensualidad que no se confiesan ni a sí mismos. Y, hecho esto, el instinto de exhibirse en la verdad desnuda de su naturaleza íntima.

"Este hombre, dice Jean-Jacques, este hombre seré yo."

Los adolescentes que redactan diarios íntimos podrían escribir, invirtiendo la proposición: "Este yo será un hombre". Pero para que ellos lleven sus diarios, para que tengan esta preocupación precoz por buscarse, para que ellos sientan la necesidad de organizarse a ellos mismos en tanto que ellos mismos, habrá sido necesario que todo un ejército de Rétif de la Bretonne, que todo un ejército de "Messieurs Nicolas"hagan de su cinismo más aún que un deber: una manifestación augusta y solemne del genio humano; y entonces, como dice gloriosamente el tipógrafo de Sacy[16], un útil suplemento

a la *Historia Natural*, de Buffon, al *Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu, a los *Ensayos*, de Michel de Montaigne. Nada Menos.

Aquí tenemos, a partir de los hechos, y con ayuda de un indicador, poco importante a primera vista y en todo caso descuidado, una de esas revoluciones psíquicas que la historia se obstina en ignorar. La historia, que consiente en describir los cambios de las cosas y las instituciones; pero que rehusa tomar en cuenta los insignificantes cambios de los hombres y sus maneras, no sólo de pensar, no tanto de pensar como de sentir y de vivir.
La aparición del diario íntimo, permitiendo la toma de conciencia de estados fugitivos de sensibilidad; esa aparición del diario íntimo, que formula los conflictos de un yo en pugna con otros y: innovación, y de importancia, en la historia del yo y de su captura. Era necesario, para que naciera el diario, para que deviniera en una especie de necesidad para muchos y anónimos adolescentes, un desarrollo del individualismo que, a su manera, el egoísmo de un Jean Jacques y sus contemporáneos y románticos sucesores anuncia, prepara y precipita: pero el desarrollo de un individualismo organizado y, en gran medida, pacificado y distendido.
La infancia, se nos dice, es la afirmación intempestiva e inoportuna, la afirmación intransigente y agresiva de un yo sin control ni contrapeso. La adolescencia es la manifestación de una persona conciente de ella misma, y que crece regularmente, y se refuerza en su crecimiento. ¿Imaginamos que el siglo XVI, en relación con el siglo XX, fuera la infancia en relación con la adolescencia? Tal vez, así comprenderemos mejor ciertos hechos de psicología, ciertas manifestaciones del sentimiento de los hombres del siglo XVI, los contemporáneos de Margarita de Navarra.

Que, por otra parte, las transformaciones del medio, las modificaciones de ciertas condiciones de vida, tengan un gran peso: esto no me parece denegable; y he aquí que reduce la extensión del misterio.
Pensemos, yo escribía en 1925 [17], pensemos en cosas muy simples, muy gruesas, las cuales, nosotros, historiadores, nos rehusamos a sopesar. Por ejemplo, en la acción que debía ejercer sobre las formas de ser y de sentir de los hombres de otra época, los del siglo XVI, tantos contrastes violentos de los cuales no percibimos hoy la violencia.
Anochece. Con un gesto del dedo, aclara para nosotros. Pero, para ellos, el día no resucitaba, más que con el primer rayo de sol que se filtraba, al este, por encima de las colinas. Su vida estaba cortada: aquí la noche, la profunda

noche, apenas vencida unas treinta veces al año, por la claridad de la luna llena; o normalmente, por la claridad de un fuego de leña en una habitación negra; o por la llama vacilante de una candela. Aquí la noche, allá el día; blanco y negro; reposo y trabajo; silencio y ruido: otro tanto de golpes, de shocks, de alternancias que se nos tornan extranjeras...
Día y noche, pero también calor y frío, invierno o verano.
En tiempo normal, y cuando el hombre mismo no altera las reglas, nuestra civilización nos asegura el calor en invierno. Por doquier, en todas nuestras casas, en los lugares de trabajo, en nuestros lugares de placer y hasta en nuestros domicilios temporarios: un tranvía, un auto... Nuestros ancestros volvían a sus casas en invierno, se ponían un abrigo, un gorro forrado, se abrigaban de pies a cabeza. Y corrían a la chimenea, a asarse las piernas mientras se les congelaba la espalda.

Y también, festines de Pantagruel y sobriedad forzada de asceta: pan viejo que se corta con hacha, legumbres sin fineza ni variedad, sin carne de carnicerías, agua para beber, y de pronto, tres horas, cuatro horas de francachela, y carnes en salsa, carnes asadas, y salchichas, y budín, y rodajas de jamón y piezas de tocino. Todo rociado con jarras y jarras de vino. También aquí contrastes, y ruptura de equilibrio; y todas sus consecuencias sobre sistemas nerviosos mal llevados, mal alimentados, mal equilibrados.
El yo de hombres sometidos a regímenes semejantes, ¿puede creerse que sea unido, y que la amplitud de sus oscilaciones, fuera simplemente la misma que entre nosotros, los estables, parejos, suavizados? Y ahora, volvamos a nuestro punto de partida.
A nuestro Francisco I, arrodillándose piadosamente frente al altar, saliendo de los brazos de la bella Mme. Disomme.
¿Hipocresía? ¿Porqué no piedad, piedad de hombres mal equilibrados, oscilando entre goces desatados, placeres peligrosos, triunfos, y bruscas necesidades de humildad, de retiro, de silencio? ¿Porqué no un brusco salto, por encima de la frontera de lo puro y de lo impuro; y bañarse en pureza al salir de lo impuro?
No prestemos, gratuitamente al rey Francisco una psicología de pequeño burgués de las Batignolles, a la moda de 1930, preocupado ante todo por la opinión del barrio. El vencedor de Marignan, el fastuoso anfitrión del Camp du Drap d'Or[18], el Muy Cristiano, el Ungido del Señor[19], el taumaturgo real, no estaba en eso. No a pesar de Montaigne. Tanto que, como todos los reyes[20], él estaba totalmente persuadido en su interior,—sea cual fuere, sinceramente,

su humildad delante del Creador—, que él era algo así como un poco primo del buen Dios. El Cristo del Cristo, como decía Margarita.

Hipocresía, palabra simple para los muy simples. Digamos oscilaciones, compartimientos y balanceos. Aquí, en un bloque, los sentimientos nobles, la esfera de lo bello, de lo puro, del ideal y de la fe. Allí , todos los instintos y todas las pasiones, la esfera de lo impuro, de lo brutal, del pecado.

Entre ambos, ningún lazo, ningún puente. Un corte; pero Margarita, en el *Heptamerón*, reestablece el lazo. Releamos su conclusión, una vez, bien discutida la aventura de Amador y de Florida. "Damas, dice la reina de Navarra, tomen ejemplo de la virtud de Florida. Disminuid un poco su crueldad, y no creáis tanto en los hombres como para que sea necesario, al conocer lo contrario, darles a ellos la muerte cruel, y a vosotras una triste vida". Palabras que pudieran parecer un tanto enigmáticas.

Enigmáticas; pero humanas. ¡Y tan poco propias de una predicadora! Si Margarita hubiera sido apenas un poco la calvinista larvada y disfrazada que a veces se nos pinta, ¡el hermoso sermón moral que nos hubiera ofrecido! No nos lo ofrece. No se refiere a nada más que a su juicio de mujer muy conocedora de la vida, de los hombres y las mujeres, y de todo el sufrimiento y la miseria que existen bajo los trajes de brocado y los justillos de terciopelo. Ella no emite su veredicto. Deja montar a sus labios palabras humanas, y mucha piedad.

Es sincera. Siente, ama la vida.

NOTAS

1. Francisco I, rey de Francia; (1494—1547). Su reinado representó un afianzamiento del absolutismo. Acrecentó el desarrollo de la vida cortesana de una forma que prefiguraba la corte de Luis XIV. Reunió en ese entorno numerosos cortesanos y fue seductor y afamado galán. Nucleó gran número de artistas y personajes de la cultura, como Leonardo da Vinci y Benvenuto Cellini. Construyó numerosos castillos, dando brillo al Renacimiento francés. (N. de T.)

2. *Nouvelle*: Género literario. Variedad de cuento largo que, como decía Gide, permite ser leído en una sola vez. No debe confundirse con Novela, que corresponde en francés a *Roman* (N. de T.)

3. Huizinga: *Le dèclin du Moyen Age*. Ed. Payot.

4.Lorenzaccio: Lorenzino de Médicis, llamado Lorenzaccio, (Lorenzo el Malo), (1514-1548), asesinó a su primo, Alessandro de Médicis, duque de Florencia, y fue a su vez asesinado por orden de Cosme I. (N. de T.)

5. "Como la belleza de las flores de los campos."(*nouvelle* XIV)

6. *Nouvelle* XXII

7. *Nouvelle* IX

8. *Nouvelle* XIII

9. Personajes de distintas obras de Rabelais y de Molière, caracterizados por sus engañosas trapacerías. (N. de T.)

10. *Le dèclin du Moyen Age*, op.cit; Ed. Payot

11. Tartufo: a partir de la comedia homónima de Molière, se aplica a quienes, como el personaje, fingen una devoción absoluta, que luego traicionan en los hechos. (N. de T.)

12. Wallon, Henri: Les origines du caractère chez l'enfant: les prèludes au sentiment de personnalité, P. Boivin, 1934

13. Blondel, Charles: "La Personnalité", *Journal de Psychologie*, 1920

14. Por ejemplo, los múltiples trabajos de Charlotte Bühler, (*Kindheit und Jugend*), 1931.

15. Obviamente, se refiere a Jean-Jacques Rousseau (1712-1768), quien, además de numerosos trabajos de Filosofía, tesis paradojales, novelas, como *La nouvelle Heloïse*, o tratados pedagógicos como *Emile*, dio a luz las *Confesiones*, de las que trata Febvre. Representaron la aparición de un nuevo género, aparición que tuvo un carácter póstumo. (N. de T.)

16. Rétif de la Bretonne. (Nicolás Restif), escritor francés, (1734-1806). Comenzó como tipógrafo en Sacy, Yonne. Publicó novelas de gran colorido donde se pintaba vívidamente la vida de las clases populares en el Antiguo Régimen, como *Le*

paysan perverti o *La vie de mon père*. En *Monsieur Nicolas*, realiza un interesante trabajo autobiográfico de perfil psicológico. (N. de T.)

17. Febvre, Lucien: "Une civilisation, la première renaissance française", en *Revue des Cours et Conférences*, 1924—1925, II.

18. *Camp du Drap d'Or*, campamento militar donde tuvo lugar el encuentro, en 1520, entre Francisco I y Enrique VIII de Inglaterra, encuentro fallido al no poderse concertar la alianza a la que aspiraba el rey de Francia. (N. de T.)

19. Ungido. Consagrado por un óleo santo. En el Judaísmo y en el Cristianismo, llaman Ungido del Señor a sacerdotes y reyes. (N. de T.)

20. "Dios, que es el protector de los reyes, y que no ha querido que su muy humilde servidor perdiera la vida, me la ha conservado por su santa gracia", 11 de Agosto de 1589. Así escribió Enrique III, que acababa de recibir la puñalada de Jacques Clément, cuando dictaba una carta para la reina Luisa. Vaissière, *Quelques assassins*, p. 368.

Griselidis
Boccaccio

"La Versagung *del rico está por todos lados. No es simplemente el rasgo de la avaricia, ella es bastante más constitutiva de la posición del rico, a pesar de lo que se piense de esto, y la temática del folklore, de* Griselidis, *con toda la seducción que tiene, —si bien es bastante indignante— está allí para recordárnoslo."*

Lacan menciona este cuento popular recogido por Boccaccio, en Le Séminaire, Livre VIII, Le Transfert. *En el capítulo XXIV, "La identificación por* Ein einziger Zug*", retoma su propia teoría del amor para precisar que lo demandado por el sujeto en la demanda amorosa, es ser ubicado como deseable en el otro. Y agrega, al respecto, que si amar es dar lo que no se tiene, no puede amarse sino haciendo como si no se tuviera, aunque se tenga. Por lo tanto, para el rico: "...amar requiere siempre rechazar."*

Publicamos, del Decamerón *de Boccaccio, el cuento décimo, "Griselda".*

Boccaccio, Giovanni (1313-1375). Decamerón. *Bs. As., Editorial El Ateneo, Col. Clásicos Inolvidables, 1956.*

CUENTO DÉCIMO
GRISELDA

El marqués de Saluzzo, inducido por sus súbditos a tomar mujer, para hacerlo a su manera, roba la hija de un villano de la cual tiene dos hijos, a los cuales finge que mata. Después, dando a entender que se ha cansado de ella y que ha tomado otra mujer, haciendo volver a su propia hija, como si fuera su prometida, la echa a ella en camisa, y viendo que todo lo soporta, la vuelve a conducir a su casa y le enseña sus hijos grandes ya y la hace honrar como a marquesa.

Terminada la larga historia del rey, que todos demostraron en su semblante haberles gustado mucho, Dioneo dijo riendo:

—El buen hombre que esperaba en la siguiente noche hacer bajar el rabo al fantasma, habría dado menos de dos dineros por todos los elogios que vosotros dais a maese Torello.

Y después, al saber que únicamente a él le faltaba hablar, continuó:

—Afables damas mías: la jornada de hoy ha estado a mi entender dedicada a reyes y a sultanes y a gentes de esta clase; y por esto, a fin de que no me separe mucho de vosotros, voy a contar de un marqués, no una cosa magnífica, sino una loca bestialidad, si bien al fin tuvo buenas consecuencias.

A ninguno de vosotros aconsejo que lo imite, pues muy sorprendente es que le saliera bien.

Mucho tiempo atrás, hubo entre los marqueses de Saluzzo, el mayor de la casa, un joven llamado Gualtieri, el cual como no tenía mujer ni hijos, todo su tiempo empleaba únicamente en cazar pájaros, en lo cual se le tenía por muy entendido. Esto no gustaba a sus vasallos, quienes muchas veces le suplicaron que se casara a fin de que no quedase él sin heredero y ellos sin señor, ofreciéndose encontrarle novia tal y de tal linaje, que pudiera tenerse de ella buena esperanza y pudiese él darse por muy contento. Gualtieri les respondió:

—Vosotros, amigos míos, os empeñáis en una cosa que yo estaba resuelto a no hacer jamás, considerando cuán difícil es poder hallar quien con nuestras costumbres se acomode, y cuán dura vida sea la del hombre que toma mujer que no se avenga bien con él. Y el decir que vos creéis conocer a la hija por la costumbre de los padres, cuando habláis de dármela de mi agrado, es una tontería o una estupidez, pues no sé cómo podréis conocer a los padres, ni

cómo los secretos de las madres de aquellas, y aun cuando las conocierais, sucede muy a menudo que las hijas no se parecen en nada a sus padres. Mas, ya que en tales cadenas queréis ligarme, quiero consentir en ello; y para que no tenga de quejarme de nadie más que de mí mismo, si saliera mal, yo mismo quiero encontrarla, asegurándoos que sea cual fuere la que yo tome, si no la honráis como es debido, haré que os arrepintáis de haberme impulsado a que me casara, accediendo a vuestros ruegos y contra mi voluntad.

Los excelentes vasallos respondieron que se conformaban, con tal de que se casara. A Gualtieri habíanle gustado mucho las costumbres de una pobre jovencita que era de una quinta inmediata a su casa, y, pareciéndole bastante hermosa, presumió que con ella podría vivir bastante bien; por lo tanto, sin más buscar, resolvió casarse con ella, y habiendo mandado llamar a su padre, que era muy pobre, púsose de acuerdo con él para tomarla por esposa. Hecho esto, Gualtieri hizo reunir a todos sus amigos del país, y les dijo:

—Amigos míos, a vosotros os ha parecido y os parece bien que yo me disponga a tomar esposa, y yo a ello me he dispuesto más para complaceros a vosotros, que porque yo tuviera ganas de mujer. Ya sabéis lo que me prometisteis, esto es, estar contentos y honrar como señora a la que yo tomase, fueran quién fuera, y ha llegado a la hora en que estoy a punto de cumpliros la promesa y quiero que a mí me la cumpláis también vosotros. He hallado bastante cerca de aquí una joven que me agrada, y pienso tomarla por esposa y traérmela dentro de pocos días a casa; por lo tanto, discurrir la manera de que sea bonita la fiesta de bodas y cómo podéis recibirla dignamente, a fin de que yo pueda darme por contento de vuestra promesa, como vosotros debeis daros por contento de la mía.

Los buenos vasallos, todos satisfechos, respondieron que esto les gustaba, y que fuera quien fuera la novia, ellos la tendrían por señora y la honrarían como a tal. Después de esto, dispusiéronse todos a festejar las bodas, y Gualtieri hizo otro tanto. Mandó preparar grandes y espléndidas fiestas e invitar a ellas a muchos amigos y parientes suyos y a grandes señores y caballeros del contorno; a más de esto, hizo cortar y hacer gran número de hermosos y ricos vestidos haciéndoselos probar a una joven que le parecía tenía las mismas formas que su prometida; además de esto, preparó cinturones y sortijas y una corona rica y preciosa, y todo lo que la nueva esposa requería. Y llegada la vísperas de las bodas, Gualtieri montó a caballo a eso de las ocho de la mañana, y con él cuantos a honrarle habían venido, y habiendo dispuesto todo lo necesario, dijo:

—Ha llegado el momento, señores, de ir por la novia.

Y echando a andar con toda su comitiva, llegaron al pueblecillo, y llegados a casa del padre de la niña y encontrándola que volvía a toda prisa con agua de la fuente, para ir luego con otras mujeres a ver llegar la novia de Gualtieri, en cuanto éste la vió, llamóla por su nombre, que era el de Griselda y le preguntó dónde estaba su padre, y ella le contestó toda ruborosa:

—Está en casa, señor.

Entonces Gualtieri, apeándose y ordenando a todos que le aguardaran, entró en la pobre casa, donde encontró al padre de la joven, que se llamaba Giannucole, y le dijo:

—He venido para casarme con Griselda, pero antes quiero saber de ella algo en tu presencia.

Y le preguntó si tomándola él por mujer se esforzaría siempre en complacerle y no se enojaría por cosa alguna que él dijera o hiciera; y si sería obediente y muchas otras cosas por el estilo, a todas las cuales ella contestó afirmativamente.

Entonces Gualtieri, tomándola por la mano, la condujo fuera de la casa, y en presencia de toda su comitiva y de otras muchas personas, la hizo desnudar, y mandando traer las ropas que había mandado hacer para ella, la hizo vestir y calzar a toda prisa, y sobre sus cabellos, destrenzados como estaban, hizo colocar una corona, y después, como se asombraran todos de aquello, dijo:

—Ésta es, señores, la que yo quiero que sea mi mujer, con tal que ella me quiera a mí por marido.

Y después, volviéndose a ella, que de sí misma avergonzada y confundida estaba, le preguntó:

—Griselda, ¿me quieres tú por esposo?

Contestóle ella que sí, y él añadió:

—Yo te quiero a ti por mujer.

Y en presencia de todos la tomó por esposa. Y haciéndola montar en un palafrén, respetuosamente acompañada se la llevó a su casa, donde se celebraron magníficas y espléndidas bodas, y se hicieron grandes festejos, ni más ni menos que si la desposada hubiera sido la hija del rey de Francia. La joven esposa pareció que con las vestiduras hubiera cambiado al mismo tiempo de carácter y de costumbres. Era, como he dicho, hermosa y bien formada, y volvióse tan amable, tan graciosa y tan fina, que no parecía hija de Giannucole, ni que hubiera sido pastora, antes bien hija de algún noble señor de lo cual hacía asombrar a cuantos antes la habían conocido. Y a más de esto, era tan obediente a su marido y tan pronta en servirle, que él se mostraba el hombre más contento y satisfecho del mundo. Y era asimismo

tan graciosa y tan benévola para con los súbditos de su marido, que ni uno había que no la amara con delirio y no la honrara de buen grado; rogando todos por su bien, por su prosperidad y por su exaltación, diciendo cuando se decía que Gualtieri había obrado con poca cordura, tomándola por mujer, que era, por el contrario, el hombre más cuerdo y previsor que en el mundo hubiera; pues nadie más que él habría jamás podido conocer la elevada virtud de aquella joven oculta bajo sus pobres ropas y su traje de aldeana. Y a poco tiempo, no solamente en su marquesado, sino por doquier, supo obrar ella, cual si largo tiempo hubiese transcurrido haciendo hablar de su mérito y de sus buenas acciones y logró que se dijera de su marido, lo contrario, si algo contra él se había dicho, por culpa de ella, cuando con ella se casó. Poco después, se puso encinta y a su debido tiempo dio a luz una niña, de la cual Gualtieri estuvo muy contento. Mas poco después asaltóle un nuevo pensamiento, a saber, el de probar con largos experimentos y con cosas intolerables, la paciencia de su esposa, y empezó a zaherirla con palabras, fingiéndose enojado y diciendo que sus vasallos no estaban contentos de ella por su humilde condición, y especialmente desde que veían que tenía hijos; y tan disgustados estaban de la niña que había nacido, que no hacían más que murmurar. Al oír la dama estas palabras, sin alterársele el semblante y sin inmutarse, dijo:

—Señor, haz de mí lo que tú creas que mayor honra y consuelo darte pueda, que yo de todo estaré contenta, pues conozco que soy mucho menos que ellos, y que yo no era digna del alto honor con que tú me distinguiste.

Esta respuesta gustó mucho a Gualtieri, comprendiendo que la joven no estaba ensoberbecida por los honores que él y los demás le hubiesen dispensado. Poco tiempo después, habiéndole dicho a su mujer, con palabras vagas, que los vasallos no podían soportar aquella niña nacida de ellos, envió a ella un criado suyo, previamente aleccionado, quien con aire bastante lastimero, le dijo:

—Señora, si no quiero morir, tengo que hacer lo que mi señor me manda. Y me ha mandado que tome esta hija vuestra y que ... —Y no dijo más.

La dama, al oír las palabras y ver el semblante del criado y recordando las palabras dichas por su marido, comprendió que aquél le había mandado que la matase; por lo cual, tomándola en seguida de la cuna, besándola y bendiciéndola, aun cuando sentía gran pena en el corazón, sin inmutarse, la puso en los brazos del familiar, diciéndole:

—Toma: cumple lo que tu señor y el mío te ha ordenado; pero no la dejes de modo que puedan devorarla las fieras, ni las aves, a no ser que así te lo mandara él.

El criado tomó a la niña y refirió a Gualtieri lo que su esposa había dicho, el cual, asombrado de la constancia de su esposa, envió al criado con la niña a Bolonia, a una parienta suya, rogándole que, sin decir jamás de quien era hija, la cuidara y educara. Nuevamente se puso encinta la dama, y a su debido tiempo, dio a luz un varón, que fue muy grato a Gualtieri. Mas, no bastándole lo que había hecho, nuevo dardo clavó en el pecho de su mujer, diciéndole con irritado semblante:

—Mujer, desde que pusiste al mundo este hijo varón, no puedo vivir en paz con mis vasallos, porque les sienta muy mal, que deba ser con el tiempo su señor un nieto de Giannucole; tanto, que si no quiero que me arrojen de aquí, tendré que hacer lo que otra vez hice, y tendré que acabar por dejarte y tomar otra mujer.

Escuchóle la dama con resignación y se limitó a responderle:

—Señor, haz por contentarte a ti y da satisfacción a tu gusto y no te preocupes por mí, pues no hay cosa alguna que me agrade, si no veo que a ti te sea grata.

Muchos días después, Gualtieri, de la misma manera que había mandado por su hija, mandó por su hijo, y fingiendo también haberlo matado, lo envió a criar a Bolonia, como había hecho con la niña, sin que la dama hiciese más observaciones que las que había hecho para la niña; de lo cual Gualtieri se asombraba en gran manera, e interiormente aseguraba que ninguna otra mujer podía hacer lo que ella hacía: y a no ser porque la veía amantísima de los hijos, mientras así era del agrado de él, habría creído que lo hacía para no cuidarse más de ellos.

Sus vasallos, creyendo que él había hecho matar a sus hijos, le censuraban enérgicamente y le tenían por un hombre cruel, y compadecían en gran manera a su esposa, la cual con las mujeres que con ella se condolían de los hijos así muertos, jamás decía otra cosa sino que no era ella, sino quien los había engendrado, quien esto quería.

Bastantes años después del nacimiento de la niña, pareciéndole a Gualtieri llegada la hora de hacer la última prueba de la resignación de su mujer, dijo entre muchos de los suyos, que ya no podía aguantar más tener a Griselda por mujer y que comprendía que había obrado mal y con poco seso al casarse con ella, y por lo tanto, quería hacer valer su influencia cerca del Papa para que éste le permitiera tomar otra mujer y dejar a Griselda; lo cual, por muchos

hombres de corazón, le fue agriamente censurado, limitándose él a replicar que así tenía que ser. La dama, al saber estas cosas y figurándose que debía pensar en volver a casa de su padre y guardar tal vez el ganado como antes había hecho y ver a otra mujer al lado del hombre a quien ella amaba con delirio, en gran manera se afligió; sin embargo, tal como había soportado las demás injurias de la fortuna, así con semblante sereno se dispuso a soportar esta otra prueba.

Poco tiempo después, Gualtieri se hizo mandar de Roma cartas supuestas, y dio a entender a sus súbditos que por ellas el Papa le autorizaba a tomar a otra mujer y dejar a Griselda. Por lo cual, mandando venir a ésta en su presencia delante de mucha gente, le dijo:

—Mujer, por concesión que el Papa me ha hecho, puedo tomar otra esposa y dejarte a ti; y como mis antepasados todos fueron de ilustre linaje y señores de estas tierras, mientras que los tuyos han sido siempre labradores, quiero que ceses de ser mi mujer y que te vuelvas a casa de Giannucole con la dote que te trajiste, y yo me traeré otra que he hallado de mi gusto.

La dama, al oír estas palabras, retuvo sus lágrimas, no sin violento esfuerzo, superior a las fuerzas de una mujer, y respondió:

—Siempre comprendí, señor, que mi humilde condición no se avenía en modo alguna con vuestra nobleza y lo que con vos he sido, a vos y a Dios se lo agradecía sin que jamás lo hiciera mío o por mío lo tomara, como si se me hubiera dado, antes bien, lo tuve siempre como prestado; ya que a vos os place retirármelo, también a mí debe placerme y me place devolvéroslo; ahí tenéis el anillo con el cual me hicisteis vuestra esposa; tomadlo.

Me mandáis que me lleve la dote que yo os traje, para la cual ni vos necesitaréis pagador ni necesitaré yo bolsa ni bagaje, pues no he olvidado que desnuda me tomasteis, y si vos juzgáis honesto que sea de todos visto este cuerpo en el cual he llevado hijos por vos engendrados, me marcharé desnuda, mas os ruego en premio de la virginidad que os entregué y que no me la llevo conmigo, que a lo menos os plazca que pueda llevarme, a más de mi dote, una sola camisa.

Gualtieri, que más ganas tenía de llorar que de otra cosa, mostrando ceñudo rostro dijo:

—Llévate una camisa.

Todos los que en torno suyo estaban, rogánbanle que le diera un vestido para que no se viera salir tan pobre y vituperablemente de su casa a la que había sido durante más de trece años su esposa; más fueron inútiles los ruegos: por lo cual la dama, despidiéndose de él, salió en camisa, descalza y con la

cabeza descubierta de su casa; y llorando y con llanto de cuantos la vieron, se volvió a casa de su padre.

Giannucole (que jamás había podido creer que Gualtieri conservara por mujer a su hija, y que todos los días se esperaba este caso), habíale guardado las ropas de que se había despojado la mañana aquella en que Gualtieri la tomó por esposa: por lo cual se las entregó y se las volvió a poner ella, dedicándose de nuevo como solía a las tareas de la casa de su padre, sosteniendo con firme ánimo el fiero ataque de su adversa fortuna.

Después que hubo hecho esto, Gualtieri hizo creer a sus vasallos que había tomado una hija de uno de los condes de Panago; y mandando hacer grandes preparativos para las bodas, envió a decir a Griselda que se le presentara, y cuando delante la tuvo, le dijo:

—La nueva esposa que he tomado va a llegar y quiero acogerla honrosamente en mi primera entrevista; tú sabes que no tengo en casa mujeres que sepan arreglarme las habitaciones ni hacer muchas cosas que para tal fiesta se requieren: por lo tanto, tú, que mejor que nadie, sabes estas cosas de casa, dispón lo que ha de hacerse, haz invitar a las damas que a ti te parezca, y recíbelas como si tú fueras la señora: después, una vez celebradas las bodas, podrás volverte a tu casa.

A pesar de que cada una de estas palabras producían una herida en el corazón de Griselda, porque no había podido arrojar de él el amor que a Gualtieri le tenía, respondióle como lo había hecho durante su buena fortuna:

—Dispuesta estoy, señor.

Y penetrando con sus ropas bastas y groseras en aquella casa, de la cual poco antes había salido en camisa, púsose a barrer y arreglar las habitaciones, hacer poner tapices y cobertores en la sala, a hacer arreglar la cocina y todo lo demás como si fuese una criadita de la casa, sin descansar hasta que todo lo hubo arreglado y ordenado todo cuanto convenía. Y después de esto, haciendo invitar por orden de Gualtieri a todas las damas del país, púsose a disponer la fiesta; y llegado el día de las bodas, recibió a todos los convidados vestida de aldeana y con el rostro risueño y contento.

Gualtieri, que había hecho educar convenientemente a sus hijos en Bolonia por una pariente suya que estaba casada en casa de los condes de Panago, contando ya la niña, que era la más bonita que jamás se haya visto, doce años de edad y el niño seis, había enviado a Bolonia a casa de su pariente, a rogarle a que se dignara venir a Saluzzo para casarla con Gualtieri, sin dejar saber a nadie quién era ella.

El caballero hizo lo que el marqués le pedía, y poniéndose en camino, al

cabo de algunos días, a eso de la hora de comer llegó con la niña, con el hermano y con noble comitiva a Saluzzo, donde halló a todos los del país y a otros muchos vecinos del contorno que aguardaban a la nueva esposa de Gualtieri.

Recibida ésta por las damas y llegada a la sala donde estaban puestas las mesas, Griselda la salió a recibir afablemente, tal como iba puesta, y le dijo:

—Bienvenida sea mi señora.

Las damas (que habían rogado mucho pero en vano a Gualtieri, que hiciera que Griselda se quedara en una habitación, o que le prestase alguno de los trajes que suyos habían sido, para que no anduviera así delante de los invitados), fueron colocadas en torno de las mesas y se empezó a servirlas. Todo el mundo miraba a la niña, y todos decían que Gualtieri había hecho buen cambio, pero quien más alababa a la niña y a su hermanito era Griselda.

Gualtieri, a quien le parecía haber visto plenamente cuanto deseaba de la paciencia de su mujer, viendo que ninguna alteración causaba en ella la novedad de las cosas y teniendo por seguro que esto no se debía a estupidez, puesto que sabía que ella era muy discreta, juzgó ser hora ya de librarla de la amargura que comprendía le ocultaba ella bajo la impasibilidad de su semblante.

Por lo cual, llamándola a sí en presencia de todos, le preguntó sonriendo:

—¿Qué te parece nuestra esposa?

Señor— respondió Griselda— , a mi me parece muy bien, y si es tan discreta como bella, que así lo creo, no me cabe duda que viviréis con ella sumamente satisfecho, pero os ruego con toda mi alma que a ésta no le causéis los pesares que le causasteis a la otra que tuvisteis; pues dudo que los pudiera soportar, ya sea porque es más joven o ya porque ha sido criada con delicadezas, mientras que la otra lo había sido desde pequeñita en incesantes fatigas.

Gualtieri, al ver que Griselda estaba firmemente convencida de que aquella niña debía ser su esposa, sin que por esto dejara de hablar admirablemente bien, hízola sentar a su lado, y dijo:

—Hora es ya, Griselda, de que recojas el fruto de tu larga paciencia, y de que los que me han tenido por cruel, inicuo y bestial, conozcan que lo que yo hacía, hacíalo con premeditación, queriendo enseñarte a tí a ser esposa, a ellos a saberla tomar y conservar, y proporcionarme a mí mismo perpetuo sosiego mientras tuviera que vivir contigo: lo cual, cuando me decidí a casarme, temí mucho que no me sucedería, y por esto, para probarte, zaherí y desgarré tu corazón por todos los medios que tú sabes.

Y como jamás he visto que de palabra ni de hecho te hayas negado a

complacerme, pareciéndome que en ti tengo la dicha que deseaba, quiero devolverte a un mismo tiempo lo que en varias ocasiones te quité y curarte con dulzura suma las heridas que te produje, y a este fin, acepta gustosa y satisfecha a ésta, que tú crees desposada mía, y a su hermano, como a hijos tuyos y míos; éstos son aquellos que tú y muchos otros habéis creído por largo tiempo que yo cruelmente había hecho matar; yo soy tu marido y te amo más que todo lo del mundo, creyendo poder alabarme de que no hay otro que pueda estar tan contento de su esposa como yo.

Y dicho esto, estrechó entre sus brazos, abrazándola, a Griselda, que lloraba de alegría, y juntos se levantaron y fueron a donde estaba sentada su hija, llena de estupor viendo tales cosas, y abrasándola tiernamente, y a su hermano también, la desengañaron a ella y a muchos otros que allí habían.

Las damas, sumamente satisfechas, abandonaron las mesas y acompañaron a Griselda a su habitación, donde quitándole sus humildes ropas, le pusieron uno de sus más ricos vestidos, y como a señora, que aun cubierta con sus mismos andrajos lo parecía, acompañáronla de nuevo a la sala; una vez allí, cambió tiernas caricias con sus hijos, con gran contento de todos, prolongándose por muchos días las fiestas, y considerando a Gualtieri tan cuerdo, como demasiado amargas e intolerables habían juzgado las pruebas hechas en su esposa; pero en quien más cordura y discreción reconocieron todos fue en Griselda.

Al cabo de alguno días el conde de Panago se volvió a Bolonia, y Gualtieri, sacando a Giannucole de sus tierras, púsole como suegro en una posesión tan desahogada, que vivió y pasó toda su vejez muy respetado y muy satisfecho, y el marqués, después de haber casado noblemente a su hija, vivió dichoso y por largos años con Griselda, honrándola siempre tanto como se la podía honrar.

¿Qué podremos decir aquí sino que también en las casas pobres llueven del cielo espíritus divinos como en las reales llueven otros que serían más dignos de guardar cerdos que de tener dominios sobre los hombres?

La historieta de Dioneo había terminado, y de ella, en distintos sentidos, habían hablado largamente las damas, cuando el rey, levantando la cabeza hacia el cielo y viendo que empezaba a anochecer, dijo sin abandonar su asiento:

—Preciosas damas, como presumo que así lo comprendéis, el buen criterio de los mortales no consiste únicamente en tener en la memoria las cosas pasadas o conocer las presentes, sino que es de hombres grandes, considerados como de gran discreción, el saber prevenir el futuro por medio de lo presente y de lo pasado. Quince días hará mañana que nosotros, con objeto de hacer una excursión con que atender a nuestra salud y a nuestra vida, dejando a un lado las melancolías, los dolores y las angustias que sin cesar se ven en nuestra ciudad desde que empezó esta peste, salimos de Florencia, cosa que a mi entender hicimos acertadamente; pues bien mirado, aun cuando se hayan contado historietas alegres, y tal vez bastantes libres, y hemos bebido y comido constantemente bien, y tocado y cantado cosas todas para incitar las mentes débiles a cosas menos honestas, ni por vuestra parte ni por la nuestra he notado acto, palabra ni cosa censurable; continua honestidad, continua concordia, continua fraternal confianza me ha parecido ver y sentir en vosotros, cosa de que ha vosotros y a mí nos honra indudablemente, por esto, a fin de que por la prolongada costumbre no pudiese nacer de ello cosa alguna que se convirtiera en fastidio, y para que no haya quien pueda tildar nuestra prolongada ausencia, y habiendo tenido cada uno de nosotros su jornada y su parte en el honor que en mí radica, opinaría yo, si esto ha de ser de vuestro agrado, que sería conveniente que nos volviéramos al paraje de donde partimos.

Varias otras consideraciones hizo el rey, añadiendo que, si era aprobada su opinión, conservaría su corona hasta la hora de la partida, que opinaba debía ser a la mañana siguiente; y que, en caso contrario, tenía pensada ya la persona a quien tenía que coronar.

Mucho hablaron entre sí las damas y los jóvenes, mas al fin aceptaron como acertada la opinión del rey; por lo cual, mandando llamar al senescal; habló el rey con él sobre lo que debía hacerse a la mañana siguiente; y despidiendo a todos hasta la hora de cenar, púsose de pie.

Entregóse cada cual a sus habituales distracciones, cenóse luego agradablemente, y después pusiéronse a tocar, cantar y bailar, dirigiendo Lauretta una danza al compás de una cítara, que por orden del rey entonó Fiammetta. Otras se cantaron después de ésta, y cerca ya de la medianoche, fuéronse todos a descansar a indicación del rey.

Y cuando apareció el nuevo día, habiéndose levantado y teniendo ya dispuesto el senescal todo lo que se le había encomendado, guiados por el discreto rey volviéronse hacia Florencia. Y los tres jóvenes, dejando a las siete damas en Santa María la Nueva, de donde con ellas habían partido, de ellas se despidieron, yéndose en busca de otras distracciones; y ellas, cuando lo juzgaron oportuno, volvieron a sus casas.

Bundling
Stendhal

"...el bundling *es una práctica muy precisa, vigente todavía en esa especie de islotes culturales donde persisten viejas costumbres. Stendhal lo explica como un particularismo de suizos imaginativos presente igualmente en el sur de Alemania, geografía en absoluto indiferente."*

Este hecho cultural al que Lacan se refiere en el capítulo "Del análisis como bundling, *y sus consecuencias" de* El Seminario, Libro 4, La relación de objeto, *ya había sido mencionado por él, en "Función y Campo de la Palabra...",* Escritos I. *En una nota al pie de página, se lo describe así: "Se designa bajo ese término la costumbre de origen céltico y todavía usada en ciertas sectas bíblicas de América, que permite a los novios, e incluso a un huésped de paso emparentado con la muchacha de la casa, dormir juntos en la misma cama, a condición de que conserven sus ropas. La palabra toma su sentido del hecho de que la muchacha está generalmente empaquetada en sábanas..."*

Las dos veces que Lacan se refiere a esta costumbre, lo hace aludiendo a cierto modo de concebir la relación analítica, cuando su manejo "...se centra por entero en la relación de objeto haciendo intervenir sólo a lo imaginario y lo real...". De esta manera, como dice en esa misma clase de El Seminario, Libro 4..., *sus resultados, "...cuando se regula la acomodación de la relación imaginaria en base a la presencia supuestamente real del analista, -deben manifestarse en un plano, si no idéntico, sí al menos análogo a las relaciones que podemos concebir como de naturaleza esencialmente perversa."*

Y, más abajo, señala: "Esto, que puede pasar por una

feliz fantasía costumbrista (...) merece alguna atención, porque sin forzar en nada las cosas podemos decir que diecisiete o dieciocho años después de la muerte de Freud, paradójicamente la situación analítica ha llegado a ser concebida y formalizada de este modo."

Referencias... *publica de* Del amor *de Stendhal, el apartado titulado "Suiza" que se encuentra en el capítulo LVIII "Situación de Europa con relación al matrimonio".*

Stendhal (Henri Beyle, 1783-1842). Rojo y Negro, La Cartuja de Parma, Del Amor. *Madrid, EDAF Ediciones, 1972. Trad.: Carlos Rivas y Gregorio Lafuerza.*

SUIZA

Conozco pocas familias más dichosas que las del *Oberland*, parte de Suiza situada cerca de Berna, y es de pública notoriedad (1816) que allí las jóvenes pasan con sus enamorados las noches del sábado al domingo.
Los tontos que conocen el mundo por haber viajado de París a Saint-Cloud van a quedarse turulatos; afortunadamente encuentro en un escritor suizo la confirmación de lo que yo mismo he visto durante cuatro meses.
Un buen aldeano se lamentaba de algunos estragos hechos en su huerto; yo le pregunté por qué no tenía un perro: Entonces mis hijas no se casarían nunca. Yo no comprendía su respuesta, y él me contó que había tenido un perro tan malo que no había mozos bastante atrevidos para escalar sus ventanas.
Otro aldeano, alcalde de su lugar, para hacerme el elogio de su mujer, me decía que cuando ésta era moza no había en el lugar ninguna que tuviese más *kilter* o *veladores* (es decir, que tuviese más jóvenes que fueran a pasar la noche con ella).
Un coronel generalmente estimado vióse obligado en una expedición por las montañas a pasar la noche en el fondo de uno de los valles más solitarios y pintorescos del país. Se alojó en la casa del primer magistrado del valle, hombre rico y acreditado. El forastero se fijó al entrar en una joven de dieciséis años, modelo de gracia, de frescura y de sencillez; era la hija del dueño de la casa. Aquella noche había baile campestre; el forastero cortejó a la joven, que era realmente de una asombrosa belleza. En fin, envalentonándose, se atrevió a decirle si podría *velar* con ella. No —respondió la joven— ; me acuesto con mi prima; pero yo misma iré a vuestra habitación. Júzguese del pasmo que causaría una respuesta semejante. Se cena, el forastero se levanta, la joven coge la luz y lo sigue a su cuarto; él piensa estar al cabo de su dicha. No —le dice ella con candor— . Lo primero que necesito es pedir permiso a mamá. Un rayo le hubiese aterrorizado menos. Ella sale; él, haciendo tripas corazón, se desliza alrededor del salón de madera de aquellas buenas gentes, y oye a la muchacha que, con un tono acariciador, solicitaba de su madre el anhelado permiso; al fin lo obtiene. La madre dice a su marido, que estaba ya en el lecho: ¿Verdad, viejo, que consientes que Trineli pase la noche con el señor coronel? Con toda mi alma —respondió el padre— . Creo que a un hombre como él prestaría hasta mi mujer. Pues bien, márchate —dice la madre a Trineli— ; pero sé valiente y no te quites el zagalejo... Al amanecer,

Trineli, respetada por el forastero, se levanta virgen, arregla las almohadas del lecho, prepara el café y la crema para su *velador*, y después de haber desayunado sentada con él en el lecho, corta un pedacito de su *broustpletz* (pieza de terciopelo que cubre el seno), y le dice: Toma y conserva este recuerdo de una noche feliz; yo no la olvidaré jamás. ¿Por qué eres coronel? Y habiéndole dado un último beso, se marcha: él ya no volvió a verla. He aquí el exceso contrario a nuestras costumbres francesas, exceso que yo estoy lejos de aprobar.

Si fuera legislador querría que, a imitación de Alemania, se tomase en Francia la costumbre de las veladas con baile. Tres veces por semana las jóvenes irían con sus madres a un baile que principiaría a las siete, que acabaría a medianoche y que exigiría por todo gasto un violín y unos vasos de agua. En una habitación vecina las madres, quizá un poco envidiosas de la dichosa educación de sus hijas, jugarían al *boston*; en una tercera habitación los padres encontrarían periódicos y hablarían de política. De doce a una todas las familias se reunirían y volverían a sus casas. Las jóvenes aprenderían a conocer a los jóvenes; la fatuidad y la indiscreción, que es su consecuencia, se les harían en seguida odiosas; en una palabra, *ellas elegirían un marido*. Algunas jóvenes tendrían amores desgraciados, pero el número de maridos engañados y de malos hogares disminuiría en una inmensa proporción. Entonces sería menos absurdo pretender el castigo de la infidelidad por la vergüenza; la ley diría a las jóvenes: Vosotras habéis escogido vuestro marido; sedle fieles. Entonces admitiría yo la persecución y el castigo por los tribunales de lo que los ingleses llaman multa igual a las dos terceras partes de la fortuna del *criminal conversation*. En beneficio de las prisiones y de los hospitales, los tribunales podrían imponer una multa igual a las dos terceras partes de la fortuna del seductor y un encarcelamiento de algunos años.

Una mujer podría ser perseguida por adulterio ante un jurado. En primer lugar, el jurado debería declarar que la conducta del marido había sido irreprochable.

La mujer convicta de este delito podría ser condenada a prisión por toda la vida. Si el marido hubiera estado ausente más de dos años la mujer no podría ser condenada más que a una prisión de varios años. Bien pronto las costumbres públicas se modelarían sobre estas leyes y las perfeccionarían. Entonces los nobles y los sacerdotes, sin dejar de lamentar amargamente los siglos decentes de Mme. De Montespan o de Mme. De Barry, no tendrían más remedio que permitir el divorcio.

A la vista de París había en una aldea un elíseo para las mujeres desgraciadas, una casa de refugio, donde so pena de galeras, no entraría más hombre que el médico o el capellán. La mujer que quisiera obtener el divorcio se vería obligada, antes de todo, a contituirse prisionera en este elíseo, en el que pasaría dos años sin salir una sola vez. Ella podría escribir, sin recibir nunca respuesta.

Un consejo compuesto por pares de Francia y por algunos notables magistrados dirigiría, en nombre de la mujer, los trámites para el divorcio y regularía la pensión que el marido tendría que pagar al establecimiento. La mujer que sucumbiera en su demanda ante los tribunales sería admitida a pasar el resto de su vida en el elíseo. El gobierno completaría a la administración del elíseo la cantidad de dos mil francos por cada mujer refugiada. Para ser recibida en el elíseo se necesitaría haber tenido una dote de más de veinte mil francos. La severidad del régimen moral sería extrema. A los dos años de una separación total del mundo una mujer divorciada podría casarse de nuevo.

Una vez llegadas a este punto, las Cámaras podrían examinar si, para establecer la emulación del mérito entre las jóvenes, no convendría conceder a los varones una parte doble que la de sus hermanas en la distribución de la herencia paterna. Las doncellas que no encontraran con quién casarse tendrían una parte igual a la de los varones. Puede notarse de paso que este sistema destruiría poco a poco la costumbre de los matrimonios de conveniencia, demasiado inconvenientes. La posibilidad del divorcio haría inútiles los excesos de la bajeza.

Habría que establecer en diversos puntos de Francia y en aldeas pobres treinta abadías para solteronas. El gobierno procuraría rodear estos establecimientos de consideración para consolar un poco la tristeza de las pobres doncellas que acabarían allí su vida. Habría que concederles todas las naderías de la dignidad.

Pero basta ya de quimeras.

Poemas
Catulo

"Entonces, ¿qué nos demuestra el redondel de hilo de lo Imaginario tomado como medio? Que lo que él soporta es nada menos, lo que hay que llamar amor. El amor por así decir, en su lugar, el que tuvo siempre."

En la lección del 18 de Diciembre de 1973, de su seminario "Les non-dupes errent", Lacan fundamenta que el amor, en tanto acontecimiento, es un decir que se dirige al saber que está en el inconsciente: "Este saber", nos dice, "sin el cual no hay justa situación del amor, si aquello en lo cual el amor consiste es precisamente ese decir, ese decir que parte, obsérvenlo, de lo Imaginario tomado como medio."
En esa misma clase, rememora cuánto se había valido del ejemplo del amor cortés, en su seminario sobre la ética, para mostrar lo que imagina del goce y de la muerte, pero, puntualiza que si bien el amor cortés tuvo lugar en tiempos del feudalismo, en él se testimonia algo que proviene de un orden antiguo, orden que aún se conserva en el área feudal.
Lacan recomienda entonces: "Y para decirlo todo, les pido que verifiquen, no veo ninguna distinción en el acento, en cuanto al sentido del amor, entre lo que nos queda de él: las muy elegantes teorías del amor cortés y toda la novela que se despliega alrededor; no veo ninguna diferencia entre eso y lo que nos testimonia la literatura de Catulo y el homenaje a Lesbia, por prostituída que estuviera."

Publicamos las poesías y epigramas que el poeta Catulo dedica a Lesbia de manera explícita, y aquellas que según los estudiosos aluden a su amada. En la número*

LXVIII por ejemplo, la compara implícitamente con la mítica Laodamia, y con Venus.

Catulo, Cayo Valerio (87 a.C.-54 a.C.). Poesía. *Barcelona, Editorial Planeta, Clásicos Universales Planeta, 1990. Introducción, traducción, y notas: Juan Petit.*

* NOTA DE *"REFERENCIAS..."*

Acerca de la identidad de Lesbia, cuyo amor e infidelidades atraviesan gran parte de la poesía de Catulo, sabemos por Ovidio que el suyo es un nombre supuesto:
"...de la misma forma el lascivo Catulo cantó con insistencia a su amante, que tenía el falso nombre de Lesbia; y no contento con ésta, contó muchas historias de amor, en las cuales él mismo confesó su propio adulterio." (*Tristes* II 428).
Apuleyo (*Apol.* 10) nos informa, que su nombre en realidad era Clodia y a través de Catulo mismo (poema LXXXIII), sabemos que se trataba de una mujer casada.
Era costumbre de los poetas líricos de la época, sustituir el nombre de la mujer amada por otro de la misma métrica.
La mayoría de los estudiosos de la obra de Catulo, acuerdan en adjudicar el nombre de Lesbia, a Clodia, la esposa del gobernador de la Galia Cisalpina (62-61 a.C.) y más tarde cónsul (60 a.C.) Quinto Metelo Céler, muerto en el año 59 a.C. Se trataba de una mujer de ilustre linaje, cultura refinada, y dueña de un importante patrimonio.
J. Petit en su trabajo de introducción a la *Poesía* de Catulo, afirma que como Lesbia se preciaba de entendida en literatura, se da por muy probable que al dedicarle la famosa poesía LI, paráfrasis de la segunda oda de Safo, "Me parece ser igual a un dios..." y al elegir su nombre poético, Catulo debiera querer aludir a la admiración profesada por ambos a Safo, la poetisa de Lesbos.
Famosa por su belleza, su cultura y resonantes escándalos, se dice que más lo era, por la depravación de sus costumbres.
Entre sus numerosos amantes, se recuerda especialmente a Marco Celio Rufo, a quien acusó ante la justicia de haber intentado envenenarla. En el discurso que preparó para su defensa el orador Cicerón (*Pro Caelio*), se hace referencia a la relación incestuosa que Lesbia mantenía con su hermano, tribuno de la plebe, Publio Clodio Púlcer. Quintiliano (*Inst. Or.* VIII, 6, 53) menciona que su ex-amante la llamaba "Clytemnestra quadrantaria", lo que se ha traducido por Clitemnestra que se vende por un cuarto de as; aludiendo con esta expresión a la sospecha que estaba en boca de toda Roma, acerca de su participación en la muerte de su marido y el escándalo que provocaba su prostitución.

II *

Gorrión, delicias de mi amada, con quien ella suele jugar y a quien acostumbra tener en el seno y darle, cuando se lo pide, la punta del dedo, provocando sus agudos mordiscos, cuando place a mi radiante amor entregarse a no sé qué agradable distracción para buscar algún alivio a sus ansias, sin duda para calmar su ánimo ardiente: ¡ojalá pudiera como ella jugar contigo y disipar mis tristes pesares!

◊

Me [1] es tan grato como dicen que lo fue a la veloz doncella la manzana de oro que desató su cintura tanto tiempo negada.

III

Llorad, Venus y Cupidos [1], y cuantos hombres seáis algo sensibles a la belleza. Ha muerto el gorrión de mi amada, el gorrión, delicias de mi amada, a quien ella quería más que a las niñas de sus ojos. Pues era dulce como la miel, y conocía a su dueña tan bien como una chiquilla a su misma madre, y no se alejaba de su regazo, sino que, dando saltitos de aquí para allá, sólo para ella estaba continuamente piando. Y ahora va por un camino tenebroso hacia allá de donde dicen que nadie vuelve [2]. Pero malditas seáis, crueles tinieblas de Orco [3], que devoráis toda hermosura y me quitasteis un tan lindo gorrión. ¡Oh, desdicha! Pobrecito gorrión, por ti, ahora, el llanto enrojece los dulces ojos de mi amada.

V

Vivamos, Lesbia mía, y amémonos, y no nos importen un as [1] todas las murmuraciones de los ancianos ceñudos. Los soles pueden ponerse y volver a salir; pero nosotros, una vez se apague nuestro breve día, tendremos que dormir una noche eterna. Dame mil besos, luego cien, luego otros mil, luego

cien más, luego todavía otros mil, luego cien, y finalmente, cuando lleguemos a muchos miles, perderemos la cuenta para no saberla y para que ningún malvado pueda aojarnos al saber cuántos han sido los besos. [2]

VII

Me preguntas cuántos besos tuyos, Lesbia, serían bastante para mí. Tan gran número como las arenas de Libia, que se extienden por Cirene, rica en laserpicio [1], entre el oráculo del ardiente Júpiter [2] y el sagrado sepulcro del antiguo Bato [3], o como las estrellas que, cuando calla la noche, contemplan los furtivos amores de los hombres: éstos son los besos tuyos que bastarían a ese loco de Catulo; tantos que ni los curiosos pudieran contarlos [4] ni echarles una maldición con venenosa lengua.

XI

Furio y Aurelio [1], que os brindáis a acompañar a Catulo, ya tenga que penetrar hasta el extremo de la India [2], donde la costa es batida por la onda oriental que resuena a lo lejos,

como entre los hircanos [3], o los afeminados árabes, o los sagas [4], o los partos armados de flechas, o en las llanuras que tiñe el Nilo de siete bocas,

o si debe atravesar los altos Alpes, visitando los trofeos del gran [5] César, el gálico Rin y los horribles britanos [6], los más alejados de los hombres;

si estáis prontos a afrontar conmigo todo esto, sea lo que fuere lo que la voluntad de los dioses me imponga, anunciad a mi amada estas pocas y no buenas palabras.

Viva enhorabuena con sus amantes, estos trescientos[7] que abraza a la vez, sin querer verdaderamente a ninguno, pero rompiéndoles sin cesar los ijares a todos,

y no respete como antes mi amor, que por su culpa cayó como cae en la linde del prado una flor, cuando el arado la roza al pasar.

XXXVI *

Anales de Volusio, papeles inmundos, cumplid el voto en nombre de mi amada, pues prometió a la venerable Venus y a Cupido que si yo volvía a ella y dejaba de atacarla con feroces yambos ofrecería al dios de tardo paso[1], para ser quemadas sobre leña estéril [2], las obras más escogidas del peor de los poetas. He aquí lo que a la traviesa muchacha le parece divèrtido y agudo ofrecer a los dioses. Ahora, oh tú, nacida en el mar azul[3], que habitas el sagrado Idalio y la abierta llanura de Urio, y Ancona y Cnido, rica en cañas, y Amatunte y Dirraquio, taberna del Adriático, ten por acepto y cumplido el voto, si no es grosero ni indigno de Venus. Y vosotros, mientras tanto, venid al fuego, llenos de patochadas y sandeces, anales de Volusio, papeles inmundos.

XXXVII

Indecente taberna y vosotros sus parroquianos, junto a la novena columna después del templo de los hermanos del gorro frigio [1], ¿os figuráis que sólo vosotros sois hombres, y que sólo a vosotros está permitido hacerse con cuantas mozas hay y dejar por cabrones a los demás? O, porque os estáis estúpidamente sentados cien o doscientos en fila, ¿no creéis que pueda atreverme a demostrar de una sola vez mi virilidad a doscientos tíos sentados? Pues creedlo, porque escribiré que sois unos maricas por toda la fachada de la taberna. Porque mi amada, que huye de mi seno, querida por mí como ninguna otra lo será jamás [2], por quien libré tan grandes batallas [3], se sienta ahí con vosotros. Todos la amáis, todos los buenos y felices, y lo que es indigno, todos los cualesquiera y los tenorios de callejón; y tú sobre todo, modelo de los cabelludos, hijo de la conejera Celtiberia [4], Egnacio [5], a quien embellece una espesa barba y una dentadura fregada con ibéricos meados. [6]

LI

A los dioses me parece ser igual, y, si no es impiedad, estar por encima de los dioses, aquel que sentado ante ti sin cesar te contempla y te oye

reír dulcemente, cuando eso a mí me arrebata todos los sentidos: pues en

cuanto te he visto, Lesbia, no me queda voz en los labios,

sino que se me turba la lengua, una llama sutil corre bajo mis miembros, con un sonido peculiar me zumban los oídos, y una doble noche recubre mis ojos.

El ocio, Catulo, te es pernicioso: en el ocio te exaltas y te impacientas demasiado; el ocio, en tiempos pasados, perdió a reyes y ciudades felices.[1]

LVIII

Celio [1], mi Lesbia, aquella Lesbia, la Lesbia aquella a quien Catulo quiso más, a ella sola, que a sí mismo y que a todos los suyos, ahora por plazuelas y callejones prodiga sus favores a los nietos del magnánimo Remo.[2]

LX *

¿Acaso fue una leona en los montes de Livia, o Escila que ladra por debajo de la cintura [1] quien te dio la luz con un corazón tan duro e inhumano que hayas despreciado la voz de quien te implora en sus supremas congojas? ¡Ah, corazón demasiado cruel!

LXVIII *

El hecho de que, agobiado por la suerte y por una desdicha cruel, me envíes esta carta escrita con lágrimas para que, como a un náufrago devuelto por las olas espumosas del mar te levante y te retorne del umbral de la muerte, tú a quien ni la venerable Venus deja reposar con blando sueño, abandonado en tu célibe lecho [1] ni las Musas consuelan con los dulces cantos de los escritores antiguos, cuando tu acongojado espíritu permanece en vela, me es grato, ya que me llamas tu amigo y solicitas de mí los dones de las Musas y de Venus[2] . Pero para que no ignores mis angustias, Malio, ni creas que odio los deberes de la hospitalidad[3], sabe en qué vaivenes de la fortuna me debato también yo, y no pidas más presentes de felicidad a un desdichado. En el tiempo en que por vez primera me dieron la vestidura blanca [4], cuando

mis floridos años se hallaban en su alegre primavera, me entregué a muchos alegres juegos[5]: no me desconoce la diosa que mezcla a sus afanes una dulce amargura. Pero de toda esa afición me alejó el dolor de la muerte de mi hermano[6]. ¡Oh, hermano que he perdido por mi desdicha! Tú, con tu muerte, arruinaste mi felicidad, contigo fue sepultada toda nuestra casa, y contigo perecieron todas mis alegrías, que, mientras has vivido, tu dulce amor sostenía. Pero con tu partida he alejado totalmente de mi alma todas estas aficiones y placeres.

Así, lo que me escribes de que es vergonzoso, Catulo, que permanezcas en Verona, porque aquí cualquier joven a la moda calienta sus fríos miembros en el lecho que has abandonado [7], no es ninguna vergüenza, Malio, sino más bien una desgracia. Y me perdonarás, por lo tanto, si no te envío los dones que la pena me arrebató, ya que no puedo, pues si no tengo gran abundancia de autores, ello se debe a que vivo en Roma: ella es mi patria y me residencia, y en ella transcurre mi vida; hasta aquí sólo una caja me ha seguido entre muchas. Siendo así, no quisiera que supongas que lo hice por mala intención o falta de liberalidad, eso de no remitirte ni una ni otra de las cosas que me pides: de buen grado te las ofrecería si las tuviera.

◊

No puedo callar, diosas [8], cuánto me ayudó Malio en tal momento ni cuán grandes servicios me prestó: que el tiempo que huye, en el curso de los siglos olvidadizos, no cubra de ciegas tinieblas este afán suyo. Pero os lo diré a vosotras; vosotras decídselo después a muchos millares, y haced que, viejo, este papel siga hablando.[9]

◊

Y una vez muerto crezca más y más su fama, y no cumpla su tarea sobre el nombre abandonado de Alio la araña que teje en lo alto su leve tela. Pues, la pena que en su doblez me causó la diosa de Amatunte [10], ya lo sabéis, y de qué modo me consumió cuando ardía tanto como la roca de Trinacria [11] o el agua malíaca de las Termópilas eteas, y afligidos, ni mis ojos cesaban de derretirse en un llanto continuo ni mis mejillas de humedecerse con una triste lluvia. Y cual, centelleante, en la cumbre de una aérea montaña un riachuelo brota de una piedra cubierta de musgo y, una vez se ha precipitado por un valle en pendiente, sigue su marcha a través de un camino frecuentado,

y es dulce alivio del fatigado viandante sudoroso cuando el pesado estío hiende los campos requemados, también entonces, al modo que viene para los marineros arrojados a un negro torbellino una brisa favorable, soplando suavemente, implorada ya con preces a Pólux y a Cástor, Malio acudió en mi socorro. Él extendió a anchurosos límites el campo hasta entonces cerrado; él nos dio casa, a mí y a mi amante, donde entregarnos a nuestros mutuos amores. Allí se dirigió con blando pie mi radiante diosa y detuvo en el gastado umbral su planta deslumbradora, apoyada en la crujiente sandalia, tal como en otro tiempo, abrasada en el amor de su esposo, llegó Laodamia a la casa de Protesilao [12], en vano comenzada antes de que una víctima aplacase con su sangre sagrada los poderes celestiales. ¡Ojalá nunca, virgen Ramnusia [13], nada me apasione hasta querer que se emprenda a la ligera, contra la voluntad de los dioses! Cuánto una ara ayuna echa de menos la piadosa sangre, lo aprendió Laodamia al perder a su marido, obligada a soltar el cuello del reciente esposo antes de que el invierno, volviendo una y otra vez, saciase en largas noches su ávido amor, para que le fuera soportable la vida aunque se rompiera aquella unión. Las Parcas sabían que no estaría lejos mucho tiempo [14] si iba a guerrear ante los muros de Ilión, pues entonces, con el rapto de Helena, Troya había empezado a llamar a sí a los primeros varones entre los Argivos; Troya, ¡oh infortunio!, sepulcro común de Asia y Europa; Troya, amarga pira de todos los hombres y todas las virtudes, puesto que causó también la desdichada muerte de mi hermano. ¡Ay, hermano que he perdido por mi desdicha! ¡Ay, hermosa luz, arrebatada a mi desdichado hermano![15] Contigo fue sepultada toda nuestra casa, contigo perecieron todas mis alegrías, que, mientras has vivido, tu dulce amor sostenía. Ahora, tan lejos, no entre sepulcros conocidos ni junto a las cenizas de los parientes, la abominable Troya, Troya funesta, te retiene sepultado en tierra extraña en el extremo del mundo. A ella dicen que corría de todas partes la juventud griega, abandonando sus lares y penates, para evitar que Paris, gozándose con la adúltera que había raptado, disfrutase de libres ocios en un tálamo pacífico. En aquella ocasión, bellísima Laodamia, te fue arrebatado un esposo más dulce que la vida y que el alma: tan grande era el torbellino con que la pasión amorosa te había engullido a su profundo abismo como, según los griegos, aquel que junto a Feneo de Cilene seca el pingüe suelo absorbiendo el pantano; aquel que dicen que abrió antiguamente, desgarrando las entrañas del monte, el hijo supuesto de

Anfitrión [16], en los días en que con certera saeta hirió a los monstruos de Estinfalia, por mandato de un dueño inferior a él, a fin de que más dioses hollaran las puertas del cielo y Hebe no tuviera una larga doncellez.[17] Pero más profundo que aquel abismo fue el profundo amor que te enseñó [18], domada, a soportar tal yugo, pues no es tan cara a un padre agobiado por los años la vida de un tardío nieto que su hija única cría y cuyo nombre hace inscribir en su testamento, después que finalmente ha hallado en él un sucesor a las riquezas de su patrimonio, disipando así los impíos goces de un pariente burlado y alejando a ese buitre de su canosa cabeza, ni tanto ha gozado jamás ninguna paloma con su compañero cuando mordiéndole de continuo con el pico le pide besos, más desenfrenadamente, según dicen, que la mujer más ardorosa. Pero tú sola venciste todas estas pasiones cuando te juntaste con tu radiante esposo. Y nada o poco le iba en zaga, cuando vino a mi regazo, mi lucero [19], a quien Cupido rodeaba correteando de acá para allá, deslumbrante de blancura en su túnica amarilla. Y si no se contenta únicamente con Catulo, soportaré las raras escapatorias de mi reservada amiga, para no ser demasiado exigente a la manera de los necios. A menudo la propia Juno, la mayor de las diosas, contuvo la ira encendida por la infidelidad de su marido, aun sabiendo los numerosos deslices del enamoradizo Júpiter. Pero no es justo comparar a los hombres con los dioses. [20]

◊

Deja la ingrata severidad de un padre tembloroso; ni tampoco ella vino a mí llevada por la diestra de su padre a una casa fragante de perfumes asirios, sino que me otorgó a escondidas sus dulces favores en una noche maravillosa, robándolos al propio regazo de su mismo marido. Por esto ya basta, si sólo a mí se me concede aquel día que ella señala con piedra blanca. [21]

He aquí el regalo, compuesto en verso, que puedo darte, Alio, a cambio de tus muchos favores, para que las escamas de la herrumbre no toquen tu nombre ni este día ni aquél ni otros. A él añadirán los dioses cuantos presentes solía Temis[22], en otro tiempo, conceder a los hombres piadosos: sed felices, tú y tu vida [23] y la casa en que gocé con mi amada, y quien ante todo me acerca a la orilla y me aleja de ella [24], aquel que primero dio origen a todos los bienes. Y muy por encima de todos la que me es más cara que yo mismo, mi lucero, cuya vida me hace dulce el vivir.

LXIX

No te asombre, Rufo [1], que ninguna mujer quiera tomarte sobre sus delicados muslos, ni aunque la tientes con el don de un vestido de rara tela o la delicia de una gema brillante.
Te perjudica una mala fama, según la cual un feroz macho cabrío habita el cuenco de tus sobacos.
Todas le temen, y no es extraño, pues es un animal muy malo y ninguna muchacha se acostará con él.
Por esto, o suprime esa cruel peste del olfato o deja de asombrarte de que huyan de ti.

LXX *

Dice mi amada que con nadie quisiera unirse más que conmigo, ni aun si el mismo Júpiter se lo pidiera.
Lo dice, pero lo que una mujer dice a su ardoroso amante hay que escribirlo en el viento y el agua rápida.

LXXI *

Si a alguien molestó con razón el maldito macho cabrío de sus sobacos, o si a alguien tortura merecidamente el tardo reuma, ese rival tuyo, que usurpa tu amor, ha sido maravillosamente dotado gracias a ti de ambos males, pues cuantas veces está con ella, uno y otro son castigados [1]; a ella la aflige el hedor, y a él le mata el reuma. [2]

LXXII *

En otro tiempo decías conocer sólo a Catulo, Lesbia, y no querer ni al mismo Júpiter más que a mí.
Te amé entonces no como el vulgo a su amiga, sino como un padre ama a sus hijos y yernos.
Pero ahora sé quién eres: por esto, aunque me abraso más hondamente, te aprecio y te estimo en menos.

¿Cómo puede ser?, dirás. Porque una traición semejante obliga a un enamorado a querer más, pero a apreciar menos.

LXXV *

A tal extremo ha llegado mi corazón, Lesbia mía, por tu culpa, y tanto se ha perdido por su misma fidelidad, que ahora ya no puede tenerte aprecio, aunque te volvieras la mejor de todas, ni dejarte de querer por mucho que hagas.

LXXVI *

Si alguna satisfacción tiene quien recuerda sus buenas obras de otro tiempo, al pensar que cumple con su deber y no violó la fe jurada ni en ningún compromiso abusó del poder de los dioses para engañar a los hombres, te aguardan muchos goces, Catulo, por larga que sea tu vida, a consecuencia de ese amor tuyo no correspondido.
Pues todo cuanto los hombres pueden decir o hacer por alguien, tú lo has dicho y lo has hecho; pero todo se perdió, por haber sido confiado a un alma ingrata.
¿Para qué atormentarte más, pues? ¿Por qué no cobras ánimos y te alejas de ahí, y, puesto que los dioses no quieren, dejas de ser desgraciado?
Es difícil abandonar de pronto un largo amor[1]; es difícil, pero debes hacerlo sea como fuere. Ésta es la única salvación, tienes que lograr esta victoria; hazlo, puedas o no.
Oh dioses, si conocéis la compasión, o si jamás, en el postrer momento, habéis socorrido a alguien en la misma muerte, miradme en mi desdicha, y si he llevado una vida pura, arrancad de mí este mal y esta ruina, que insinuándose como un letargo hasta lo más hondo de mis miembros, ahuyentó de mi corazón todas las alegrías.
Ya no pido que ella corresponda a mi amor, ni, puesto que no es posible, que consienta en portarse honestamente. Sólo deseo curarme yo, y librarme de ese funesto mal. ¡Oh dioses, concedédmelo en premio a mi piedad!

LXXVII

Rufo [1], a quien en balde y vanamente creí mi amigo (¿en balde?; al contrario, a caro y doloroso precio), ¿así te insinuaste en mí y abrasándome las entrañas me robaste, pobre de mí, toda mi ventura? Sí; me la robaste, ¡ay! cruel veneno de mi vida; ¡ay! perdición de mi amistad.

LXXVIII *a*

... pero lo que ahora siento, es que tu inmunda saliva ha mancillado los puros labios de una muchacha pura. Pero no quedarás sin castigo, porque todos los siglos te conocerán y la fama, anciana, dirá quién eres.

LXXIX

Lesbio es guapo.[1] ¿Cómo no? Lesbia le prefiere a ti, Catulo, y a toda tu familia. Pero aún así, ¡que ese guapo venda a Catulo y a toda su familia [2] si puede recoger tres besos de quienes le conozcan!

LXXXII

Quintio [1], si quieres que Catulo te deba sus ojos o lo que pueda haber más precioso que sus ojos, no le quites lo que para él es más precioso que sus ojos o que lo que pueda haber más precioso que sus ojos.

LXXXIII *

Lesbia, delante de su marido, me dirige las peores injurias, y esto, para aquel imbécil, es la mayor de las alegrías.
Mulo, no entiendes nada. Si me olvidase y se callara estaría curada; pero ahora que gruñe y me critica, no sólo se acuerda de mí, sino, lo que es mucho más grave, está airada: esto es, se abrasa y habla.

LXXXV *

Odio y amo. Tal vez preguntes por qué lo hago. No lo sé, pero siento que es así y sufro.

LXXXVI

Quintia [1] parece hermosa a muchos; para mí es blanca, alta y derecha. Yo reconozco que cada una de estas cosas es así, pero niego que sea totalmente hermosa, pues en un cuerpo tan gallardo no hay gracia ninguna, ni una pizca de sal.
Lesbia sí es hermosa, porque siendo toda ella bellísima, se llevó ella sola todos los atractivos de todas.

LXXXVII *

Ninguna mujer puede decirse tan sinceramente amada como tú, Lesbia, lo eres por mí, ni jamás en ningún trato hubo tanta lealtad cuanta por mi parte se halla en tu amor.

XC *

Nazca un mago de la nefanda unión de Gelio con su madre, y aprenda el arte aruspicina de los persas, puesto que un mago debe ser engendrado por un hijo en su madre, si la impía religión de los persas es verdad; un hijo que dé culto a los dioses con gratas plegarias mientras derrite en la llama la grasa de las entrañas.

XCI *

Gelio, no esperaba que me fueras leal en este desgraciado amor mío, este amor sin esperanza, porque te conociera bien o te considerara fiel y capaz de alejar tu corazón de una torpe infamia, sino porque no veía que fuera tu madre o tu hermana aquella cuyo amor me consumía.

Y a pesar de que me unía contigo un trato frecuente no me había figurado que esto fuera causa suficiente para ti. Pero tú sí lo creíste: tan grande es el goce que encuentras en toda falta en la que hay algo impío.

XCII *

Lesbia siempre me maldice, pero nunca deja de hablar de mí: que me muera si no me quiere. ¿En qué señal lo conozco? Porque las mías son las mismas: continuamente reniego de ella, pero que me muera si no la quiero.

C

Celio por Aufileno y Quintio por Aufilena [1], la flor de la juventud de Verona se muere de amor; uno por el hermano y el otro por la hermana: he aquí lo que se dice un verdaderamente dulce compañerismo fraternal.
¿A quién favoreceré con mis votos? A ti, Celio, pues me has demostrado egregiamente tu amistad única cuando una llama de locura abrasaba mis entrañas. [2]
Sé feliz, Celio, sé afortunado en tus amores.

CIV *

¿Crees que yo he podido maldecir de mi vida, de aquella a quien quiero más que a mis dos ojos?
No he podido, y si pudiera no la amaría tan perdidamente. Pero tú y Tapón, hacéis toda clase de enormidades.

CVII *

Si alguna vez le sucede a uno algo que ardientemente desea y no espera, le es especialmente grato a su corazón.
Pero esto me es grato y más precioso que el oro, Lesbia, el que vuelvas a mí, que te deseo.
Vuelves a mí, que te deseo y no te esperaba, y vuelves por tu propia voluntad.

¡Oh, día señalado con piedra blanca!
¿Quién hay en el mundo más feliz que yo, o quien puede decir que haya en la vida algo más envidiable que esto?

CIX *

Me aseguras, vida mía, que este amor nuestro será feliz y perpetuo entre nosotros.
Grandes dioses, haced que pueda prometer con verdad y que lo diga sinceramente y de corazón, a fin de que durante toda nuestra vida podamos mantener ese sagrado lazo de cariño eterno.

NOTAS

II.*: Era frecuente entre las damas romanas de esta época tener gorriones u otros pájaros domesticados; la interpretación maliciosa que el Poliziano y otros humanistas quisieron dar a esta poesía está completamente descartada.

II.1: De acuerdo con la mayoría de los editores y comentaristas de Catulo, suponemos que se han perdido algunos versos antes de este último pasaje. En él se alude a Atalanta, hija de Jasón y Climene, la cual, según la leyenda, había declarado que no aceptaría por esposo sino a aquel que lograra vencerla en la carrera. Hipómenes lo consiguió dejando caer ante la doncella, cada una de las tres veces que ésta estuvo a punto de alcanzarle, una manzana de oro, que Atalanta se paraba a recoger. Pero los poetas alejandrinos, y con ellos Catulo, prefirieron suponer que la joven, enamorada, dejó vencer a su pretendiente.

III.1: Venus y Cupidos, en plural, seguramente se refiere a las distintas encarnaciones de estas divinidades, ya mencionadas por Platón (*Banquete*, 180 d) y admitidas por los poetas alejandrinos.

III.2: La suposición de que los animales, como los seres humanos, van a los infiernos después de su muerte es un puro artificio poético.

III.3: El nombre de Orco, dios romano de la muerte, identificado con Plutón o Hades, que, según la mitología griega, gobernaba las regiones infernales, designa también, por extensión, estas regiones.

V.1: El as era una moneda de bronce de mínimo valor; las expresiones "no importar un as", "tener en menos que un as" eran proverbiales para indicar menosprecio.

V.2: El conocimiento exacto de los bienes de que se gozaba era tenido por de mal agüero, pues podía provocar la envidia de otras personas, y por tanto el aojamiento o hechizo por parte de éstas, o incluso la de los dioses, con el consiguiente castigo o *némesis*.

VII.1: Planta muy apreciada en medicina y perfumería e identificada con el silfio de los griegos.

VII.2: El templo de Júpiter Ammón, en el oasis de Siwah.

VII.3: Bato pasaba por ser el fundador de la ciudad de Cirene, en cuyas afueras se veneraba su sepulcro.

VII.4: Véase la nota 2 del poema 5.

XI.1: A juzgar por los sarcasmos que Catulo les prodiga, Furio y Aurelio (cf. 15, 16, 21, 23, 24, 26 y tal vez 81) debían de ser dos parásitos, que para poder participar en algún modo de la vida de placer que llevaban el poeta y sus amigos, no regatearían adulaciones y oficiosidades y soportarían pacientemente toda clase

de bromas de mal género. Al reñir Catulo con Lesbia, debieron brindarse a intervenir para reconciliarles. Catulo, después de exaltar irónicamente su lealtad, les encarga que comuniquen a su antigua amante su decisión irrevocable de no reanudar las relaciones (véase *Introducción*, p. XXI).

XI.2: Los países que se enumeran, comprendidos entre la India y Britania, o sea los límites extremos de la expansión romana en esa época, son a la vez que los más exóticos, aquellos de que más se debía hablar en Roma en la época en que el poema fue escrito: las tierras de los partos, contra quienes Craso preparaba una expedición, Egipto, en cuyas luchas intestinas Roma acababa de intervenir decisivamente restableciendo en el trono a Ptolomeo Auletes, y las Galias y Britania, objetivo de las últimas expediciones de César en 55 y principios del 54.

XI.3: Los hircanos habitaban las costas meridionales del mar Caspio y eran vecinos de los partos.

XI.4: Sagas era el nombre que, según Herodoto (7, 64), daban los persas a los escitas que habitaban las llanuras del sur de Rusia.

XI.5: Es difícil precisar si el calificativo está usado con sinceridad o irónicamente; si esto último cuadra con la actitud anticesariana que Catulo manifiesta en otros poemas, lo primero sería lo más lógico si se admite que en la fecha en que el poema fue escrito Catulo y César ya se habían reconciliado.

XI.6: Los britanos, antes de entrar en combate, se tatuaban de azul para infundir mayor pavor a sus enemigos.

XI.7: Trescientos, como en IX trescientos mil, está usado con valor metonímico, para indicar un número considerable.

XXXVI.*: Este poema fue escrito con ocasión de la reconciliación de Catulo con Lesbia después de una de sus primeras y todavía no graves disputas. Lesbia, por lo visto, había hecho el voto burlesco de sacrificar a Vulcano "las obras más escogidas del peor de los poetas" (v. 6), si Catulo volvía a ella, entendiendo tal vez por "el peor de los poetas", no en sentido literario, sino en sentido personal, al propio Catulo. Al ser atendida su súplica, los dos amantes acuerdan que "el peor de los poetas" -esta vez no cabe duda de que el calificativo alude a sus dotes literarias- es un tal Volusio, y "la más escogida de sus obras" unos *Anales* suyos, sin duda un poema épico a la manera de los de Ennio. Y ésta es la obra que condenan al fuego en cumplimiento del voto de Lesbia. Acerca de quién sea Volusio, no tenemos otra referencia que el poema 95 del mismo Catulo, en que, con ocasión de ensalzar la obra de Cinna, se alude despectivamente a aquél. Y aunque algunos comentaristas le identifican con cierto Tanusio Gémino, mencionado como prosista por Suetonio, *Ces.* 9, y Plutarco, *Ces.* 22, no creemos

que la hipótesis deba aceptarse, entre otras razones porque Catulo no era hombre para disimular los nombres de aquellos a quienes ataca, sino más bien al contrario, para señalarlos todavía con motes injuriosos.

XXXVI.1: Vulcano, que, según la leyenda, había quedado cojo al ser precipitado del Olimpo por su madre Hera, asqueada al verle tan feo.

XXXVI.2: Según los ritos romanos, los monstruos debían ser quemados con leña estéril, es decir, con leña de árboles que no dieran frutos. Los *Anales* de Volusio son equiparados, pues, a algo monstruoso.

XXXVI.3: Venus. Sigue luego una enumeración de sus más famosos santuarios: el del Idalio, en la isla de Chipre; el de Urio, probablemente junto al monte Gárgano, en la costa SE de Italia (según algunos autores, se trata más bien de Uria, entre Brindis y Tarento); el de Ancona, el de Cnido, en el SO de Asia Menor, famoso por hallarse en él la estatua de Afrodita por Praxiteles; los de Amatunte y Golgos, en Chipre, y finalmente, el de Durraquio, hoy Durazzo, en la costa adriática. La denominación "taberna del Adriático", que se da a esta última población, alude al hecho de que en ella abundaban las tabernas y otros establecimientos dedicados al placer.

XXXVII.*: Catulo y Lesbia han reñido, a causa de las infidelidades de ella, y el poeta increpa duramente a la taberna o quizá lupanar que sirve de escenario a éstas y a los parroquianos a quienes considera cómplices, especialmente a un español, Egnacio, de largos cabellos, poblada barba y blanca dentadura, cuyo éxito le irrita por demás (cf. 39).

XXXVII.1: Los Dioscuros Cástor y Pólux, a quienes se representaba tocados con un *pilum* o gorro cónico de cuero. La novena columna a partir de su templo sería aquella que había ante el establecimiento y de la cual colgaba la muestra de éste. El templo de los Dioscuros se hallaba al sur del Foro, junto a la fuente Juturna y en uno de los barrios más populosos de Roma.

XXXVII.2: Véase esta misma expresión en 8, 5.

XXXVII.3: Sin duda se refiere, más aún que al marido, a los rivales a quienes ha tenido que desbancar.

XXXVII.4: Los conejos eran tan abundantes en España, que en las monedas se representaba a este país como una matrona con un conejo a sus pies.

XXXVII.5: Egnacio no es nombre ibérico, sino samnita, de modo que es probable que este personaje fuera descendiente de italianos establecidos en España. Por consiguiente, al atribuirle costumbres ibéricas, Catulo no repara en si su afirmación es exacta o no, sino que deliberadamente se propone injuriarle.

XXXVII.6: Acerca de esta costumbre, véase Diodoro de Sicilia, 5, 33, 5, y Estrabón, 3, 164, que la mencionan no como una práctica "de tocador", sino

como un procedimiento terapéutico. La información que Catulo poseía sobre el particular podía proceder de la lectura del historiador griego Posidonio, cuya obra está hoy perdida, o más probablemente de los relatos de sus amigos Veranio y Fabulo (cf. 9).

LI.*: Esta composición, que en sus tres primeras estrofas es una traducción libre de una famosa oda de Safo, suele darse como escrita en los primeros tiempos de las relaciones entre Catulo y Lesbia, y tal vez como la declaración de amor del poeta a la dama. El nombre de Lesbia con que siempre la designa sugiere el recuerdo de Safo, y hace pensar que tal vez una común admiración por esta poetisa fuera el pretexto de las primeras conversaciones entre quienes luego habían de ser tan apasionados amantes.

La última estrofa se aleja por completo del modelo: en lugar de las fervorosas palabras de amor de Safo, Catulo se impreca a sí mismo, como si quisiera refrenar el ímpetu de su pasión. Con todo, el contraste entre estos versos y los anteriores ha parecido tan grande a algunos comentaristas, que han supuesto, o bien que pertenecían a composiciones distintas, o bien que por lo menos, debía de existir una laguna después de la tercera estrofa.

LI.1: Suele entenderse que los reyes a quienes alude Catulo son los de Troya, perdidos por culpa de los amores de Paris y Helena; pero también cabe pensar en otros, como Sardanápalo. En cuanto a las ciudades, además de Troya puede aludir a Babilonia, Atenas, Síbaris, Tarento, etcétera.

LVIII.1: El Celio ante quien Catulo prorrumpe en esta explosión de dolor es probablemente el mismo Celio de Verona a quien, en la composición 100, el poeta desea felices amores. Pero no puede totalmente excluirse la posibilidad de que se trate de M. Celio Rufo, el político y orador defendido por Cicerón en su *Pro Caelio* de las acusaciones de su ex amante Clodia, es decir, según todas las probabilidades, la Lesbia de Catulo. Si por un lado puede parecer extraño elegir por confidente a un rival, por otro cabe explicárselo por lo que semejante confidencia, cuando el rival ha sido también traicionado a su vez, puede tener de amargo consuelo.

LVIII.2: Esta brutal acusación estaba totalmente justificada si, como creemos, Lesbia era Clodia, la esposa -en esta época ya viuda- de Q. Metelo Céler: cf. Cicerón, *Pro Caelio*, *passim*.

LX.*: Se ignora a quién va dirigido este epigrama, pero es probable que sea a Lesbia. Las alusiones mitológicas y las reminiscencias literarias (cf. 64, 154 y 156, y Eurípides, *Medea*, 1342) no llegan a ocultar un sentimiento de profundo dolor.

LX.1: Entre los alejandrinos se representaba a Escila como un monstruo que de

cintura para arriba tenía apariencia de mujer y de cintura para abajo estaba formado por numerosos perros feroces.

LXVIII.*: Respecto a esta composición y a los problemas que plantea, véase *Introducción*, p. XXXIII, nota 103.

LXVIII.1: La expresión "venerable Venus" parece aludir a la diosa protectora del amor puro (cf. 66, nota 11), lo cual supone que el lecho "célibe" es el conyugal, después de la muerte de la esposa de Malio. Pero véase el v. 155 y la nota correspondiente.

LXVIII.2: Considerada también como protectora de la poesía.

LXVIII.3: El nexo de la hospitalidad, que fundamentalmente deriva del hecho real de haber acogido amistosamente y protegido a una persona forastera o extraña, era entre los antiguos tan fuerte como el del parentesco, y los deberes que emanaban de él, y que se transmitían de padres a hijos, figuraban entre los más sagrados.

LXVIII.4: Hasta los dieciséis años, los muchachos libres, en Roma, vestían la toga *pretexta*, con adornos de púrpura; a partir de aquella edad usaban la *viril*, totalmente blanca, que simbolizaba su entrada en la pubertad.

LXVIII.5: Suele interpretarse como una alusión, no sólo al amor, sino también a la poesía.

LXVIII.6: Véase más abajo, v. 92 y sigs., y también la poesía 65, 5.

LXVIII.7: La interpretación que suele darse a estos versos es la de que constituyen una cita casi textual de un pasaje de una carta de Malio, en la que éste reprocha a Catulo su ausencia de Roma, mientras Lesbia se entrega a otros devaneos. Pero no deja de resultar extraño que Malio haya escrito a Catulo en este tono, después de haber perdido a su esposa, como parece deducirse del v. 5.

LXVIII.8: Las Musas. Catulo, invirtiendo los términos habituales, confiará a las Musas su pensamiento para que ellas, inspirándole su poesía, lo den a conocer a todos. En cuanto a las circunstancias en que Malio prestó a Catulo su apoyo, véase más abajo.

LXVIII.9: Después de este verso falta el hexámetro del dístico siguiente: como apunta acertadamente Lenchantin de Gubernatis, lo más probable es que su desaparición se deba a que empezaba con la misma palabra que el siguiente, y su sentido debía ser, aproximadamente: "sea conocido de todos mientras viva".

LXVIII.10: Venus, que tenía un santuario en Amatunte, en Chipre, cf. 36, 14.

LXVIII.11: La roca de Trinacria es el volcán Etna, en Sicilia, y con la expresión "el agua malíaca de las Termópilas eteas" se alude a la fuente termal de las Termópilas, entre el golfo Malíaco y las laderas del Eta, en Tesalia.

LXVIII.12: El mito de Protesilao y Laodamia, según la versión utilizada por

Catulo -posiblemente la *Protesilaodamia* de Levio-, refería que, estando aquél a punto de partir para Troya, su prometida Laodamia precipitó las bodas y entró en la morada conyugal antes de que se hubieran cumplido los actos de consagración de ésta. Irritados los dioses por tal impiedad, hicieron morir a Protesilao en cuanto puso el pie en tierra troyana, cumpliendo el oráculo que había anunciado que así acontecería al primer aqueo que desembarcara. Laodamia, enloquecida de dolor por la fatal noticia, fue arrastrada a una serie de desastres, a los que Catulo alude sin especificarlos, por considerarlos sobradamente conocidos de sus lectores. Según una versión, Laodamia mandó fundir en cera una estatua de su esposo, a la que estaba continuamente acariciando, y cuando su padre, irritado, mandó arrojarla al fuego, Laodamia se precipitó también a él (Ovidio, *Heroidas*, 13, 149). Según otra versión, Protesilao, después de su muerte, obtuvo de los dioses el permiso de volver por unos momentos a la tierra a despedirse de su esposa; pero ésta, antes que perder al marido, prefirió seguirle a los infiernos (Eurípides, *Trag. Graec. Fragm.* p. 563; Higinio, Fab. 103).

LXVIII.13: Némesis, personificación de la venganza divina, a quien se veneraba en Ramnunte, en Ática.

LXVIII.14: Sólo las Parcas sabían que Protesilao había de ser el primer aqueo que desembarcara en Troya y que, por tanto, según el oráculo, encontraría inmediatamente la muerte.

LXVIII.15: Cf. más arriba, versos 20, 22-24.

LXVIII.16: Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena, esposa de Anfitrión. Una de sus hazañas fue desecar, por medio de unos canales que engullían el agua como un torbellino, el lago pantanoso de Feneo, al pie del monte Cilene, en Arcadia; y otra fue dar muerte a flechazos a las aves de Estinfalia, que tenían el pico y las garras de acero y se alimentaban de carne humana. El dueño de Hércules a que hace referencia el verso siguiente es Euristeo, rey de Micenas, que impuso al héroe los doce famosos trabajos.

LXVIII.17: Hércules, a su muerte, fue recibido en el Olimpo entre los dioses, y se le dio por esposa a Hebe, diosa de la juventud.

LXVIII.18: El poeta vuelve a dirigirse a Laodamia.

LXVIII.19: Lesbia. Catulo, comparándola tácitamente con Venus, la presenta acompañada del dios Eros o Cupido.

LXVIII.20: Catulo se resigna a soportar las infidelidades de su amante, mientras no sean demasiado paladinas, y como ilustre ejemplo de su condescendiente actitud cita la de Juno, consintiendo algunos devaneos de Júpiter, pero se apresura a excusarse de tan ambiciosa comparación. Después de este verso, el sentido del texto parece indicar que hay una laguna, aunque uno de los mejores editores,

Lenchantin de Gubernatis, sortea la dificultad suponiendo que el verso siguiente es una especie de paréntesis, en que el poeta se exhorta a sí mismo a no mostrarse demasiado severo.

LXVIII.21: Es decir, Catulo, considerando que su amante es una mujer casada, que tiene otros amores, etc., se declara de antemano satisfecho con que le dedique a él los momentos que considere más felices. La costumbre de señalar en el calendario los días felices con una marca blanca y los infaustos con una marca negra, es citada frecuentemente por los poetas griegos y romanos.

LXVIII.22: Diosa de la justicia que, según la leyenda, abandonó la Tierra al terminarse la Edad de Oro.

LXVIII.23: Esta evidente alusión a la amada de Alio no cuadra con la referencia que en los primeros versos se hace a la soledad en que se halla el destinatario de esta epístola, a menos que supongamos se trata allí de un abandono, que Catulo espera momentáneo, por parte de la esposa o amante.

LXVIII.24: Al parecer, el poeta vuelve a la imagen del náufrago de los versos 13 y 63, pero esta vez se la aplica a sí mismo. Este verso y el siguiente son, sin embargo, de texto dudoso y difícil interpretación.

LXIX.1: Probablemente el mismo aludido en la composición 77 y tal vez en la 71. Se ha querido ver también en él a M. Celio Rufo, que, como Catulo, fue amante de Clodia, pero no hay ningún argumento suficientemente sólido a favor de esta hipótesis.

LXX.*: Catulo empieza a sospechar que Lesbia no le es fiel, pero sus temores no se han concretado todavía.

LXXI.*: La interpretación de este epigrama suscita algunas dificultades. A primera vista, parece dirigido a alguien que tiene por rival a Rufo (cf. 69), pero si se acepta como buena la lectura del v. 4 tal como nosotros lo traducimos, no resulta inverosímil que el destinatario sea precisamente el mismo Rufo, que, a través de su amante, ha contagiado a su rival el hedor de los sobacos y el reuma.

LXXI.1: El texto de este verso, aunque no ofrezca variantes en los manuscritos, no parece seguro a algunos comentaristas. Según uno de ellos, Kroll, la lectura *a te* ("gracias a ti") de los códices debe estar en lugar de nombre del destinatario: *Alli*, según Kroll; *Atei*, según Heyse. En tal caso el epigrama cambia completamente de sentido.

LXXI.2: El reuma pasaba por ser enemigo de Venus; cf. Apuleyo, *Metam.* 5, 10.

LXXII.*: Este epigrama parece corresponder a la época de las primeras desavenencias graves entre Catulo y Lesbia; el vago temor demostrado en el 70, aquí ya se ha precisado, pero Catulo, a pesar de estar convencido de la infidelidad de su amante, no sabe renunciar a su amor.

LXXV.*: Cf. 72.

LXXVI.*: Catulo, convencido del desvío e infidelidad de Lesbia, está resuelto a dejar de amarla: después de una melancólica alusión a su propia y malograda lealtad y de unas consideraciones sobre la necesidad de tomar una resolución enérgica, implora de los dioses la fuerza de voluntad necesaria. Por el tono, compárese esta poesía a la 8.

LXXVI.1: Seis o siete años había durado en efecto si, como parece verosímil, esta poesía está escrita poco antes de la ruptura definitiva con Lesbia en 54 (cf. 11).

LXXVII.1: Probablemente, Celio Rufo, que fue amante de Clodia y, posteriormente, acusado por ella de tentativa de envenenamiento, fue absuelto gracias a la defensa que de él hizo Cicerón (*Pro Caelio*). De ser cierta esta hipótesis, este epigrama podría fecharse como del año 59 o 58.

LXXVIII.*a*: Estos cuatro versos se encuentran en los manuscritos a continuación del epigrama anterior, con el cual es evidente que no guardan ninguna relación. Siguiendo una conjetura de Escalígero, algunos editores los añaden al final del poema 77, pero no hay razón alguna que justifique esta transposición; por el contrario, todo induce a creer que se trata de una poesía independiente a la que faltan por lo menos los dos primeros versos. La comparación con el epigrama siguiente hace pensar que, como éste, alude a Clodio Púlcer, el hermano de Lesbia.

LXXIX.1: En latín *Lesbius es Pulcer*, si, como creemos, Lesbia es Clodia, la alusión a su hermano Publio Clodio Púlcer no puede ser más clara, tanto más cuanto que las relaciones incestuosas entre ambos eran conocidas de toda Roma (cf. Cicerón, *Pro Caelio* 32, 37 y 78; *Ad Att.* I, 16, 10; *Pro domo* 92). Toda otra hipótesis, como la de Kroll identificando a este Lesbio con Sexto Clodio, nos parece innecesaria.

LXXIX.2: Cf. el fragmento del epigrama anterior y el epigrama siguiente.

LXXXII.1: Posiblemente se trata del paisano y amigo de Catulo a quien se alude en la composición 100. Catulo teme que le arrebate a su amada, probablemente Lesbia.

LXXXIII.*: Ante el hecho innegable de que Lesbia habla mal de él, Catulo intenta consolarse con la teoría de que lo hace para engañar mejor al marido. Si se acepta la identificación de Lesbia con Clodia la mayor, este epigrama puede fecharse como anterior al año 59, en que éste murió, y puede tomarse como testimonio de que, ya en vida del marido, las relaciones de Lesbia y Catulo eran algo borrascosas (cf. 92).

LXXXV.*: Epigrama a Lesbia, en el mismo tono de angustiosa pasión que los

70, 72 y 75.

LXXXVI.1: Carecemos de otras referencias a este personaje, pero es posible que se trate de una hermana de Quintio de Verona, el amigo de Catulo aludido en la poesía 100.

LXXXVII.*: Protesta de lealtad que parece llevar implícita una queja por falta de correspondencia a ella en Lesbia; cf. 76, 3 y 4.

XC.*: La afirmación, fundada o no, de que los magos persas solían unirse incestuosamente a sus madres, hermanas o hijas, se encuentra en numerosas fuentes griegas, entre otras Eurípides, *Andr.* 174; Diógenes Laercio, 1, 7, y Estrabón, 15, 735.

XCI.*: Gelio, a quien ya conocemos como incestuoso, adúltero y homosexual (cf. 74, 80, 88, 89 y 90), ha arrebatado Lesbia a Catulo. El poeta se lamenta con amarga ironía: puesto que entre Lesbia y Gelio no media relación de parentesco, había creído que la respetaría, pero al parecer, para Gelio, el ser la amante de un amigo constituye ya atractivo suficiente.

XCII.*: El clima moral a que responde este epigrama es análogo al del 83: los amantes están descontentos uno de otro, pero Catulo, por lo menos, no se aviene a la idea de que Lesbia haya dejado verdaderamente de quererle.

C.1: Celio es el mismo a quien va dirigido el poema 58 y Quintio debe probablemente identificarse con el destinatario del 82: uno y otro pertenecerían a familias distinguidas de Verona, pero no hay que entender el verso 4 en el sentido de que fueran hermanos, sino irónicamente como una alusión al parentesco entre Aufileno y Aufilena. A juzgar por las ulteriores referencias a ésta (110 y 111), tanto ella como su hermano debían ser, si no profesionales del vicio, por lo menos personas de muy baja estofa.

C.2: Suele interpretarse este pasaje como una referencia a algún momento particularmente apasionado de las relaciones de Catulo con Lesbia.

CIV.*: Evidentemente, el epigrama alude a alguien que, partiendo de una expresión proferida por Catulo contra Lesbia en uno de sus momentos de ira, había querido agrandar aún más la distancia entre ambos amantes. Por lo demás, ignoramos quién sea Tapón, y no queda muy claro tampoco el sentido del último verso, que lo mismo puede significar "hacéis toda clase de enormidades", y equivale entonces a una acusación contra el entrometido, que "veis enormidades en todo", asumiendo en tal caso el sentido de una disculpa.

CVII.*: Sin duda hemos de ver en este epigrama una alusión a una de las pasajeras reconciliaciones de Catulo con Lesbia (cf. 109).

CIX.*: Alusión a Lesbia, que, después de una de sus rupturas con nuestro poeta, debía de haber iniciado una reconciliación.

Indice General de la Colección

Referencias en la obra de Lacan *1*

El Axioma de Monsieur Fenouillard *Christophe*. Hécuba *Eurípides*. Lo Bello *Martin Heidegger*. El asno de oro *Apuleyo*. Sistema del papa Pío VI *Marqués de Sade*. A Una Razón *Arthur Rimbaud*.

Referencias en la obra de Lacan *2*

San Giorgio Combattente *Carpaccio*. La Cosa *Martin Heidegger*. Mimetismo y Psicastenia Legendaria *Roger Caillois*. Epístola a los Romanos *San Pablo*. Por medio de la ley... *Lutero*. Dafnis y Cloe (I) *Longo*. Booz Endormi *Victor Hugo*.

Referencias en la obra de Lacan *3*

Bacco *Caravaggio*. El sueño de Chuang-Tzu *Chuang-Tzu*. Laocoonte *Gotthold Efraim Lessing*. Un rajá que se aburre *Alphonse Allais*. Pensamientos *Pascal*. Dafnis y Cloe (II) *Longo*. Los pequeños justos *Paul Eluard*.

Referencias en la obra de Lacan *4*

Teatro olimpico *Palladio*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*. La voluntad determinada *Martin Lutero*. Antes del nacimiento del sol *Friedrich Nietzsche*. El asesinato... *Thomas de Quincey*. Pater Noster *Jacques Prévert*.

Referencias en la obra de Lacan *5*

El bibliotecario *Arcimboldo*. La divina comedia *Dante Alighieri*. La Eneida *Virgilio*. El psicoanálisis y la estructura... *Daniel Lagache*. La pesca de la Ballena *Jacques Prévert*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*.

Referencias en la obra de Lacan *6*

Estampa japonesa *Harundsu*. El niño y los sortilegios *Colette*. El amor loco *André Breton*. Mito de Pandora *Hesíodo*. Noche oscura *San Juan de la Cruz*.

Referencias en la obra de Lacan *7*

El grito *Edvard Munch*. Temor, culpa y odio *Ernest Jones*. El libro de Mencio *Meng Tsé*. Ubú Rey *Alfred Jarry*. Acerca de las pasiones del amor *Pascal*. Odas *William Wordsworth*.

Referencias en la obra de Lacan *8*

Sobre Tiresias *Apolodoro, Hesíodo*. Diálogos de los muertos *Luciano de Samosata*. Las metamorfosis *Ovidio*. Las tetas de Tiresias *Guillaume*

Apollinaire. El sermón del fuego *T.S. Eliot.*

Referencias en la obra de Lacan *9*

El sueño de la razon... *Francisco de Goya*. Apólogo de las palabras heladas *François Rabelais*. Sobre las magnitudes negativas *Immanuel Kant*. Cuadros de viaje *Heinrich Heine*. El mito de Albertina *Marcel Proust*. Tres poemas *Guillaume de Poitiers.*

Referencias en la obra de Lacan *10*

El encantador pudriéndose *Guillaume Apollinaire*.

Referencias en la obra de Lacan *11*

El sacrificio de Isaac *Caravaggio*. La Mirada *Jean-Paul Sartre*. El tonel de las Danaides *Horacio, Ovidio y otros*. Acerca del Obispo John Wilkins *J. L. Borges, M. Pobers*. Apólogo de Menenio Agripa *Tito Livio*. La camisa del hombre contento I*talo Calvino*. Sobre la naturaleza de los dioses *Marco Tulio Cicerón*.

Referencias en la obra de Lacan *12*

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco, Heráclito*. Teoría General de la Magia *M. Mauss*. Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld*.

Referencias en la obra de Lacan *13*

Santa Agata, Santa Lucía *Zurbarán*. La Fábula de las Abejas *Bernard Mandeville*. Gargantúa *François Rabelais*. Signos *Maurice Merleau-Ponty*.

Referencias en la obra de Lacan *14*

La Condición Humana *René Magritte*. Viaje a Montbard *Hérault de Séchelles*. Acerca del Estilo *Conde de Buffon*. Discurso ante la Academia *Conde de Buffon*. La "humanización" del hombre *Louis Bolk*. La belleza será convulsiva *André Breton*. El Extasis *John Donne*.

Referencias en la obra de Lacan *15*

Semíramis construyendo Babilonia *Edgar Degas*. Tragedia *Aristóteles*. Diario de un escritor *Fedor Dostoyevski*. Antígona *Aristóteles*. Los Nueve Libros de la Historia *Herodoto*. Esbozo de una serpiente. *Paul Valéry*.

Referencias en la obra de Lacan *16 El Amor cortés*

Los Cátaros *René Nelli*. Libro de los dos Principios *Juan de Lugio*. Conso-

lamentum Acerca del Gay Saber *Gérard de Sède.* Trovadores Occitanos *Marcabrú y Arnaut Daniel.* Arnaldo Daniello *Dante Alighieri.* Minnesinger

Referencias en la obra de Lacan *17*

El juicio de un loco *Imaginería de Epinal.* Del Arte de conversar *Montaigne.* La verdad de parto *Baltasar Gracián.* Cogito *Descartes.* Rondels *Stéphan Mallarmé.* Noches Aticas *Aulo Gelio.*

Referencias en la obra de Lacan *18*

Erótica India. Epicuro y sus dioses *A. J. Festugière.* La propiedad es el robo *Pierre—Joseph Proudhon.* El Deseo atrapado por la cola *Pablo Picasso.* Leyes de Manú. Rig Veda. Himno de la Creación.

Referencias en la obra de Lacan *19*

Bocca di leone. Anfitrión *Plauto, Molière.* Santo Tomás *Gilbert K. Chesterton.* La vida nueva *Dante Alighieri.* Miedos *Anton Pávlovich Chéjov.* El loco por Elsa *Louis Aragon.*

Referencias en la obra de Lacan *20*

Grotescos *Francisco de Goya.* Ondina *Jean Giraudoux.*

Referencias en la obra de Lacan *21*

Eros y Psyché *Iacopo Zucchi, André Masson* Carta sobre los ciegos... *Denis Diderot.* Un drama muy parisino *Alphonse Allais.* La gravedad y la gracia *Simone Weil.* Ulises y el cíclope *Homero, Luciano.* El círculo de Popilio *Thodor Mommsen.* Historia de medio pollo.

Indice de la colección por autor

Autor	Título	Vol.
Allais, Alphonse	Un rajá que se aburre	3
Allais, Alphonse	Un drama muy parisino	21
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Alighieri, Dante	La vida nueva	19
Apollinaire,Guillaume	Las tetas de Tiresias	8
Apollinaire, Guillaume	El Encantador pudriéndose	10
Apolodoro	El tonel de las Danaides	11
Apolodoro	Sobre Tiresias	8
Apuleyo	El Asno de Oro	1
Aragon, Louis	El Loco por Elsa	19
Arcimboldo	El Bibliotecario	5
Aristóteles	Tragedia	15
Aristóteles	Antígona	15
Arnaut Daniel	Trovadores Occitanos	16
Aulo Gelio	*Noches Aticas*	17
Bolk, Louis	La "humanización"del hombre	14
Borges, Jorge Luis	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Breton, André	El Amor Loco	6
Breton, André	La belleza será convulsiva o no será	14
Buffon,Conde de	Acerca del Estilo	14
Buffon, Conde de	Discurso ante la Academia	14
Caillois, Roger	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
Calvino, Italo	La camisa del hombre contento	11
Caravaggio	Bacco	3
Caravaggio	El sacrificio de Isaac	11
Carpaccio	San Giorgio Combattente	2
Chesterton, Gilbert K.	La verdadera vida de Santo Tomás	19
Chéjov, Anton Pávlovich	Miedos	19
Cicerón, Marco Tulio	Sobre la naturaleza de los dioses	11
Colette	El niño y los sortilegios	6
Christophe	El axioma de M. Fenoulliard	1
Chuang-Tzu	El sueño de Chuang-Tzu	3
Dante Alighieri	Arnaldo Daniello	16
Degas, Edgard	Semíramis construyendo Babilonia	15
De Sède, Gérard	Acerca del Gay Saber	16
Descartes, René	Cogito	17

Diderot, Denis	Carta sobre los ciegos...	21
Donne, John	El Extasis	14
Dostoyevski, Fedor	Diario de un escritor	15
Eliot, T. S.	El sermón del fuego	8
Eluard, Paul	Los pequeños justos	3
Eurípides	Hécuba	1
Festugière, A. J.	Epicuro y sus dioses	18
Giraudoux, Jean	Ondina	20
Goethe	Fausto	6
Goya, Francisco de	El sueño de la razón produce monstruos	9
Goya, Francisco de	Grotescos	20
Gracián, Baltasar	La verdad de parto	17
Harundsu	Estampa japonesa	6
Heidegger, Martin	Lo Bello	1
Heidegger, Martin	La Cosa	2
Heine, Heinrich	Cuadros de viaje	9
Heráclito	El Oráculo de Delfos	12
Herodoto	Los nueve libros de la Historia	15
Hérault de Séchelles	Viaje a Montbard	14
Hesíodo	Mito de Pandora	6
Hesíodo	Sobre Tiresias	8
Homero	Ulises y el cíclope	21
Horacio	El tonel de las Danaides	11
Hugo, Víctor	Booz Endormi	2
Imaginería de Epinal	El juicio de un loco	17
Jarry, Alfred	Ubú Rey	7
Jones, Ernest	Temor, culpa y odio	7
Juan de Lugio	Libro de los dos Principios	16
Kant, Immanuel	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
Lagache, Daniel	El Psicoanálisis y la Estructura de la Personalidad	5
La Rochefoucauld	Máximas y Sentencias	12
Lessing,Gotthold Efraim	Laocoonte	3
Longo	Dafnis y Cloe, I	2
Longo	Dafnis y Cloe, II	3
Luciano de Samosata	El tonel de las Danaides	11
Luciano de Samosata	Diálogos de los muertos	8
Luciano de Samosata	Ulises y el cíclope	21
Lutero, Martin	Por medio de la ley...	2
Lutero, Martin	La voluntad determinada	4
Magritte, René	La Condición Humana	14

Mandeville, Bernard	La Fábula de las abejas	13
Marcabrú	Trovadores Occitanos	16
Marx, Harpo	El rostro de Harpo Marx	12
Masson, André	Eros y Psyché	21
Mauss, Marcel	Teoría general de la Magia	12
Meng-Tsé	El libro de Mencio	7
Merleau-Ponty, Maurice	Signos	13
Montaigne	Del arte de conversar	17
Mallarmé, Stéphan	Rondels	17
Molière	Anfitrión	19
Mommsen, Theodor	El círculo de Popilio	21
Munch, Edvard	El grito	7
Nelli, René	Los Cátaros	16
Nietzsche, Friedrich	Antes del nacimiento del sol	4
Ovidio	El tonel de las Danaides	11
Ovidio	Las Metamorfosis	8
Palladio, Andrea	Teatro Olímpico	4
Pascal, Blaise	Pensamientos	3
Pascal, Blaise	Discurso acerca de las pasiones del amor	7
Picasso, Pablo	El Deseo atrapado por la cola	18
Picasso, Pablo	No busco, encuentro	4, 5
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Plauto	Anfitrión	19
Pobers, M.	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Poitiers, Guillaume de	Tres poemas	9
Prévert, Jacques	Pater Noster	4
Prévert, Jacques	La Pesca de la Ballena	5
Proudhon, Pierre-Joseph	La propiedad es el robo	18
Proust, Marcel	El mito de Albertina	9
Quincey, Thomas de	El asesinato considerado como una de las bellas artes	4
Rabelais, François	Apólogo de las palabras heladas	9
Rabelais, François	Gargantúa	13
Rimbaud, Arthur	A una razón	1
Sade, Marqués de	Sistema del Papa Pio VI	1
San Juan de la Cruz	Noche oscura	6
San Pablo	Epístola a los Romanos	2
Sartre, Jean-Paul	La Mirada	11
Séchelles, Hérault de	Viaje a Montbard	14
Tito Livio	Apólogo de Menenio Agripa	11

Valéry, Paul	Esbozo de una serpiente	15
Virgilio	La Eneida	5
Weil, Simone	La gravedad y la gracia	21
Wordsworth, William	Odas	7
Zucchi, Iacopo	Eros y Psyché	21
Zurbarán	Santa Agata, Santa Lucía	13

Buenos Aires, julio de 1998

La develación del falo
Heptamerón *Margarita de Navarra*
Alrededor del Heptamerón *Lucien Febvre*
Griselidis *Boccaccio*
Bundling *Stendhal*
Poemas *Catulo*

FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO EN LA ARGENTINA